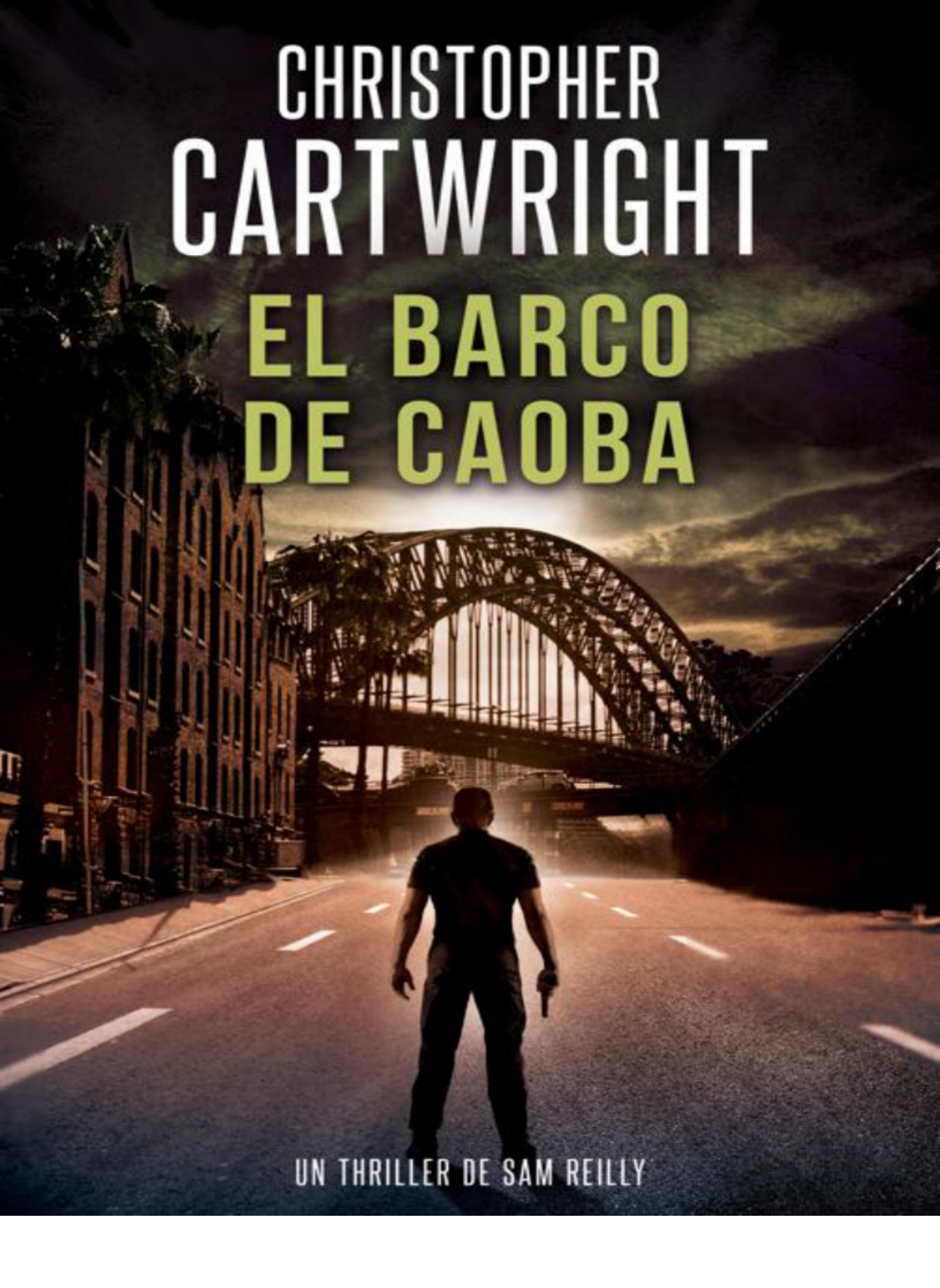

CHRISTOPHER
CARTWRIGHT
EL BARCO
DE CAOBA
UN THRILLER DE SAM REILLY

El Barco de Caoba

Por

Christopher Cartwright

Para mis hijos, Elise y Matthew, que son, con diferencia, el mayor reto y la aventura más gratificante de mi vida.

Contenido

Prólogo

Océano Antártico, 22 de diciembre de 1812

Entre murmullos de maldiciones, Jack Robertson vomitó otra vez.

Era la tormenta más violenta que había experimentado desde que salió de Inglaterra casi ocho meses antes. Aquello lo reafirmó en su promesa de que, una vez llegara al asentamiento de Sydney Cove, no volvería a tocar el mar.

El Emily Rose se estremeció drásticamente cuando toda su proa se levantó, perdiendo contacto con el agua blanca y espumosa, para luego caer por el borde de una enorme ola, antes de que la siguiente inundara toda la cubierta trasera.

Abajo, Jack cayó al suelo golpeando la madera con fuerza. Luego vomitó dos veces más antes de seguir maniobrando las bombas.

Jack trabajó en la bomba que le habían asignado durante toda la noche hasta el amanecer. Sus ojos se desviaron hacia abajo. Él, como muchos otros, había vomitado hasta vaciar completamente el estómago, lo que se había mezclado con el agua del mar y ahora flotaba entre sus inestables piernas.

Jack podría haber adivinado el estado de suciedad de la sala de bombas sólo por el olor. Aun así, sonrió. La marca de agua se había reducido casi un metro gracias a sus esfuerzos. Era un trabajo asqueroso y sucio, pero iban a sobrevivir.

—¡Puta madre! —dijo Jack.

—¿Cómo dijo, señor? —preguntó el Sr. John Langham.

—Digo que alabado sea Dios —respondió Jack, obedientemente.

El barco giró bruscamente, balanceándose sobre su costado, provocando la caída de varias personas.

¿Y ahora qué?

Dejando que los demás siguieran bombeando, Jack subió corriendo la escalera hasta la cubierta e inmediatamente vio la causa del repentino cambio.

Una enorme borrasca venía directamente del sur, y el timonel luchaba con otro en el timón para mantener un rumbo hacia el este.

En lo alto de las jarcias, varios hombres intentaban reducir rápidamente la superficie de las velas.

¡Pum!

Un rayo alcanzó el mástil justo al lado de la gavia de proa. Los

cinco hombres que intentaban enrollarla murieron en el acto. Por encima de ellos, otros tres hombres intentaban volver a bajar cuando el mástil, ahora dañado, se partió por la fuerza del viento. Los ocho hombres cayeron al agua.

La mitad superior del mástil se desplomó, pero quedó parcialmente sujeta en lo alto de la jarcia. La zona de las velas, al caer al agua, fue atrapada por la corriente. Ésta arrastraba todo el barco hacia la orilla rocosa.

Jack podía oír los gritos de los hombres en el agua, desesperados por que alguien les ayudara. En cubierta, vio que los demás marineros tenían los ojos muy abiertos, las caras contorsionadas por el horror y el no poder salvarlos.

—Sr. Mills —retumbó la voz del Capitán Baxter.

—Dígame, señor.

—¿Sería tan amable de llevar a algunos de sus hombres y terminar lo que Dios empezó en mi mástil antes de que esta mierda nos arrastre hasta encallar?

—¡A la orden, señor!

Jack vio cómo el joven guardiamarina de quizá unos quince años, pero no más, observaba el mástil dañado, que parecía que iba a partirse en cualquier momento de la borrasca. El Sr. Mills ingenió una cuerda y una polea desde el palo mayor para soportar el peso del trinquete dañado. A su lado, un hombre empezó a blandir un hacha con tanta seguridad como si estuviera en tierra para cortar los fragmentos de madera que quedaban.

En cuestión de segundos, había conseguido cortarla y el enorme mástil roto se balanceó de la cuerda, haciendo parecer que iba a despejar la cubierta. Pero en el último momento, la cuerda y la polea se enredaron en la punta de la asta.

—¡Dios, todopoderoso! —maldijo el marinero del hacha.

Había que cortar la cuerda, pero sería un trabajo mucho más duro y peligroso. La asta era básicamente un gran tronco de árbol que se colocaba perpendicular al mástil en varios puntos para formar una cruz. Desde él, los tripulantes podían desplegar y enrollar las velas que se encontraban directamente debajo.

El problema era que, como todas las zonas por encima de la asta habían sido destruidas, cualquier persona que intentara llegar al final de la misma no tendría de dónde agarrarse.

En medio del chubasco, Jack pudo distinguir las olas rompiendo sobre la escarpada costa. Estaban siendo arrastrados hacia tierra. El

marinero de arriba debió de verlo también, porque pareció soltar toda reserva y correr a lo largo de la asta.

El hombre levantó el hacha, listo para blandirla.

En ese mismo momento, una gran ola golpeó el costado de estribor del barco y el hombre se deslizó hacia el violento mar que había debajo.

Jack miró para ver quién sería el siguiente en arriesgar su vida para salvar el barco.

Nadie se movió.

Los tripulantes gritaban órdenes por todas partes y el capitán, cuya voz era normalmente tan tranquila que parecía malévola, le gritaba al joven guardiamarina que buscara un repuesto para cortar la cuerda.

Y, aun así, nadie hacía nada.

Bueno, Dios, yo voy a salvar este barco, pero entonces estaremos a mano.

Jack era ateo, pero a los tontos que están dispuestos a arriesgarlo todo les gusta asegurar sus apuestas.

Recogió el hacha caída, que había aterrizado sin miramientos, clavándose en la cubierta donde su anterior dueño había caído al vacío. Necesitó la fuerza de sus dos brazos para liberarla. Y luego empezó a trepar por el aparejo a diez metros de altura, donde los demás intentaban ingeniar un mecanismo de cuerdas para sostener a alguien cuando saliera al borde de la asta.

—Fuera de mi camino —gruñó Jack.

Nadie cuestionó su autoridad.

Aunque nadie a bordo podía adivinar el alcance de su violento pasado, la mayoría de los tripulantes del Emily Rose mantenían su distancia. Había algo en él que olía a peligro.

Jack se arrastró por la asta, con el estómago revuelto. El maldito barco parecía balancearse aún más a metros de altura. Agazapado en el extremo, levantó el hacha y la blandió contra la cuerda.

La cuchilla sólo cortó una de las tres hebras principales de la cuerda y luego se deslizó más, casi arrastrando a Jack con su peso.

Se dio cuenta en el último segundo y se preparó.

Sin esperar, volvió a tirar de la enorme hacha y la hizo caer sobre la cuerda. Esta vez golpeó perfectamente, y los restos del enorme mástil y la vela se soltaron. Abajo, pudo oír al timonel gritar

«¡Aleluya!» al recuperar el control del barco.

Estuvo cerca. Pero, Dios, cómo odio navegar.

Jack retrocedió hasta que pudo abrazarse a la parte superior del mástil restante y bajar a la cubierta inferior. Fue recibido con múltiples palmadas en la espalda por los marineros que no lo habían conseguido.

—Bien hecho, señor —dijo el capitán.

Entonces llegó el sonido que ningún marinero quiere oír.

Madera raspando contra las rocas bajo la quilla.

*

John Langham lo escuchó.

Apenas registró lo que significaba, vio que el agua salía a borbotones por más de cien agujeros bajo la sentina.

Dejó de accionar la bomba, un esfuerzo inútil. El barco se hundía y rápidamente.

En lugar de correr hacia la cubierta, se dio la vuelta y corrió hacia la popa, donde el agua ya le llegaba hasta la cintura. Hacía frío, pero llevaba tanto tiempo accionando la bomba que le importaba poco.

John sabía que estaba arriesgándose mucho, pero después de todo el dolor que había causado para llegar a ese punto de su vida, de alguna manera sabía, como si Dios se lo hubiera dicho, que era importante recuperar el barco y salvarlo de acabar en una tumba marina.

Valía la pena arriesgar su vida.

Encontró su hamaca balanceándose en el barco que se hundía. Posada holgadamente encima vio lo que buscaba, su Biblia.

Se tomó un momento para inspeccionar su vital contenido y luego se la guardó en el interior del pantalón. Miró hacia la escalera por la que había subido. El agua había inundado aquella parte del barco, que crujía como si estuviera a punto de hacerse añicos.

Sus ojos escudriñaron en la otra dirección.

El agua era tan profunda que tendría que aguantar la respiración para nadar por los pasadizos, pero era su única oportunidad. Se maldijo por su estupidez y siguió andando a través del agua que ahora fluía y que intentaba arrastrarle de nuevo hacia el lastre del barco.

Hubo un fuerte estruendo, seguido de la áspera vibración de la proa de la nave al chirriar contra la arena y las rocas, que terminó

cuando la nave dejó de tener impulso hacia delante.

Ha chocado contra las rocas.

John subió por la última escotilla utilizando una cuerda para aligerar el peso del agua, que le llegaba hasta el pecho.

Vio los ojos del capitán: le dijeron todo lo que necesitaba saber. Estaban perdidos. El Emily Rose se iba a hundir. Sus ojos se clavaron en la distancia, a no más de noventa metros, podía ver tierra claramente.

Bueno, algo es algo. Pero, ¿dónde diablos estamos?

Casi en forma de respuesta, la nave se partió en dos.

John se cayó al agua.

Agitó las manos tratando de alcanzar cualquier cosa que pudiera mantenerlo a flote el tiempo suficiente para sobrevivir. Su cabeza se hundió. Cuando la siguiente ola tiró de él hacia arriba, consiguió respirar una vez más antes de ser arrastrado hacia abajo.

Estaba oscuro y la ola lo hizo dar varias vueltas antes de que agarrarse a algo sólido. Era de madera. *¿Quizá un barril?* Lo agarró con todas sus fuerzas y, a pesar de no saber nadar muy bien, aguantó hasta llegar a la orilla.

Allí tropezó rápidamente con tierra. Nauseabundo y agotado, John contempló por primera vez los restos del Emily Rose. Sólo quedaba la proa, sobresaliendo varios metros del agua.

Las cabezas se balanceaban cerca del lugar del naufragio. Algunas de ellas iban acompañadas de movimientos frenéticos de brazos que intentaban evitar ahogarse, mientras que otras ya no se movían en absoluto.

Señor, ten piedad.

Sin fuerzas para ayudar a ninguno de ellos, sacó la Biblia del interior de su pantalón y abrió por la mitad el libro encuadernado en cuero.

Dentro de aquellas páginas, se sintió aliviado al ver que todavía estaba allí. Un sólo anillo de oro con un pequeño rubí incrustado en la parte superior.

Lo levantó hacia la luz para poder leer la inscripción.

«Rose Mills 1810».

Pensó en la promesa que le había hecho a la mujer a la que había pertenecido aquel anillo.

No faltaría a su sagrado juramento.

*

Jack Robertson recibió el sol de la mañana con la confianza de un hombre que sabía que había escapado de la muerte una vez más. De las 138 personas a bordo del Emily Rose, se sorprendió al descubrir que menos de treinta habían sobrevivido.

Pasaron los días siguientes recogiendo las provisiones necesarias para llegar a Sydney Cove. Encontró una extraña felicidad en su predicamento. Una aventura de dos mil metros a través de un territorio desconocido. Era la forma más fácil de olvidar lo que había hecho en Inglaterra.

Las jornadas eran largas y duras. Tenían que transportar grandes cantidades de alimentos en mochilas. El agua era escasa, la vegetación rala y los árboles enormes. El país tenía una serie de animales únicos que, aunque abundantes, ofrecían poca carne, ésta era dura y chiclosa. La vida no era fácil, pero podrían arreglárselas.

Al cabo de una semana, el pequeño grupo se adaptó a la rutina.

De vez en cuando, Jack vislumbraba a algún nativo que los observaba desde lejos. Sin embargo, en general, los aborígenes se mantenían a distancia.

Jack no vio a aquella mujer vez hasta la tercera semana.

El Barco de Caoba parecía un espejismo en la distancia.

Era tan grande que tanto su proa como su popa eran visibles desde horas antes de que los supervivientes llegaran a él. A lo lejos, parecía un viejo barco navegando a través de la montaña. En principio, Jack calculó mal la distancia que había hasta el barco, pero cuando estuvo más cerca se dio cuenta de lo grande que era en realidad.

—¡Dios todopoderoso, creo que acabamos de encontrar el Arca de Noé! —exclamó Jack, con asombro.

Capítulo I

Golfo de México, presente

El día era caluroso, incluso para ser verano. Sam Reilly miró el mar; estaba en calma, los rayos de luz brillaban en las ondas bajo las aspas del helicóptero. Aún faltaba para la temporada de huracanes, pero, de todos modos, estaba ansioso por terminar el caso a tiempo para irse lejos antes de que llegara.

En el agua pudo ver lo que buscaba.

Estaba pintado de azul cielo y a lo largo del casco de acero del barco, en letras esmeralda de gran tamaño, aparecían las palabras «MARIA HELENA» y debajo, en letras más pequeñas: «Deep Sea Expeditions». Desde la distancia, parecía un simple remolcador de gran tamaño o, posiblemente, un viejo rompehielos reacondicionado como buque científico. En la cubierta de popa se podía ver un helipuerto, el único indicio de que era algo más que un remolcador.

Lo que no estaba a la vista eran los dos submarinos más avanzados del mundo. Ambos guardados en la bodega, el Sea Witch y el Rescuer One tenían acceso al mar a través de una piscina lunar situada bajo la línea de flotación del Maria Helena. Tampoco se podía apreciar que iba cargado con algunos de los equipos navales y de observación más avanzados del mundo, algunos de los cuales pondrían celosas a las armadas estadounidense, rusa y china.

La imagen de su barco lo hizo sonreír.

Minutos después aterrizó en la sección de popa de la nave, donde varios ingenieros esperaban ansiosos su llegada cerca del pequeño helipuerto. Sam apagó los interruptores principales y esperó a que se calmara el zumbido de las hélices, mientras su capitán, Matthew, se acercaba. La cabeza afeitada del hombre se agachó muy por debajo de las hélices que giraban en lo alto.

Los ojos color avellana de Matthew y su rostro habitualmente serio mostraban una generosa sonrisa junto a un placer sincero. Extendiendo la mano, dijo: —Bienvenido, señor.

—Gracias. Es bueno estar de vuelta —respondió Sam mientras estrechaba la mano del capitán y salía de la cabina, radiante de orgullo.

Con un metro ochenta exactamente, Sam Reilly tenía un físico más parecido al de un atleta que al de un biólogo marino. Era de constitución fuerte, con músculos perfectamente proporcionados,

resultado de toda una vida de actividades extenuantes. De todas sus aventuras, el océano era la que más le atraía. Tenía el pelo castaño y ondulado, que suavizaba sus penetrantes ojos azules. Debajo de ellos, lucía la sonrisa de un hombre que lo tenía todo y que era lo suficientemente listo para darse cuenta.

Había echado de menos su barco y a la gente que servía a bordo. El hombre era, con diferencia, el más conservador de su tripulación. De alguna manera, Sam creía que se tomaba demasiado en serio la responsabilidad de la vida de todas las personas a bordo, como buen capitán. Sus opiniones habían llegado a las manos un par de veces en el último año como consecuencia de ello. Pero dejando eso de lado, lo respetaba mucho como experto que era.

—¿Así que este es nuestro nuevo helicóptero? —dijo Matthew.

—Es correcto. Acabo de tomar posesión de él en Florida Keys. Un Sikorsky MH-60, alias, «Knight Hawk». Sus tanques de combustible de largo alcance serán útiles, ya que Tom destruyó el último hace unos meses. Es un poco más grande y está mucho más actualizado. También tiene algunos juguetes adicionales, que le gustarán a Tom.

Al entrar en la cubierta de mantenimiento de camino a la sala de misiones, Sam entregó el libro de mantenimiento del helicóptero a Veyron Blanc, su ingeniero jefe. Sin relación alguna con el vehículo, el ingeniero francés poseía un doctorado aparte en Mecatrónica y en Sumergibles. También era una de las mentes más agudas que Sam había conocido, y en su trabajo abundaban las personas extremadamente inteligentes. El hombre tenía poco que ver con el mantenimiento del helicóptero, pero le gustaba estar al día de todo lo relacionado con su flota de costosas máquinas.

Veyron tomó los cuadernos de bitácora y saludó a Sam con la cabeza, un gesto que Sam comprendió que significaba: «Hablamos luego, tengo un juguete nuevo que ver». Como muchos ingenieros que Sam había conocido, a Veyron le interesaban más los artilugios mecánicos que las personas. Sin embargo, Sam empezaba a descubrir que se trataba de mucho más que una obsesión casi autista por la maquinaria. Era un lado de él del que pocos a bordo del Maria Helena se daban cuenta.

Sam hizo una nota mental para ponerse al día con él pronto.

Genevieve Callaghan se acercó con un espeso chocolate caliente europeo. —Tome, jefe. Pensé que le gustaría tomarse uno después de su vuelo.

—Gracias, Harry, eres genial. No sabes cuánto te he echado de menos —le dijo, abrazándola con fuerza y besándola en cada una de

las mejillas.

—Yo también te he echado de menos, guapo —. Sus grandes ojos marrones y sus largas pestañas, como las de una gacela, lo saludaron con una mirada que parecía casi seductora. Aunque Sam sabía que ella, de todas las personas a bordo, no tenía ningún interés en él de ese tipo. —¡Claro, lo que querías decir es que echabas de menos mi comida!

—Eso también.

Genevieve era una especie de todoterreno a bordo, que dirigía la cocina con una habilidad rayana en la divinidad. Se había formado con un chef de tres estrellas Michelin, pero hasta ahí llegaban sus atributos femeninos, para disgusto de sus padres. Todos a bordo la llamaban Harry, por el violento policía Harry Callaghan, alias Harry el Sucio, a quien su personalidad y apellido reflejaban mejor. Era excelente en todo lo que hacía, una experta artista marcial, atlética y malhumorada a más no poder. Por alguna razón que nadie a bordo había determinado aún, también hablaba ruso perfectamente.

Sam se sentó con Matthew y abrió la tableta de su computadora.

Harry entendió la señal de que era hora de trabajar. —Procura ponerte al día rápido, y cuéntame todo sobre esa hermosa chica que he oído que te ha robado.

—Lo haré. Puedes estar segura.

Matthew sonrió.

No era propio de él entrometerse en los asuntos personales de Sam. —¿Qué tal tu estancia en el Caribe con esa chica tan guapa? ¿Cómo se llamaba, Aliena?

—Aliana —le corrigió Sam—. Fue genial. Pero, ahora estoy aquí de nuevo, y eso significa que es hora de volver al trabajo y resolver este desastre, antes de que llegue la temporada de huracanes de verdad y se convierta en un problema para todos nosotros.

—Entendido.

Sam echó un vistazo a la sala de misiones, por lo demás vacía, y preguntó: —¿Dónde está?

—¿Quién?

—Tom Bower.

—Todavía está abajo en una inmersión, no debe tardar en subir.

—Bien, que vuelva aquí. Quiero que me ponga al corriente de nuestro problema y de lo que ha hecho al respecto—. Sam miró a Matthew y le dijo: —¿Qué tenemos hasta ahora?

Matthew dio un silbido rápido, y un hombre que supervisaba la inmersión dio la señal para que Tom regresara al barco.

Entonces Matthew encendió el retroproyector.

—Como saben, el verano puede ser una época difícil para muchas especies del Golfo de México, cuando la combinación de la escorrentía fluvial rica en nutrientes y las temperaturas cálidas pueden llegar a privar de oxígeno a las aguas del fondo costero. Cuando eso ocurre, los camarones, los peces y otras criaturas pueden verse obligadas a huir a aguas más frescas, dejando tras de sí la llamada «Zona Muerta».

—He leído el informe. Había oído hablar de ellas, pero no sabía mucho de las que afectaban al Golfo de México. Aquí, las Zonas Muertas son causadas por la escorrentía de tierras ricas en nutrientes como el nitrógeno y el fósforo. Estos elementos no son tóxicos, pero son potentes fertilizantes. De hecho, en el río Misisipi, que drena cerca del cuarenta por ciento del territorio continental de Estados Unidos y la mayor parte de las tierras de cultivo del Medio Oeste, los fertilizantes agrícolas son la principal fuente de estos elementos. La contaminación atmosférica y el desarrollo urbano también aumentan la escorrentía de nutrientes. Cuando estos nutrientes llegan al Golfo de México, provocan una proliferación anormal de algas. Las algas mueren y se hunden en el fondo, donde son descompuestas por bacterias que consumen oxígeno. Durante los cálidos meses de verano, cuando hay poca mezcla en la columna de agua, el agua del fondo puede estancarse y volverse hipóxica, o baja en oxígeno. Si la hipoxia es lo bastante grave, se crea una zona muerta. —Sam no leía de sus apuntes, tenía una memoria casi fotográfica—. Entonces, ¿qué tiene de diferente esta vez?

—Bueno, te mostraré. ¿Ves esto? Este es un gráfico normal de una típica Zona Muerta de verano. ¿Ves las marcas moradas? Representan la Zona Muerta del año pasado.

Sam siguió el gráfico a lo largo de la región costera de hasta dos millas de la costa de las numerosas recaladas, que conforman el Golfo de México. —¿Y este año?

—Mira esto…

Frente a él, el proyector mostraba una imagen de todo el Golfo de México cubierto en color rojo.

Tiene que haber un error. Si esto es cierto, ¡el mundo está en serios problemas!

—¿Estás seguro de que es correcto?

—Lo es, y para empeorar las cosas, normalmente esto sólo afecta

a los peces que se alimentan en tierra, como camarones, crustáceos, *etc.* Pero este año estamos hablando de una devastación generalizada de la vida marina.

—¿Y al ritmo actual, si no podemos detener la progresión?

—Los océanos del mundo se volverán inhóspitos para todos, salvo para las criaturas marinas más resistentes, en un plazo de dos a tres años.

—¿Tenemos alguna idea de lo que está causando su desaparición?

—Sí, y no —Matthew parecía preocupado.

Sam sabía por qué. Era un jefe amable, pero quería respuestas, y tenía poco tiempo para la gente que estaba en peligro. —Muy bien, ¿qué sabemos?

—Los análisis de las criaturas muertas nos muestran que han sido afectadas con cianuro de hidrógeno.

—¿Las minas de plata mexicanas? —Sam se dio cuenta al instante.

—Probablemente, pero será difícil de probar.

—¿Por qué? ¿Dónde está la fuente primaria de la contaminación?

—Tom consiguió rastrear la fuente de contaminación original hasta un lugar debajo de nosotros, unos noventa metros para ser exactos.

—¿Alguien ha estado tirando algo que no debía?

—Eso es lo que pensamos al principio, pero no necesariamente. Parece algo mucho más interesante.

—¿Qué pasa?

—No, Tom me mataría si le quitara su momento de gloria —se quejó Matthew.

—Olvídate de Tom. Yo soy el que paga por este proyecto.

—¿Quién quiere olvidarme? —dijo Tom al entrar, con el traje de buzo aún empapado.

—Yo, hijo de perra.

*

Tom estaba encantado de volver a ver a Sam, y su gran sonrisa descarada brillaba de oreja a oreja mientras estrechaba la mano de Sam. Fue sólido. No el tipo de apretón de manos en el que un hombre trata de impresionar a otro con la fuerza de su apretón, sino en

cambio, simplemente el apretón firme de un hombre cuyas manos eran tan fuertes como un tornillo de banco.

Sólo había pasado una semana, pero el proyecto simplemente no se sentía bien sin Sam. Y entonces, después de su inmersión más reciente, no podía creer que su compañero se lo perdiera. Sam se iba a cabrear cuando descubriera que esto era más que un simple caso de alguien tirando algo que no debía en un entorno que no podía lidiar con ello.

Su traje de neopreno aún goteaba, pues había subido directamente desde la piscina lunar del barco. Cuando su jefe le dijo que viniera, no esperó a secarse.

—Me alegro de verte, Sam —dijo, dando a su amigo un abrazo de oso gigante.

—Yo también, Tom. Ahora dime, ¿qué tienes para mí?

Esperaba una respuesta así de Sam: el hombre se centraba cuando empezaba un nuevo proyecto.

—No vas a creer lo que hemos encontrado.

—A ver…

—Bien, la causa de la apocalíptica Zona Muerta de este año fue el cianuro de hidrógeno...

—Sí, sí... —Sam interrumpió su momento de gloria—. A menudo se utiliza en la minería, probablemente una de las minas de plata mexicanas locales.

—Bien, ya veo que Matthew te ha puesto al corriente. Pero la siguiente parte es lo que realmente te va a interesar, amigo mío.

—¿Cuál?

—Las fuentes de la contaminación no se vertieron aquí en absoluto, como esperábamos. En su lugar, procedía de un túnel submarino, y adivina quién era el dueño del túnel.

—¿Michael Rodríguez, el dueño de la mina de plata más cercana?

—Buena suposición, pero no. Un hombre llamado Ajtzak Wikea.

Esperó que el nombre le sonara a Sam, pero no fue así.

—Nunca he oído hablar de él. ¿A qué se dedica?

—No es lo que hace ahora, sino lo que hizo —esperando a que las palabras calaran, Tom continuó—: Perdió la esperanza futura del imperio maya, tras perder su mayor arma en Ciudad Del Carmen en 1443 ante un enemigo desconocido.

Los ojos de Sam se enfocaron y su sonrisa se volvió radiante:

—El Arca de la Luz… He leído sobre ella y a menudo me he preguntado si había algo de verdad en las historias. El mito dice que era un cetro poderoso, cubierto de joyas ornamentadas, y en el centro un diamante gigante, que tenía la capacidad de regular la dirección y la intensidad del sol. Suficiente poder para destruir naves de un solo disparo… pero nunca se ha encontrado, ni tampoco ninguna prueba de su existencia. Como todos los mitos antiguos, puedo imaginar que sus orígenes tenían algo de verdad.

—Esa es…

—¿Qué más sabemos de Ciudad del Carmen?

—No mucho. Hasta ahora, todo lo que sabemos es poco más de lo que dice el folleto turístico: que lo que los invasores españoles llamaron «Ciudad del Carmen» en el siglo 16, era una fortaleza maya de hace miles de años que servía como puesto comercial entre las civilizaciones azteca y maya.

—¿Tenemos los mapas arqueológicos de la fortaleza maya?

—Claro que sí. Nos costó trabajo, pero convencimos a alguien de la Universidad de México para que nos las enviara por correo electrónico.

—¿Y qué mostraron? —preguntó Sam.

—Nada que indique un pasaje subterráneo bajo el mar.

—¿Así que lo que hemos encontrado es una sección completamente nueva del edificio?

—Eso parece.

—Vale, ¿y cómo se ha metido en todo esto nuestro amigo del siglo XV? —preguntó Sam, sacudiendo la cabeza.

—Eso no lo sé. Pero el túnel lleva a alguna parte, y creo que es hora de que tú y yo averigüemos a dónde, para que podamos detener esto antes de que destruya la mayor parte de la vida marina del planeta.

—Es un buen plan. ¿Cuándo nos sumergimos?

—La Roca estará lista en dos horas.

*

Una sonrisa torcida cruzó la cara de Sam, mientras pensaba en bucear por el inexplorado y antiguo túnel maya.

Aquel era más parecido al entorno en el que quería trabajar:

peligroso, misterioso y antiguo. Repasó el plan de inmersión con Tom y, aunque ahora asumía el control de la misión, estaba contento con el plan.

Utilizaban la campana de inmersión para alcanzar el fondo marino, a 90 metros de profundidad. El Maria Helena albergaba una campana de inmersión tecnológicamente avanzada. Era capaz de soportar hasta cinco buceadores a la vez durante cinco días sin ayuda del barco, o indefinidamente con una cuerda de sujeción.

La Roca, como se conocía cariñosamente a la campana, tenía un rango potencial de profundidad de fondo de 300 metros, aunque Sam sería reacio a intentar trabajar a tales profundidades sin la ayuda de un traje de buceo atmosférico mecánico. También estaba equipada con una cámara hiperbárica que permitía ascensos rápidos en caso necesario.

Una vez en el fondo del mar, Sam y Tom se preparan para una inmersión profunda y entran en el túnel. Llevando cascos de buceo totalmente encapsulados, los dos hombres estarían protegidos de la letalidad del cianuro de hidrógeno, que es más peligroso cuando se respira o se ingiere. A esa profundidad, ambos dispondrían de un tiempo de inmersión inferior a cincuenta minutos para localizar la fuente de contaminación por cianuro y sellarla. Al regresar a la cámara exterior de la Roca, los dos pudieron iniciar el proceso de descontaminación, que implicaba lavar cada traje de buceo con un agente neutralizante antes de entrar en la campana de inmersión y volver a lavar el traje de buceo antes de que los hombres se quitaran el equipo y entraran en la zona habitable principal de la campana.

O así debía ser.

En el fondo del mar, Sam sacudió a Tom, que, tumbado boca arriba en el espacio relativamente estrecho, roncaba profundamente. Hizo falta algo más que una ligera sacudida para despertarlo: —Eh, ya estamos aquí. Es hora de prepararse.

—¿Qué hora es? —la voz de Tom estaba grogui.

—1410. La inmersión comenzará a las 14:30 —sacudiendo la cabeza, Sam dijo: —Estamos a punto de sumergirnos en 90 metros de agua. Nuestros cuerpos estarán bajo 30 veces su presión atmosférica normal. Como si eso no fuera suficientemente peligroso, vamos a hacerlo con la esperanza de sellar una catastrófica fuga de cianuro de hidrógeno, en un túnel que competirá con la extrema profundidad para matarnos... ¿y aun así duermes como un bebé?

Tom se encogió de hombros: —Siempre he dormido bien; nunca se sabe cuándo vas a necesitar la energía extra más tarde. ¿Quieres un

sándwich de huevo antes de sumergirnos? Te preparé uno a ti también —dijo despreocupadamente, dándole un mordisco.

—Gracias, pero date prisa.

Sam se metió las piernas por el traje seco y comprobó sus dos botellas gemelas de buceo. Cuando levantó la vista, vio a Tom metiéndose en la boca la mitad restante de su bocadillo. Su sonrisa infantil se mostraba detrás de la boca llena de comida.

Normalmente, Sam permanecería en la nave como director de la operación. Pero cuando Tom había hablado de un antiguo túnel, no quiso oír ni una palabra sobre perderse la oportunidad. En consecuencia, Matthew asumiría su papel. Tenía acceso directo con varios médicos del CDC, que podrían responder en tiempo real a cualquier pregunta que Sam o Tom hicieran mientras estuvieran en el túnel.

Tardaron menos de cinco minutos en cerrar sus cascos de buceo y completar las comprobaciones entre ellos antes de estar listos para sumergirse.

—Maria Helena, Maria Helena, aquí Reilly, ¿me recibes? —dijo Sam a través de su sistema de pulsar para hablar (PTT).

—Alto y claro —fue la voz de Matthew la que le respondió.

—Muy bien. Ahora que hemos establecido que las comunicaciones de retransmisión de la Roca funcionan, ¿estamos listos para bucear?

—El tiempo aquí arriba sigue siendo bueno. Que tú y Tom tengan una inmersión segura.

Sam miró a Tom, quien asintió para avisar que estaba preparado. Y entonces, uno tras otro, empezaron a bajar los escalones hacia la piscina lunar y hacia otro mundo.

El agua estaba oscura, pero la visibilidad con sus linternas era excelente: al menos a quince metros. Sam comprobó que la baliza de navegación a bordo de la Roca funcionaba y que su telémetro podía verla claramente. Tranquilizado por el parpadeo de la bombilla, sostuvo la tableta electrónica de buceo frente a él y pulsó Buscar.

Parpadeó varias veces, enviando ondas sonoras de frecuencia ultra alta en un arco de 270 grados delante de ellos. Inmediatamente, la pantalla mostró la superficie plana del fondo marino y el único obstáculo en treinta metros: la entrada del túnel.

Sam señaló su marca y Tom respondió: —Esa es la cueva.

—Recibido —. Marcó la entrada del túnel con un asterisco y,

como un GPS, su tableta le dirigió con precisión hasta el punto.

—Sólo espera a ver esto, Sam... —dijo Tom.

Había que nadar un poco hasta la entrada del túnel. La zona circundante estaba notablemente desprovista de vida marina.

Sam levantó la vista hacia la entrada que tenía delante.

—¡Mierda, tiene que ser una broma!

*

Por encima de él, la entrada del túnel se alzaba a casi doce metros de altura. El exterior estaba tallado en jade ornamentado, intrincadamente conectado. A pesar de la acumulación de arena y la erosión de casi seis siglos, Sam no tenía ninguna duda de lo que estaba viendo. Su mente rápidamente hizo referencia a lo poco que sabía sobre la cultura maya.

Esto no era un túnel.

Era algo totalmente distinto: la cúspide de una pirámide.

En la abertura había una escultura dorada. Del tamaño de un hombre grande, sostenía una lanza que apuntaba hacia un enemigo lejano. No llegaba luz a este lugar, pero cuando Sam enfocó su linterna hacia ella, la lanza brilló. Sólo que no era una lanza, en absoluto.

—¿Te das cuenta de lo que es eso? —dijo Sam, moviendo sus aletas hacia el antiguo artefacto.

—Como dije, el Arca de la Luz era real.

Sam estuvo seguro en cuanto lo vio.

Hombre rápido para evaluar una situación, pero lento y seguro con una decisión, estaba acostumbrado a acertar. Por eso la decepción fue tan fuerte cuando llegó a la estructura y descubrió que no era más que una escultura, con un trozo de cristal en su centro. Aun dudando de sí mismo, Sam se preguntó si, en cambio, estaría hecha de diamante.

—Lo siento, Sam —dijo Tom—, pensé que te había dicho que ya había registrado la entrada... Incluso yo me habría dado cuenta si fuera la verdadera Arca de la Luz.

—No pasa nada. Sólo me hice ilusiones.

—¿Crees que encontraremos lo que el viejo Ajtzak hizo con el Arca de la Luz en algún lugar dentro de este túnel? —preguntó Tom.

—No tengo ni idea, pero creo que esto es lo más cerca que ha

estado la humanidad de descubrir el arma desde que se perdió en el siglo XV —. Sam examinó la estructura de la entrada con admiración. —Y algo me dice que esto nunca fue pensado para ser un túnel...

—¿Y entonces?

—Una tumba. ¿Tal vez el lugar de descanso final de Ajtzak? No había nada en los libros de historia sobre dónde lo enterraron, ni siquiera si le dieron sepultura de Rey, como sugería su linaje.

—Puede que tengas razón.

—Estoy seguro de ello —dijo Sam—. Lo que no puedo entender, sin embargo, es cómo una civilización del siglo XV logró construir algo a una profundidad de 90 metros de agua, especialmente algo tan intrincado.

—¿Quizá lo construyeron en tierra y luego lo bajaron de un enorme barco?

—No, aunque tuvieran medios para transportar algo tan grande en un barco, es imposible que lo hundieran y aterrizara tan perfectamente.

—¿Cómo entonces?

—Vamos a averiguarlo.

—De acuerdo.

Nadaron dentro de la entrada de la pirámide, mucho menos elaborada que su exterior. El túnel podría haber sido un metro inundado de Nueva York, a pesar de las similitudes de aspecto. Nadaron casi diez metros hacia abajo y luego encontraron un largo túnel que se dirigía tanto al oeste como al este.

—Buzo Reilly, ¿comprobación de radio Maria Helena?

—Te escucho un poco bajo, repite.

Sam pegó un transmisor de relé y un amplificador a la pared del túnel.

—¿Cómo me oyes ahora, Matthew?

—Alto y claro.

— Bien. Lo que tenemos aquí parece ser la cima de una antigua pirámide, probablemente maya dada su ubicación. Todo lo que pudimos ver desde la entrada fue la cima, rodeada de arena. No hay forma de adivinar cuánto más abajo puede llegar. El agua aquí tiene las concentraciones más altas de cianuro de hidrógeno, así que al menos hemos conseguido algo en nuestra primera misión: sellar la fuga y contener la contaminación. Vamos a

explorar este túnel a ver qué encontramos.

—Muy bien, manténganos en rango de comunicación.

—Lo haré.

Sam miró a Tom y le dijo: —Separémonos. ¿Quieres ir primero al este o al oeste?

Este.

Bien, asegúrate de mantenerte dentro del alcance de la radio.

—Lo haré, jefe. Llámame cuando necesites que te salve el culo.

—Puedes estar seguro de que lo haré.

El túnel se extendía aproximadamente 40 metros de un extremo a otro. En cada extremo, se sumergía aún más en una pronunciada dirección descendente, como si la parte superior de la pirámide exterior fuera sólo la punta del iceberg, que se extendía profundamente en el lecho marino.

Por supuesto, eso sería imposible...

—¿Qué quieres hacer, Sam?

—Planta otro transmisor, y si estás satisfecho, continuemos más abajo. Tengo la loca sensación de que podríamos encontrarnos en el fondo. Si pierdes la recepción de radio, vuelve atrás, y nos encontramos en la Roca. No quiero correr riesgos.

—Es un buen plan.

Sam siguió bajando por el empinado túnel. Había rocas a ambos lados, lo que sugería que quienquiera que lo construyera una vez, utilizó piedra para apuntalar las paredes. *¿O que alguien había construido aquí primero una pirámide de verdad y luego la llenaron de agua?* Sam se quitó la idea de la cabeza. Ni siquiera merecía ser contemplada.

Sam comprobó su reloj de buceo.

Ya estaba a 85 metros bajo el agua. Su tiempo de descompresión iba a ser bastante largo, no es que a Sam le preocupara. Tenía la Roca, después de todo. Era el Hydrox que le quedaba lo que le preocupaba.

—¿Cómo están tus niveles de Hydrox, Tom?

—Me quedan otros 40 minutos a esta profundidad, ¿y tú?

—Lo mismo. Asegurémonos de tener tiempo de sobra para el regreso. No tengo intención de unirme a ningún rey en su tumba.

—En eso estoy contigo.

A los 90 metros, el ángulo del túnel giró bruscamente hacia el

interior, y el túnel volvió a ser horizontal.

—¿Túnel es horizontal otra vez, Tom?

—Sí, ¿el tuyo también?

—Sí, puede haber sido sólo un túnel, pero es un túnel enorme y profundo, de todos modos. No entiendo cómo una civilización pudo cavar esto.

—Te he oído usar esa voz antes. Vas a tener que averiguarlo, ¿no? Será como Zanzíbar otra vez, ¿no?

Sam sonrió para sí mientras sacudía la cabeza, recordando los acontecimientos de su descubrimiento en Zanzíbar el año pasado. *Era imposible que estuviera tan equivocado, dos veces.*

—Algún día descubrirán cómo se hizo, te lo aseguro. Sólo espero vivir lo suficiente para obtener mi respuesta. Oye, creo que puedo ver tu luz más adelante.

—Eso no es posible —la voz de Tom era tranquila, pero mortalmente seria.

—¿Por qué no?

—Porque apagué la mía hace más de un minuto, cuando vi tu luz.

Capítulo II

Tom estaba tan distraído por el brillo de la luz que casi no vio la grieta de la pared exterior. Cuando la corriente lo agarró, pensó que era un monstruo de las profundidades que lo atraía hacia sus fauces.

Le habría sorprendido saber que la grieta no era mayor que su mano, pero el gradiente de presión extrema expulsó el fluido como un chorro. Si hubiera tenido tiempo de prepararse, habría podido bracear, o al menos evitar el punto directo de flujo.

Girando por la presión, su flotabilidad desorientada por la corriente, el casco de Tom chocó contra la mampostería de la pared del túnel, justo enfrente de la grieta.

Inmediatamente comenzó a salir gas de la fisura.

—Mierda, mi casco ha sido comprometido… —gritó, pero nadie escuchó sus palabras. Su radio, junto con su placa frontal, estaban destruidas.

Hydrox, el gas de hidrógeno rico en oxígeno diseñado para el buceo en aguas profundas, fluía libremente de su placa facial. Las burbujas que creaba le cegaban por completo. Con las altas concentraciones de cianuro de hidrógeno en el agua que le rodeaba, era la presión positiva del Hydrox lo que aún le mantenía con vida, pero a este ritmo expiraría en cuestión de minutos.

Tom encendía y apagaba la linterna continuamente. No tenía ni idea de en qué dirección con respecto a sí mismo estaba Sam, pero sabía que tenía que pasar un mensaje, si es que alguna vez veía la superficie. Si lo hubiera pensado bien, se habría dado cuenta de que, incluso con la capacidad de ver, nunca habría tenido suficiente gasolina para llegar a la Roca.

Iba a morir.

Como todas las criaturas, se negó a aceptar su destino, a pesar de las circunstancias. Sin forma de saber que su radio se había estropeado, siguió intentando ponerse en contacto con la única persona en la Tierra que tenía la oportunidad de salvarle.

—Sam, mi placa frontal ha sido comprometida, necesito ayuda ¡ya!

Sin saber si su linterna había logrado atraer la atención de Sam, la apagó. A través de los millones de burbujas que salían por la grieta de su placa facial, Tom vio la luz resplandeciente a lo lejos.

Allí. Tengo que alcanzarlo, antes de que la oscuridad me lleve…

Tom dio una patada con sus fuertes piernas y las aletas lo impulsaron en dirección a la luz, pero sin mucha visibilidad, tenía poca forma de determinar lo cerca que estaba de ella. Entonces vio una segunda luz, que se movía arriba y abajo, más como un delfín, hacia él. Y entonces la fuga de Hydrox se detuvo.

Se había quedado sin gas respirable.

Como un tonto moribundo, Tom cerró los ojos, contuvo la respiración y nadó hacia su muerte, y la muerte nadó hacia él. Al cabo de un minuto, ya no tenía que mantener los ojos cerrados y estaba rodeado por la oscuridad.

La inconsciencia envolvió su mente de forma reconfortante, como un adulto que extiende una cálida manta sobre un niño.

*

Sam se esforzó por quitarse el casco deformado. Con una llave de emergencia conectada a la parte trasera de las botellas de buceo gemelas de Tom, agarró el cierre exterior del casco y tiró con todas sus fuerzas. El dispositivo seguía sin moverse. En su tercer intento, consiguió que la carcasa girara y se la quitó de la cabeza a su amigo.

—¡Tom! ¿Me escuchas?

Tom tenía los ojos abiertos y aún jadeaba, pero algo iba mal. Los músculos de su cara empezaron a crisparse.

Ha estado expuesto al cianuro de hidrógeno...

Abriendo el botiquín del antídoto de cianuro, Sam dijo: —Matthew, pon al toxicólogo al teléfono, ahora mismo.

Segundos después, recibió una respuesta: —Doctor Johnston al habla.

—La placa facial de Tom ha sido dañada y ha estado expuesto a altas concentraciones de cianuro de hidrógeno... Tengo el botiquín del antídoto abierto, pero hay unos diez putos mini jets dentro... Necesito que me des la secuencia de administración.

—Trabaja de izquierda a derecha, para los tres primeros. Comienza con el nitrito de amilo en aerosol; dáselo inmediatamente en la boca, y asegúrate de mantener su nariz cerrada.

Sam siguió la orden y roció las soluciones en aerosol en la boca de Tom en rápida sucesión. Sus manos estaban estables. No tuvo tiempo de asustarse. Sam disponía ahora del equipo y de las instrucciones. Todo lo que tenía que hacer era seguirlas, y Tom sobreviviría, o no, pero se le habría dado la mejor oportunidad.

Sin esperar a que Sam confirmara que lo había hecho, el médico continuó: —Ahora, la primera inyección. Se llama nitrito de sodio, y vas a tener que administrarlo por vía intravenosa. Es decir, insertarlo en la gran vena yugular de Tom. Asegúrate de que está dentro de la vena, si no, no funcionará, y ahora mete todo el contenido.

Sam había aprendido los conceptos básicos de la venopunción en la universidad, mientras trabajaba en autopsias de ciertos mamíferos, pero eso estaba muy lejos de insertar una enorme aguja en la vena del cuello de su mejor amigo.

Recurrió a sus recuerdos y lo introdujo a la primera.

Sam conectó el mini jet e inyectó todo el contenido. Se obligó a respirar lenta y profundamente y esperó una respuesta.

—Bien, el nitrito de sodio está dentro.

—Bien, ahora quiero que dejes esa aguja dentro del cuello de Tom y conectes el segundo mini jet. Ese está lleno de tiosulfato de sodio. Notarás que no tiene una aguja en el extremo. La razón es que puedes insertarla sobre la aguja anterior e inyectarla directamente.

Sam siguió las instrucciones y preguntó: —¿Y ahora qué?

—Si fuiste lo suficientemente rápido, y tu amigo es fuerte, tiene un 25% de posibilidades de sobrevivir. Si recupera la consciencia, necesito que empieces a trabajar con el resto del kit. Como dice el paquete, de izquierda a derecha, cada uno inyectado a través del mismo puerto que hiciste cuando insertaste la segunda dosis en la vena de su cuello.

—Gracias, Doc —dijo Sam, y por un instante creyó ver que los ojos de su amigo empezaban a enfocarse. —Ahora, Matthew, sólo tenemos un casco entre los dos, y muy poco Hydrox en nuestros tanques. Vamos a necesitar que envíes una misión de rescate.

—¿Misión de rescate? —La incredulidad en la voz de Matthew podía oírse a pesar del ruido de la radio. —¿Dónde demonios estás?

—Te lo explicaré en breve, pero antes, ¡será mejor que subas la Roca y empieces a prepararte para una misión de rescate!

Frente a él, los ojos abiertos de Tom, con la mirada perdida en ese espacio intermedio entre la vida y la muerte, parecieron reconocer algo. Sus pupilas se dilataron y su cabeza giró para orientarse con la de Sam. Sin hablar, miró lentamente hacia arriba, hacia el resplandor.

—¿Dónde carajos estamos, Sam? —la voz de Tom era fría, pero no con miedo.

—¡Eh, estás vivo! —Sam le dio palmadas en la espalda a Tom. Su

amigo tosió un poco, pero parecía que iba a estar bien. —Bueno Tom, no estoy seguro, pero si tuviera que arriesgarme, diría que acabamos de entrar en la tumba interior de un antiguo rey.

Capítulo III

El aire estaba viciado y carecía por completo de humedad.

Era la primera vez desde que entró en la cámara resplandeciente que Sam se daba cuenta. De hecho, acababa de ser capaz de examinar su entorno. No había sido consciente de la sequedad única hasta ahora.

Cuando arrastró por primera vez el cuerpo de Tom, que no reaccionaba, a través de la abertura y hasta la superficie de piedra seca, el único interés de Sam había sido saber si el gas era respirable o no. Su reloj controlaba la calidad del aire y había confirmado rápidamente su sospecha de que el cianuro de hidrógeno estaba confinado en el agua. Entonces había comenzado la reanimación de Tom.

Sus ojos recorrieron la habitación que ahora les servía de cámara de rescate.

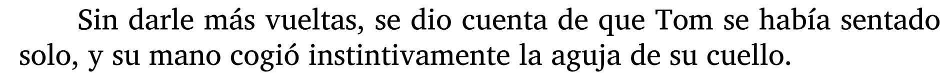
Era pequeña, no más grande que una habitación común. Las paredes estaban construidas con sólidos bloques de piedra cúbica de metro y medio de ancho. Las paredes y el techo eran completamente lisos. Sobre ellos, en el centro perfecto, había una abertura cuadrada, lo bastante grande como para que un hombre pudiera trepar por ella. Era de esta abertura de donde irradiaba la extraña luz azul resplandeciente. Cuatro metros por encima, sería casi imposible acceder sin equipo especializado. Lo más probable, supuso Sam, es que esta cámara sólo sirviera para disuadir a los posibles ladrones.

Sus ojos volvieron a las paredes.

Aunque lisas, había una serie de marcas pintadas que cubrían toda la cámara; pictografías que representaban a guerreros, con las armas desenvainadas, como si estuvieran colocados allí, listos para defender los niveles superiores de una bóveda.

Algo en las imágenes le inquietaba.

Los había visto antes en alguna parte. Quizá en un libro de arqueología o en un documental del Discovery Channel, pero lo dudaba. De algún modo, tenía la sensación de haber visto obras similares con sus propios ojos. Eso en sí mismo no era de extrañar. Después de todo, el trabajo de Sam con Deep Sea Expeditions, y como agente fantasma del Secretario de Defensa, le llevaba a menudo a antiguos yacimientos arqueológicos. Recordaba varias misiones anteriores que le habían llevado a yacimientos mayas, pero no recordaba marcas similares.



Sin darle más vueltas, se dio cuenta de que Tom se había sentado solo, y su mano cogió instintivamente la aguja de su cuello.

—Yo no tocaría eso si fuera tú —dijo Sam.

—¿Qué pasa?

—Es una aguja gigante que acabo de usar para salvarte la vida.

—¿Todavía la necesito? —preguntó Tom.

—Probablemente no, pero los médicos de Estados Unidos me recomendaron que la dejara en su lugar, con su cierre médico, hasta que estés en la superficie… algo sobre una embolia de aire o algo así. ¿Cómo te sientes?

—No tan mal, dada mi reciente exposición al cianuro de hidrógeno y al brebaje de productos químicos letales que me proporcionaste.

—De nada.

Los ojos de Tom recorrieron los restos destrozados de su casco de buceo: —¿Eso es mío?

Sam asintió con la cabeza.

Tom se llevó la mano a la frente. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, por lo demás pensativo. —Mi casco parece haber recibido la mayor parte del daño.

—Sí —asintió Sam—. ¿Recuerdas lo que pasó?

—No mucho. Vi la luz más adelante y pensé que debía ser tu luz, así que apagué la mía. Debía de haber una grieta en la pared exterior, de la que brotaba agua a gran presión. Ni siquiera la vi, pero al pasar nadando, fui expulsado por el agua en un giro descontrolado. Mi careta debió de chocar contra la piedra, y entonces todo lo que pude ver fue el torrente de burbujas de Hydrox que escapaban de mi casco de buceo. Sabía que no me quedaba mucho tiempo de vida, así que cuando me pareció ver una luz a lo lejos, nadé hacia ella, con la esperanza de que fueras tú, aunque no tenía ni idea de lo que podías hacer por ayudarme. Supongo que en algún momento se me acabó el Hydrox y sucumbí a la hipoxia.

—Estabas farfullando sandeces cuando te saqué del agua —dijo Sam.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Salvando mi vida, otra vez.

Años atrás, Sam había salvado la vida de Tom en una misión de

entrenamiento, cuando un sello de aceite de 2 dólares había fallado, resultando en una pérdida total de presión de aceite en la caja de cambios, y forzando la parada del motor. Sam había conseguido guiar el helicóptero hasta un lago y ponerlo en descenso controlado mediante autorrotación.

Los demás SEAL escaparon de la nave que se hundía, pero cuando Sam salió a la superficie y se realizó un recuento, Tom había desaparecido. Varios de los SEAL habían intentado alcanzar el helicóptero, que se había hundido rápidamente hasta el fondo del lago de 40 metros. Sam, con su experiencia en buceo libre profesional, era el único capaz de alcanzarlo. Dentro, encontró a Tom en la cabina, atrapado por el mal funcionamiento del mecanismo de bloqueo del cinturón de seguridad.

Sam se rio al recordar que Tom había podido acceder a la máscara de oxígeno del piloto y había estado respirando cómodamente durante todo el trayecto hasta el fondo, pero no había podido liberarse. Cuando había abierto la puerta, su amigo se había limitado a mirarle, cómodamente sentado en el asiento del piloto, como diciendo, ¿por qué has tardado tanto?

—De nada Tom. Si cuentas esa aeronave del año pasado, El Magdalena, esa inmersión libre en Saratoga, y la inmersión en la cueva en México cuando éramos niños, aun así, me has salvado más de lo que yo te he salvado a ti. Todavía te debo una.

—No me debes nada —dijo Tom. Luego, mirando a su alrededor, preguntó: —¿Estás más cerca de averiguar dónde estamos?

—Todavía estoy bastante seguro de que estamos en la cavidad de entrada de la cámara de descanso final de un rey maya.

—¿De Ajtzak?

—A juzgar por la representación del Arca de la Luz en la entrada, que desapareció poco antes de la muerte de Ajtzak, creo que hay muchas posibilidades de que sea ésta.

—¿Y nuestro equipo de rescate? ¿Crees que aguantaremos hasta que puedan alcanzarnos?

—El aire está seco, pero la calidad es sorprendentemente buena. Tenemos tiempo de sobra. Matthew nos sacará de aquí, no te preocupes. El equipo de rescate tardará otra hora en llegar hasta nosotros —Sam echó un vistazo a la caverna. —¿Quieres ver?

*

Sam examinó la abertura del techo.

Estaba a tres metros por encima de ellos y era perfectamente cuadrada, con bordes lisos de roca cortada. Cuando era más joven y jugaba al baloncesto en la universidad, podría haber saltado fácilmente lo bastante alto como para tocarla. Pero necesitaba más que eso. Necesitaba poder trepar hasta ella y, una vez allí, tendría que encontrar la forma de subir por el pozo vertical.

—¿Te sientes fuerte Tom?

—Lo suficientemente fuerte. ¿Qué tienes en mente?

—Estaba pensando que si pudiera pararme sobre tus hombros, podría llegar lo suficientemente alto en la abertura para escalarla.

—Puedo llevarte hasta ella, pero no tengo ni idea de cómo piensas escalarla una vez allí —respondió Tom.

—Déjame eso a mí.

Tom se puso de pie, sus 1.85 metros hacían que el desafío pareciera menos desalentador. Era alto y larguirucho, pero sus músculos engañaban, y probablemente era el hombre naturalmente más fuerte que Sam había conocido.

—¿Estás bien? —Sam comprobó de nuevo antes de subir sobre el fuerte hombre.

—Estaré bien.

Tom adoptó una postura firme, con los pies pegados a sus gigantescos hombros y los brazos en alto.

—¿A la de tres?

—Claro.

—Uno... Dos... Tres... —Sam trepó por la espalda de Tom como si fuera el tronco de un árbol. Era fuerte y duro como uno, también.

De pie sobre los hombros de Tom, pudo alcanzar la entrada. Las paredes de piedra del interior del pozo eran lisas como las de abajo, lo que hacía casi imposible cualquier intento de escalada. Sam sacó con calma un pequeño dispositivo metálico de su bolsillo. Se parecía mucho a una linterna. Lo colocó horizontalmente dentro de la abertura y pulsó un botón verde. El dispositivo se abrió aún más a medida que su sistema hidráulico se movía hacia el exterior, hasta que quedó firmemente alojado entre las paredes de piedra.

A continuación, Sam colocó un segundo dispositivo un poco más arriba y, agarrando la más alta de las dos barras, levantó los pies sobre la primera y se balanceó hacia arriba. Una vez de pie completamente en la primera barra, Sam fue capaz de llegar fácilmente a la parte superior del túnel vertical.

—¿Qué te dije? Fácil… —Sam se regodeó.

—Tramposo —Tom le miró desde abajo. —¿Voy contigo?

Sam desenrolló entonces una pequeña escalera de nailon. Estaba unida a la segunda barra, que había fijado en la parte superior de la abertura vertical.

—Sube.

La segunda cámara parecía idéntica a la primera, sólo que ésta tenía estatuas gigantes a ambos lados de la entrada. Una en cada extremo, ambas medían al menos dos metros de altura. Era imposible determinar si se trataba de enemigos o amigos, pues ambos vestían atuendos de guerra.

—¿Crees que uno de estos tipos es Ajtzak? —Tom preguntó.

—Podría ser. Nunca he visto una foto suya.

Justo encima de la abertura por la que Sam había entrado en la cámara había otro pozo que se extendía por encima de ellos.

Sam retrocedió para examinar el lugar, y sintió que el bloque bajo su pie se movía ligeramente. Debajo, se escuchaba un líquido a alta presión moviendo la piedra.

Miró alrededor de la habitación, medio esperando que las paredes se derrumbaran sobre él, —¿Alguna idea de dónde vinieron, Tom?

—Lo he oído, pero no veo nada.

Sam se agachó para desconectar su dispositivo hidráulico del pozo de abajo.

—Dime Tom, ¿por casualidad notaste las lanzas que había en el camino?

—¿Qué lanzas?

Tom miró hacia el pozo por el que acababan de subir.

Cuatro grandes lanzas, hechas de hierro, habían aparecido desde el suelo.

—Quienquiera que haya construido esto no tenía pensado que hubiera ladrones de tumbas —dijo Sam.

—Sí, bueno, no tengo ningún deseo de robar a los muertos, pero ¿tienes un plan para salir de aquí?

—Todavía no. Estoy en ello —Sam entonces miró alrededor de la habitación y en el eje de arriba. —¿Continuamos?

—Después de ti.

Sam siguió el mismo plan que el primero que habían utilizado

para llegar a la siguiente cámara. La única diferencia era que esta vez las consecuencias serían letales si fallaba.

Sam subió la escalera de piedra casi setenta veinte metros antes de llegar a la cámara final. Su cabeza apenas había pasado la abertura, y estaba seguro de que habían descubierto el lugar de descanso final de un rey, *pero ¿qué rey?*

Tom asomó la cabeza por el hueco un momento después.

—¡Qué es esto!

—¿Qué pasa, Tom?

—Acabamos de encontrar el lugar de descanso final del rey Ajtzak.

*

En el centro de la sala, justo encima del pozo que llegaba hasta la entrada de las cámaras de la pirámide, más de cien metros más abajo, Tom pudo ver la fuente del extraño resplandor azulado. Una bola perfectamente redonda, no más grande que su puño y hecha de una piedra de color azul oscuro parecida al cristal, reflejaba la luz como si fuera un diamante.

De dónde sacaba su luz seguía siendo un misterio; Tom sólo podía hacer conjeturas. Los mayas que la construyeron habían extraído la luz de algún modo desde cientos de metros de altura, tal vez para que brillara siempre sobre su viejo rey.

Afuera todavía debe ser de día.

La habitación era grande, de unos doce metros de ancho. Sus paredes se elevaban en una pirámide perfecta, culminando en el techo en lo alto y reuniéndose donde descansaba la piedra azul, como un globo terráqueo que iluminaba la estancia. En cada una de las cuatro paredes había un solo hombre con las manos por encima de la cabeza, como si sostuviera el techo. Allí, más de cien intrincados pictogramas y jeroglíficos adornaban la sala.

En el centro descansaba un sarcófago.

Encima, una pictografía representaba a un hombre con un cetro en la mano. Sólo que el hombre estaba adornado con guirnaldas de piedras de colores, y el cetro estaba formado por una hendidura en el sarcófago, como si el cetro real esperara a ser devuelto.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que ésta era la tumba del rey Ajtzak? —Sam interrumpió la inspección de la habitación.

—Porque es el emblema de su familia.

—¿Dónde?

Tom tocó la pictografía de la base del sarcófago: —Aquí. ¿Ves estos cuatro jinetes con lanzas? Están mirando hacia arriba y adorando a su deidad: un hombre con cabeza de halcón y un tocado con un disco solar.

—Alias, Ra, el Dios del Sol en la antigua cultura egipcia —Sam se quedó mirándolo asombrado.

—Tienes razón. Oye, ¿qué sabes de Egipto?

—Te sorprenderías.

Tom pasó las manos por la cresta de la deidad, y luego añadió: —Sólo lo recuerdo porque cuando llamé a un profesor de arqueología maya de la Universidad de México, me dijo que Ajtzak utilizaba un símbolo muy específico, que se parecía casi exactamente al de Ra, el Dios del Sol. Pero, como incluso yo sé, la mención de Ra sólo se ha encontrado en Egipto, nunca a este lado del Atlántico. Y lo que es aún más extraño, esta referencia a Ra no se encuentra en ninguna otra parte de su linaje ni del resto de la cultura maya.

—Los egipcios creían que Ra era tragado cada noche por la diosa del cielo Nut, y renacía cada mañana. También creían que viajaba por el inframundo de noche —repitió Sam lo que sabía sobre Ra.

—Así que la verdadera pregunta que hay que hacerse es: ¿qué hace una pirámide de tamaño egipcio y un dios egipcio de este lado del Atlántico, en el lugar descanso final de un rey maya?

—No tengo ni idea. Pero si conseguimos arreglar este problema del cianuro, estoy seguro de que algunos arqueólogos van a hacer su agosto aquí —Sam volvió a mirar las paredes. —Eché un vistazo rápido a la mitología maya en mi tableta mientras esperaba a que vinieras antes. Parece que esta habitación es una combinación abstracta de las creencias mayas.

—¿Como qué?

—Los mayas creían en un universo formado por cielos arriba y submundos abajo, con el mundo humano entre ambos. Uniendo los tres reinos había un árbol gigante cuyas raíces llegaban al inframundo y cuyas ramas se extendían hasta el cielo. Los dioses y las almas de los muertos viajaban entre los mundos a lo largo de este árbol.

—Interesante. ¿Así que acabamos de encontrar el santuario interior de la tumba del rey Ajtzak?— —Tom dio unos golpecitos en el sarcófago—. ¿Empiezas a tener la sensación de que nadie conocía realmente a este rey? ¿Como si, tal vez, viniera de otra parte?

—¿Como en Egipto? —Sam respondió.

—Exactamente—

Tom siguió escudriñando las vívidas imágenes de las paredes. Había animales y humanos, serpientes… todo tipo de criaturas. Túneles, similares a los pozos que acababa de escalar, parecían arremolinarse alrededor de las paredes de la habitación, hasta que se dio cuenta de que no eran túneles: eran ramas de un árbol y sus raíces.

En la pared había un símbolo que Tom no había visto nunca. Era pequeño, de bronce, y representaba a un hombre con una herramienta de medición sobre un ejército. Parecía casi irrelevante en comparación con los otros tesoros que adornaban la cámara de descanso final del Rey. Sin embargo, de alguna manera, parecía que alguna vez podría haber sido importante.

Una mirada a la cara de Sam cuando lo vio confirmó sus instintos.

—¿Lo has visto antes?

—Sí —Sam estaba callado e inusualmente distante.

—¿Dónde? —Tom siguió con la pregunta. No era propio de Sam ser tímido con él— ¿Qué significa?

—En Afganistán… Cuando me retiraron del servicio activo, me enviaron a explorar unas ruinas prehistóricas, plagadas de encriptaciones y laberintos. En la cima de la estructura estaba el símbolo de la civilización que la construyó. Su marca. Era sencillo, casi anodino en comparación con la estructura que habían creado… igual que aquella…

—Entonces, ¿estás diciendo que estas personas, que vivieron en Afganistán hace muchos años, también vivieron en Centroamérica?

—No.

—¿Pero esta es la tumba de un Rey Maya?

—Sí, pero los Maestros Constructores vivían de construir grandes estructuras. Una teoría es que ni siquiera construían estas cosas ellos mismos, sino que ordenaban a grandes ejércitos que lo hicieran por ellos. Habrían sido descritos más exactamente como Maestros Ingenieros. Y esto, creo, habría sido sólo uno de sus muchos proyectos, por un precio.

—¿Y cuál era ese precio?

—Nunca he sido capaz de averiguarlo. De hecho, hasta ahora, ni siquiera tengo pruebas de que existieran. La única prueba que tengo es que muchas de las maravillas antiguas no podrían haberse construido sin esa raza.

*

Ocho horas después, tras un prolongado periodo de descompresión en la Roca, Sam y Tom salieron de la cámara hiperbárica y llegaron a la cubierta de la piscina lunar. Sam observó los rostros de las personas que trabajaban y vivían a bordo del Maria Helena. Eran su familia, y cada rostro mostraba su propia forma de afrontar la experiencia cercana a la muerte de uno de sus miembros.

—Muy bien. Estamos bien —Sam escaneó sus rostros en busca de alivio, y no encontró ninguno—. Todos sabemos que se necesita mucho más que una placa frontal agrietada a unos cientos de metros de agua para dañar la fea cara de Tom más que la Madre Naturaleza.

—Yo mismo he echado un vistazo y creo que el golpe puede haber hecho algunas mejoras —Tom hablaba con la relajada seguridad de un hombre cuya fuerte mandíbula y ojos intensamente grises y penetrantes habían robado el corazón de muchas mujeres.

—Ahora, por mucho que me alegre de que todos se preocupen por nuestra supervivencia, tenemos un trabajo importante por delante. No olvidemos que varias toneladas de cianuro de hidrógeno siguen goteando por un agujero en el fondo marino. Quiero a todos en la sala de misión dentro de diez minutos. Tómense un café rápido, o cualquier droga que usen para mantenerse concentrados. Tengo que informarles de lo que hemos descubierto y planificar los próximos pasos.

Ocho minutos más tarde, Sam estaba de pie en la cabecera de la mesa de la sala de misiones. Todas las personas a bordo del María Helena estaban allí, las quince, y cada una levantaba la vista, concentrada en lo que iba a decir. Podía sentir la tensión mientras hablaba.

—Hicimos nuestra inmersión en el fondo marino en busca de una respuesta, pero en lugar de eso hemos vuelto con una multitud de preguntas sin respuesta. Se trata de dos retos distintos, cuya resolución requiere dos equipos diferentes. El primero y principal objetivo de nuestra misión es descubrir la fuente de la fuga de cianuro de hidrógeno y bloquearla. El segundo es de naturaleza arqueológica. La pirámide será tratada como un yacimiento arqueológico, y nuestro equipo se encargará principalmente de las necesidades logísticas de los arqueólogos para investigar.

Sam bebió de su taza de chocolate caliente antes de seguir hablando. —Parece que la fuente de la fuga de cianuro de hidrógeno es a través de una grieta en la pared exterior de una pirámide maya subterránea. Es poco probable que proceda de la mina de plata local,

como se esperaba en un principio, sino de un almacén de cianuro.

—¿Tienda de cianuro maya? —preguntó Veyron.

—Sí, maya. Me doy cuenta de que el cianuro no se utilizó en la minería hasta el siglo XVII en Europa, pero ha habido pruebas a lo largo de los años de que tanto los mayas como los aztecas descubrieron el beneficio que el cianuro servía para separar materias primas mineras como el oro y la plata, siglos antes. Mi conjetura es que lo más probable es que una perforación reciente o las explosiones de la mina de plata cercana dañaran el antiguo almacén, enviando su veneno letal al Golfo.

—Quiero que tú, Veyron, dirijas un equipo de ingenieros que estudien la solución para eliminar cualquier veneno adicional de la pared agrietada. Luego, busca la forma de rellenar toda la zona con hormigón, de modo que si se nos escapa algo, pasen otros mil años antes de que el material vuelva a escapar.

—Entendido —reconoció Veyron.

—Tom, una vez que alguien te revise y se asegure de que estás en condiciones de volver a bucear, quiero que encabeces un equipo para registrar la pirámide y lo que parecía ser la Tumba del Rey.

—¿No quieres dirigirlo? —preguntó Tom, con la sorpresa claramente evidente en su rostro.

—Sí, pero mi primera misión debe ser resolver esta catástrofe marina —Sam sonrió—. Tengo una serie de razones personales por las que me propongo explorar los secretos ocultos de la pirámide, pero no puede ser mi prioridad. Voy a tener que hacer algunas llamadas y gestionar el proyecto desde arriba. No olvides que falta menos de un mes para que estemos en plena temporada de huracanes. Puede parecer sencillo, pero no hay que olvidar que estamos trabajando en hasta 120 metros de agua, dentro de un túnel estrecho. No tenemos forma de saber lo estables que son las paredes de la pirámide, ni lo que hay al otro lado de esa pared agrietada.

Veyron levantó la mano izquierda, sólo ligeramente, como si tuviera algo que decir.

—¿Sí, Veyron?

—¿Por qué no rellenamos toda la pirámide con hormigón? Sería menos arriesgado, y estoy seguro de que a quienquiera que esté enterrado ahí abajo no le importaría estar un poco más... ¿cómo decirlo? ¿Acogedor?

—Puede que tengamos que hacerlo si nuestra primera opción resulta demasiado difícil o insegura, pero creo que este yacimiento

guarda demasiados secretos y conocimientos sobre la cultura maya como para quedar enterrado para siempre en miles de toneladas de hormigón. Durante la conquista española, la Iglesia católica y los funcionarios coloniales, guiados por el obispo Diego de Landa, destruyeron los textos mayas allí donde los encontraron, y con ellos el conocimiento de la escritura maya. Los escritos de estos muros pueden contener una gran cantidad de información sobre la cultura maya anterior a España, que odiaría ver enterrada para la eternidad.

—De acuerdo, haré todo lo posible por conservarlo —reconoció Veyron.

Volviendo al problema del cianuro, Sam continuó—: Por lo que sabemos, la mina ha estado almacenando el producto de desecho de su mina de plata en un túnel subterráneo, sin idea de que un día se rompería en una pirámide. No se equivoquen, señoras y señores, se trata de una empresa seria, con consecuencias mortales para la vida marina mundial.

Veyron declaró: —Independientemente de quién fuera el propietario del cianuro en otro tiempo, creo que es seguro afirmar que la mina de plata es responsable de algún modo del daño que causó la fuga. Y si han estado vertiendo cianuro durante años, más vale que lo sepamos ahora que más tarde, antes de perforar algo que no deberíamos—.

—Bien pensado —dijo Sam—. Si conozco a la gran minería, van a arrastrar este asunto a través de todas las lagunas posibles hasta que la EPA les obligue. Va a ser desagradable, pero voy a hacer la llamada. Intenta hablar primero con el propietario, Michael Rodríguez, a ver si podemos evitar algunos de los trámites burocráticos.

Tom sonrió con picardía: —No creo que sea necesario.

—¿Y eso por qué?

—Porque creo que ese es su helicóptero acercándose.

Capítulo IV

Michael Rodríguez llegó a México aquella mañana en su jet privado. Hacía calor, pero a diferencia de España, que disfrutaba de la brisa fresca del mar Adriático a la entrada del Mediterráneo, México siempre parecía seco. Era una de sus minas menos favoritas, pero hoy no había forma de evitarlo.

Nunca ocurría nada sin su conocimiento, en cualquiera de sus 43 preciadas minas de minerales. Era un propietario que mantenía un control muy activo del funcionamiento diario de cada una de sus minas, y se enorgullecía de su capacidad para garantizar su eficacia y la lealtad de sus empleados.

Rodríguez Mining Inc. fue fundada por su abuelo en 1928. Al principio, una única mina de oro en Sudáfrica, que había comprado después de que la suerte le concediera una relativa fortuna con el descubrimiento del Royal Clipper, una pepita de oro de 80 onzas. Cuando el mundo se arruinó y la gran depresión golpeó con fuerza en 1930, compró varias minas a precios inferiores al valor de sus existencias. Fue una apuesta que le reportó enormes dividendos en 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, cuando Alemania empezó a almacenar oro y mineral de hierro.

Cuando el padre de Michael tomó las riendas en 1962, la empresa ya era rica. Pero al adoptar la nueva tecnología de perforación, llevó a la empresa a ser uno de los conglomerados mineros más rentables del mundo, con minas en todos los continentes.

La historia nos enseña que la primera generación de empresarios hace el dinero, la segunda lo mejora y la tercera lo pierde todo. Si, de alguna manera, la tercera generación consigue evitar que la riqueza de la familia se pierda en la glotonería, la avaricia y la tentación, entonces la familia suele convertirse en la vieja fortuna generacional, como los Rothschild, los Walton o los Arnault del mundo. Las familias de las que naciones enteras pidieron dinero prestado.

Era su plan, entre otros, colocar el nombre de Rodríguez al lado de los nombres de los más ricos.

Había volado inmediatamente cuando se enteró de que el Maria Helena estaba husmeando cerca de su mina. Tenía una idea de lo que buscaban. Había salido en todas las noticias del mundo que la Zona Muerta se había multiplicado casi por 100 desde el año pasado.

A Michael no podían importarle menos las pérdidas medioambientales, pero cuando se producían accidentes medioambientales inexplicables, las minas locales solían llevarse la

culpa. No, tendría que estar presente en la investigación si quería mantener a Rodríguez Mining Inc. por encima de las normas. Era un pequeño precio a pagar por lo que quería a largo plazo.

Su avión privado acababa de dejar de rodar por la pista del aeropuerto internacional mexicano de Ciudad del Carmen, cuando bajó de él y subió a bordo de un helicóptero de la empresa. Decidió que la mejor manera de mantener las cosas a su favor era conocer en persona a la tripulación del María Helena.

Inmediatamente, antes de que lo buscaran.

En veinte minutos, el helicóptero de la compañía aterrizó en la cubierta trasera, junto a otro helicóptero a bordo del Maria Helena. Mientras los rotores se detenían, Michael, poco dado a esperar por nada, salió y se dirigió hacia la tripulación, detrás de la cubierta, donde le esperaba el hombre que tenía en sus manos el resultado de todos sus sueños.

*

Sam observó cómo se acercaba el desconocido.

Era unos diez años mayor que Sam, pero bajó del helicóptero como si fuera mucho más joven, sin prestar atención a las aspas giratorias que giraban sobre su cabeza. Era señal de que tenía confianza con los helicópteros o de que vivía en un mundo en el que se creía por encima de la posibilidad de sufrir daños. Su estatura era media y, aunque Sam suponía que se acercaba a los cuarenta, su paso atlético y su postura erguida mostraban los restos de alguien que había sido boxeador. Y ninguno de los signos habituales de alguien que había heredado casi veinticinco mil millones de dólares, como un equipo de guardaespaldas o la flacidez de toda una vida de inactividad y excesos.

—Buenos días. ¿Quién de ustedes es Sam Reilly? —preguntó tendiéndole la mano. El hombre lucía una sonrisa confiada y hablaba como un hombre acostumbrado a que le escucharan. A pesar de sus orígenes españoles, hablaba un inglés perfecto. Su voz dejaba entrever un ligero acento de Boston, probablemente debido a su educación en Harvard.

—Ese soy yo —dijo Sam, encontrándose con él a medio camino para estrecharle la mano.

El hombre miró inmediatamente a Sam a los ojos. —Me llamo Michael Rodríguez.

—Encantado de conocerle, Sr. Rodríguez.

—Llámame Mick... —sonriendo afablemente, guiñó un ojo y dijo —: Sólo mis empleados y los que quieren hacerme la pelota por dinero me llaman Sr. Rodríguez. A menos que quieras trabajar para mí. Porque sé que no necesitas el dinero.

Así que sabe quién soy... o al menos quién es mi padre...

—Claro —a Sam le sorprendió la actitud gregaria de Mick. Creciendo con su propio padre, había conocido a muchos de los ultraricos del mundo, y este hombre hacía la primera excepción a la regla, que todos esos hombres actúan como si y creen que son dueños del planeta y todos los que están en él. —¿Qué puedo hacer por ti, Mick?

—Sam... ¿puedo llamarte Sam? —preguntó Mick y luego, recibiendo el leve asentimiento de Sam, continuó: —He oído informes de que se ha encontrado un número récord de peces muertos o moribundos cerca de «The Dipper», una de mis minas de plata. Cada año la Zona Muerta parece empeorar... ¿quizás haya algo en todo este asunto del calentamiento global, o quizás simplemente tomamos demasiado del suelo a través de América del Norte?

Sam no estaba seguro de si Mick estaba atacando o no la postura de Estados Unidos sobre el calentamiento global. Estaba a punto de mencionar que la causa de la Zona Muerta de este año fue provocada por la mina, cuando Mick continuó hablando.

—Vengo a decirte que me gustaría ofrecerte todo nuestro apoyo en tu investigación.

—Es muy amable de tu parte, Mick.

—No es nada. Es lo menos que alguien nacido en mi posición podría ofrecer. ¿Tenemos alguna idea de la causa?

—De hecho, sí—, dijo Sam.

—Bueno, no me dejes en suspenso, hijo, ¿qué está causando este desastre?

—Al parecer, las voladuras de tu mina pueden haber causado daños en una tumba maya local de gran importancia arqueológica, lo que a su vez ha liberado grandes cantidades de cianuro de hidrógeno en las aguas.

—¿Cianuro? Ni siquiera lo usamos en nuestra mina. Somos una mina de plata, no de oro. No tengo ni idea de dónde puede haber salido eso.

—Aún no lo sabemos con certeza, pero parece que los mayas pudieron descubrir las ventajas del cianuro para separar el oro muchos siglos antes que los europeos, allá por el siglo XVII. De algún

modo, su voladura parece haber abierto una antigua reserva maya.

—Vale, vaya. ¿Qué podemos hacer al respecto?

—Vamos a tener que enviar un equipo para encontrar la fuente primaria de contaminación. Después, tendremos que protegerla sin dañar el yacimiento arqueológico, tarea que llevará a cabo otro equipo en colaboración con el gobierno mexicano. Por último, tendremos que repoblar los peces de la zona.

—No hay problema, amigo. Dime qué ayuda necesitas y te daré todo mi apoyo. Luego me envías la factura. Si hemos causado este desastre, quiero asumir la responsabilidad. No somos una de esas empresas que destruyen la tierra y luego siguen adelante sin reparar.

—Eso está muy bien por tu parte, Mick. Serás el primero con el que he tratado que asume la responsabilidad con tanta ecuanimidad. Te lo agradecemos.

—No hay problema. Sigo sin saber cómo ha podido ser causado por una de mis voladuras. Quiero decir que es muy improbable que la réplica haya podido dañar a Ciudad del Carmen —dijo Mick, con voz segura, pero no pendenciera. —Roberto Jackson, mi gerente de la mina, dice que el Pequeño Cazo ha hecho todo lo posible por proteger las valiosas reliquias arqueológicas de Ciudad Del Carmen. De hecho, hace un par de años tomé la decisión de detener la excavación de túneles en la pared larga del sur, debido al bajo nivel de riesgo. Ahora, la mina se desplaza más hacia el norte y el este, muy por debajo del fondo del océano.

—Sé que sí.

—Entonces, ¿por qué crees que es mi mina la que ha causado todo este daño?

—Porque no fue Ciudad del Carmen la que resultó dañada.

La piel alrededor de la fuerte mandíbula de Mick se tensó, sólo ligeramente, pero era la primera vez que Sam notaba que la confianza del hombre flaqueaba. Probablemente acababa de darse cuenta de que era posible que su mina fuera responsable de un desastre cuya reparación podría acabar costándole millones.

—¿Entonces a qué sitio arqueológico maya se refería? No hay otros yacimientos cerca —su ceja se alzó con genuina curiosidad.

—Una pirámide subterránea, encontrada bajo el lecho marino del océano... —Sam señaló en un mapa del Golfo de México el lugar exacto, —justo aquí.

—Mierda —el rostro de Rodríguez se tornó ceniciento, y pequeñas gotas de sudor gotearon de su frente a pesar del potente aire

acondicionado del María Helena. —¡Eso es exactamente por donde pasa la Osa Mayor!

Sam no había considerado la importancia hasta ese momento. —¡Si se rompe, más de 120 metros de agua serán liberados con una fuerza que matará a todos dentro del túnel!

—Exacto... por favor, discúlpeme un momento, debo llamar a mi encargado de operaciones.

—Por supuesto—.

Sam observó cómo Rodríguez caminaba tranquilamente hacia la cubierta exterior, donde su helicóptero descansaba ahora en silencio. El hombre habló por teléfono durante un par de minutos. Tenía las piernas firmes sobre la cubierta, no se movía como muchos hacen durante una crisis.

—¿Qué piensas de él? —preguntó Tom.

—Aún no lo sé. Parece un tipo bastante agradable, para alguien que está en la misma liga que mi padre en riqueza, pero hay algo en lo que no confío. No sé qué... tal vez sea mi aversión innata a los ultraricos.

—Sí, yo también los odio a ustedes los ricos...

—No es nada de lo que ha hecho o dicho. Es lo que no ha hecho lo que me preocupa.

—¿Qué quieres decir? Me sonó como si estuviera feliz de proporcionar cualquier ayuda que pudiera.

—Es justo eso. ¿Sabes cuál fue la respuesta de mi padre cuando le dije a qué dedicaba el tiempo María Helena este mes?

—No.

—Me dijo: «pero no puede haber mucho dinero en ese tipo de trabajo». Eso es lo que le gusta hacer a la gente del calibre de mi padre. Evitar pagar lo que deben. Este hombre parece que ni siquiera ha hablado con sus abogados todavía, a pesar de ser potencialmente responsable de millones.

—Vale, le vigilaré. A ver qué comodín cree que se guarda en la manga.

Mick retrocedió, la expresión seria de su rostro había desaparecido. —Lo siento. Acabo de llamar a mi encargado. Está sacando al equipo del túnel. Tengo más de mil trabajadores mexicanos a varios cientos de metros por debajo de la línea de flotación. Si esa cosa se rompe, cada uno de ellos estará muerto antes de saber qué los golpeó. Vamos a tener que enviar un equipo para cerrar todo el túnel,

o correr el riesgo de matarlos a todos. El mayor problema es que el agua está entrando por pequeñas grietas, y hay un práctico río vertiéndose por el túnel. Las bombas deberían ser capaces de mantener los túneles abiertos para mis hombres, pero el agua que fluye hará que sea muy difícil llegar.

—Eso puede que tenga una solución… —dijo Sam.

*

Sam encendió el proyector.

Mostraba un diagrama dibujado a mano de la pirámide maya subterránea. Un símbolo rojo como un rayo destacaba el punto del túnel del lado este de la pirámide donde Tom había estado a punto de morir por el cianuro de hidrógeno que fluía hacia el exterior.

—Aquí es donde se encontró la grieta en el túnel —Sam señaló el lugar donde se identificó por primera vez la fuga. —No tendremos forma de averiguar lo cerca que está el otro lado del agujero de la Osa Mayor, pero para que la voladura en ese punto dañara los enormes bloques, hay que suponer que está bastante cerca.

Mick abrió la tableta de su ordenador. —Aquí están los esquemas de la Osa Mayor. Nuestro túnel pasa directamente por debajo de la pirámide subterránea, unos tres metros por debajo. Para que nuestra voladura causara ese tipo de daño entre las dos estructuras, ya tendría que haber una abertura en alguna parte.

—¿Quizás los Mayas mantenían un almacén debajo de la pirámide que podríamos ver? —Mick preguntó.

—Es muy posible —aceptó Sam—. Entonces, ¿estabas considerando enviar un equipo de mineros, que estarían dispuestos a correr el riesgo de entrar en la mina y volar el techo desde unos quince metros por debajo de la pirámide?

—Sí.

—Mick, señalaste que el riesgo sería alto, y que un fallo provocaría la inundación de toda la mina —Sam vio que Mick asentía y luego, señalando el diagrama de la pirámide, preguntó: —¿Y si bloqueamos la entrada a la pirámide aquí, y aquí?

—Entonces, ¿la pirámide permanecería perdida para siempre? —Mick preguntó.

—No, entonces tu equipo podría entrar y sellar la mina desde abajo, sin perder más de quince metros de su larga pared. Una vez completado eso, nos quedaríamos con un equipo de arqueólogos para quitar la entrada bloqueada y explorar la tumba maya.

—¿Cuándo puedes hacerlo? —preguntó Mick, con los ojos muy abiertos y una mirada de respeto.

Tom miró a su ingeniero: —Veyron, ¿qué opinas?

—Tengo que construir la estructura de acero y luego bombear el hormigón. En el mejor de los casos, necesitaré unos tres días, dada la ubicación.

Sam miró a Mick para ver si su nuevo amigo lo aprobaba.

Parecía que Mick no lo había oído. En su lugar estaba hablando por el teléfono, con el cuerpo tenso por la ansiedad. —Entiendo. Haz lo que puedas, saca a todo el mundo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sam.

—Era mi encargado. El agua acaba de reventar el túnel.

—Mierda. Vale, al menos has sacado a tus trabajadores...

—Pero eso es todo... mi encargado me acaba de decir que los sacó de la Osa Mayor y los trasladó al Pozo Cuatro de la Mina. Pensó que estarían a salvo allí, debido a las veinte millas entre los dos pozos. Pero esa cantidad de agua llenará esa distancia rápidamente.

—Bien, ¿cuánto tiempo tenemos?

—Tal vez una hora, como mucho.

—¿No puedes sacarlos ahora?

—No, la entrada está bloqueada por el agua que se aproxima. Están atrapados literalmente bajo el torrente de agua.

—¿Pensó que los pondría a salvo, minando por debajo de la línea de flotación? —Sam dijo, sin ningún intento de ocultar el desprecio de su voz.

—La minería es cara. Sólo intentaba mantener la producción —Michael habló con honestidad y sin vergüenza. Era obvio que la minería era cosa de hombres duros. —Ahora, ¿qué podemos hacer al respecto?

Sam volvió a mirar a Veyron.

—Me romperá el corazón, Sam, pero podríamos usar el Sea Witch para bloquear la entrada a la pirámide. Su sólido casco de acero taponaría la entrada.

—Hazlo —Sam dijo, reparar en la idea de la destrucción de su máquina de cinco millones de dólares.

*

Tom bajó por la escotilla de acero reforzado y entró en la cabina del Sea Witch.

En el asiento del piloto, Sam estaba sentado, iniciando ya el procedimiento de puesta en marcha. Detrás de él, Veyron revisaba el submarino. Junto a Veyron descansaba un trozo de papel, sobre el que había garabateados con letra descuidada varios algoritmos y ecuaciones matemáticas.

Normalmente, se fiaría de los cálculos del hombre con la confianza que da trabajar con un experto, pero en una inmersión compleja como ésta, normalmente disponían de semanas de preparación. La misión de hoy se decidió por necesidad, tras descubrir que tenían menos de una hora para salvar la vida de más de mil personas.

El cable y los ganchos estaban sujetos al submarino, listos para el lanzamiento. Tom sintió que el submarino se movía cuando se sentó en el asiento del copiloto.

—Bueno señores, supongo que esa es mi señal —dijo Veyron—. Aquí es donde me bajo.

—Gracias, Veyron —dijo Sam sin levantar la vista de los instrumentos que estaba comprobando.

—Oye, Veyron —Tom lo detuvo, por un segundo.

—¿Sí?

—¿Qué tan seguro estás de que este loco plan va a funcionar?

—¿Qué el Sea Witch bloqueará la entrada a la pirámide? —Veyron frunció el ceño, entrecerró los ojos y miró hacia arriba y hacia la izquierda. Parecía estar haciendo cálculo mental—. Yo diría que al menos un 95%.

—Suena bien.

—¿Pero que la estructura del Sea Witch mantenga su capacidad de retener la presión, y no mueras aplastado? Yo diría que definitivamente mejor que 50:50 —sin esperar la respuesta de Tom, subió los últimos peldaños de la escalera y dijo—: Mucha suerte, caballeros.

—Gracias por el voto de confianza —respondió Tom.

Sam sonrió—. Esas probabilidades no son tan malas. Tom y yo hemos sobrevivido a cosas peores.

Arriba, Veyron cerró la primera escotilla. En los oídos de Sam resonó el sonido de trinquete y chirrido del mecanismo al encajar sus doce cierres hidráulicos. La primera luz roja parpadeante se volvió

verde.

Tom empezó a trabajar en su hoja de comprobación de seguridad. Cuando el submarino se desplazó bajo el cable de acero de la grúa, balanceándose ligeramente, se tambaleó, pero no dejó que el movimiento le distrajera.

Arriba, la segunda luz cambió a verde, confirmando que tanto la esclusa como la escotilla exterior estaban selladas.

—Maria Helena, aquí Sea Witch, listo para despegar —la voz de Sam era lenta y segura, como si estuviera en cualquier otra misión.

—Sea Witch, estamos comenzando el descenso ahora —Tom podía oír la preocupación en la voz controlada de Matthew. Se alegró de que Sam hubiera dejado a Matthew a cargo de la sala de misión. No es que estuviera en condiciones de ayudarles si algo salía mal.

La manivela del cabrestante motorizado se oyó suavemente correr el cable hasta que el Sea Witch alcanzó la superficie de la piscina lunar. El ojo izquierdo desapareció bajo las salpicaduras y el barco empezó a flotar.

Sam encendió cada una de las hélices, confirmando que estaba lista para maniobrar por sí misma, y luego dijo—: Maria Helena, estamos listos para desengancharnos.

—Copiado, Sea Witch, desenganchando ahora.

Echaron un último vistazo a la parte superior a través de la pequeña portilla, que permitía a los ocupantes del submarino observar la fijación de los cables de la grúa. Tom vio a Veyron, con el pulgar hacia arriba, dando la señal de todo despejado.

—Sea Witch, eres libre. La mejor de las suertes.

Sam arqueó una ceja. —¿Estás listo, Tom?

—Sí, vamos.

Sam inundó las cámaras de inmersión principales. Inmediatamente el Sea Witch comenzó a hundirse.

Tom miró a Sam, que ahora silbaba, mientras el submarino se sumergía, y dijo: —Así que, 50:50 posibilidades de que no muramos aplastados antes de salir por la escotilla de escape, ¿eh? ¿Qué te parecen esas probabilidades?

Sam sonrió y Tom negó con la cabeza. Sam le estaba dedicando aquella maldita sonrisa demoníaca, la sonrisa de un loco a punto de cometer una estupidez e intentar salirse con la suya. Pero en el caso de Sam, normalmente lo conseguía.

—Escucha, Tom, y te diré exactamente cómo vamos a hacer esto.

*

Michael contestó al teléfono.

—¿Sí?

—¡Sr. Rodríguez, el agua ha llegado al pozo minero número dos y ya está empezando a desbordarse por el tres! —su encargado sonaba sin aliento—. Una vez que llegue al número cuatro, no podremos hacer nada por los hombres de abajo.

—Reilly está en el agua. Deberían tener el agujero bloqueado en los próximos 45 minutos…

—Y si no lo consiguen en los próximos treinta, morirán unos 1,000 mineros.

—Entendido, Roberto.

La más breve de las sonrisas se dibujó en los labios de Michael al reflexionar sobre la maravilla de la naturaleza humana.

Es fascinante ver cómo mi encargado superó las adversidades y llegó a la superficie, a pesar de enviar al resto de los hombres a trabajar más abajo de la línea de flotación.

*

Sam podía ver la entrada de la pirámide más adelante en la pantalla del sonar.

Tom, que ahora tenía el control del submarino, redujo la velocidad y preguntó—: Bien, está a doce metros por delante. ¿Vas a compartir tu plan conmigo en algún momento, Sam?

Sam se colocó el cinturón de buceo.

—Muy bien. Ahora es probablemente tan buen momento como cualquier otro. Básicamente, el plan, según lo discutido con Veyron, era que llevaríamos el Sea Witch cerca de la entrada de la pirámide hasta que su enorme atracción nos succionara hacia el punto principal donde el túnel se estrecha, justo antes de dividirse en dos. Así, vamos a bloquear la entrada, como lo haría un tapón en una bañera.

—Eso ya lo sabía.

—Es bueno ver que estabas despierto —Sam entregó a Tom su nuevo casco de buceo—. Veyron ha hecho los cálculos, y el Sea Witch sobrevivirá a ser utilizado como un tapón gigante. De lo que no estaba seguro era de si el submarino implosionaría o no después de haber sido debilitado por la fuerza inicial de golpear la pared al bloquear la entrada a la pirámide.

—Cierto... sí, dijo que nos daba una probabilidad de implosión de 50:50.

—Basándonos en los cálculos de que nuestro casco ya era completamente hermético, y entonces escaparíamos por la escotilla de escape, volveríamos a la campana de buceo, habiendo cumplido nuestra misión... —Sam levantó la vista y, tranquilizado al ver que Tom le seguía, dijo—: ¿Pero y si el Sea Witch ya estuviera inundado?

—¿Quieres inundar el interior del submarino?

—Claro, ¿por qué no? Va a estar destrozado después de esto de todos modos. —La cara de Sam mostraba auténtico desinterés.

—La energía se cortará en el instante en que la cámara principal se inunde, y no podremos maniobrarla.

—Eso no debería ser un problema. Después de todo, va a ser arrastrado por la corriente subterránea de todos modos. Entonces, en lugar de implosionar, debería alojarse en la abertura. Probablemente... —Sam reflexionó con una sonrisa fatalista—. ¿Por qué, tienes una idea mejor?

—No... yo no. Así que supongo que nos quedamos sin opciones.

Sam encendió las botellas de buceo y se puso el casco.

—¿Estás listo?

—No, pero no tenemos muchas opciones—, respondió Tom, comprobando la entrada de Hydrox en su casco.

—Allá vamos.

Sam acercó lentamente el Sea Witch a la entrada principal de la pirámide, hasta que notó que algunos de los controles se estaban volviendo blandos y torpes. Aún tenía control sobre el submarino, pero necesitaba ejercer más presión para conseguirlo.

—Bueno, eso es todo—, dijo Sam. —Estamos metidos hasta el fondo.

—Recibido. Anulando la escotilla primaria de la esclusa.

La escotilla exterior permanecía firmemente cerrada, mientras que la del medio, que normalmente garantizaba que la cabina del submarino permaneciera seca, se quedó abierta. Había una serie de sistemas de seguridad para evitar que ocurriera algo así, pero Tom había conseguido anularlos.

—Inundándola ahora —dijo Tom.

El agua llenó rápidamente las dos cámaras del Sea Witch.

Cuando llegaron a la entrada de la pirámide, el submarino estaba

completamente inundado y la presión se había igualado con la del exterior.

Sin energía, el Sea Witch giró a través de las turbias aguas.

Mirando por la pequeña portilla, Sam luchó por mantener el sentido de la orientación mientras rebotaban por la gran entrada de la pirámide. Incapaz de determinar a qué distancia del túnel habían llegado, el submarino se detuvo de repente y quedó firmemente atascado.

—¿Estamos atascados? —preguntó Tom.

Sam miró por el ojillo. El agua parecía fluir a su lado, más rápida y furiosa que nunca—. Sí, estamos atascados, pero no donde se suponía que debíamos estar.

Tom pasó la mano por el ordenador de buceo. Todos los instrumentos funcionaban y, a esa profundidad, tenía algo más de una hora de suministro de Hydrox, que al menos era algo.

—¿Cómo está tu Hydrox, Sam?

—Está bien para por lo menos una hora. Abramos la escotilla y volvamos a la campana de buceo. A ver cuál es nuestro próximo movimiento.

—De acuerdo.

Tom hizo girar la rueda de cierre interno de la escotilla exterior. La luz verde se volvió roja, indicando que ya no era estanca.

A continuación, empujó la puerta hacia fuera.

No ha pasado nada.

Empujó de nuevo, sin éxito. Tom tragó saliva y su ritmo cardíaco se disparó. —Sam, tenemos un gran problema...

*

En la sala de misiones del Maria Helena, la silenciosa inquietud era casi tangible. El último mensaje de Sam desde el Sea Witch era que habían inundado la cabina y ahora estaban a la deriva dentro de la boca de la pirámide. Los últimos cinco minutos habían transcurrido con una lentitud insoportable y no habían recibido ningún mensaje desde abajo.

El sonido del teléfono de Michael rompió el silencio.

—¡El agua sigue fluyendo, y ha pasado los bloques de seguridad en el pozo tres! —era su encargado.

—Entendido. Dile a los hombres que estamos haciendo todo lo

posible por ellos.

Michael miró a Matthew. —No funcionó. El agua sigue fluyendo fuerte.

Matthew asintió en señal de comprensión y luego miró a Veyron: —¿Alguna idea?

—Me temo que no se puede hacer nada en el plazo previsto.

—Veyron —dijo Michael—. He visto que tienes un segundo submarino abajo. ¿Puedes enviarlo para intentarlo de nuevo?

—Claro, puedo controlar sus brazos mecánicos y probablemente reposicionar el Sea Witch, pero no tenemos a nadie que lo pilote.

—Creo que tengo una solución para eso.

Capítulo V

Sam se dio la vuelta para poder empujar la escotilla con las piernas, junto con Tom. A pesar del dolor en sus fuertes muslos, no hubo movimiento.

—Bueno… eso va a empeorar considerablemente nuestro día —dijo Sam.

Tom se movió alrededor del submarino, mirando por los otros ojillos, intentando hacerse una mejor idea de cómo descansaba el Sea Witch. —La escotilla debe estar encajada contra la pared, ¿no?

—Supongo que sí. La cuestión es cómo vamos a liberarlo.

—Informaré al María Helena de que hemos fracasado, y veré qué soluciones se le ocurren a Veyron. Sabía que deberíamos haber traído a ese hijo de puta francés con nosotros.

Sam asintió con la cabeza y continuó su reconocimiento del Sea Witch. Parecía estar tumbado con una escora de 70 grados a babor, lo que significaba que la escotilla, el único lugar de salida, estaba encajada entre el submarino y las paredes de granito del túnel de la pirámide. El agua de mar había cortocircuitado por completo todos los sistemas eléctricos del interior del submarino.

Miró su ordenador de buceo.

Mostraba 55 minutos de Hydrox restantes.

Ahora estaban atrapados dentro del submarino de aguas profundas más seguro que existe, totalmente inundado y con menos de una hora restante de gas respirable y sin medios de escape.

—Nuestra suerte no parece mejorar mucho —dijo Tom.

—Déjame adivinar. ¿Perdimos el transmisor de radio de la parte superior del submarino?

—Sí —confirmó Tom—. No es nuestro día, ¿verdad? Ahora estamos atrapados y no tenemos forma de comunicarnos con el María Helena. No es que importe mucho. No tienen a nadie que pilote el Rescue One hasta aquí en el tiempo necesario.

Sam abrió el armario de almacenamiento en el lado, que normalmente sería en la parte inferior del submarino, sacando un kit de herramientas. —Vale, estamos solos —su voz parecía satisfecha, como si hubiera aceptado tranquilamente su situación.

—Eso parece.

Sam sacó varios objetos de la caja de herramientas y los tiró al suelo con desinterés.

—¿Qué buscas? —Tom preguntó.

—Un soplete hiperbárico.

—¿Estás bromeando, Sam? El acero de este submarino tiene ocho pulgadas de espesor. Lo más probable es que te mueras de hambre antes de conseguir hacerle un agujero.

—Tienes razón —asintió Sam, y volvió a encender y apagar el soplete—. Pero no tengo ningún deseo de quemar mi salida.

—¿Y entonces?

—Estamos atascados contra la escotilla por un lado, y los brazos robóticos mecánicos por el otro —Sam miró a Tom, para asegurarse de que le seguía—. Voy a cortar las líneas hidráulicas de esos brazos.

—Separando la cuña, y enviando al Sea Witch en espiral por el túnel de nuevo.

Sam retiró la cubierta protectora de la pared lateral de estribor, donde pudo ver que los brazos robóticos descansaban firmemente sobre las paredes de granito del túnel de la pirámide. Tres líneas hidráulicas recorrían la estéril superficie interior del submarino.

—Ese es el plan. La pregunta es, ¿dónde vamos a terminar, esta vez?

—Sólo hay una forma de averiguarlo —respondió Tom.

Sam encendió el soplete hiperbárico. Su llama azul salió siseando del extremo de la boquilla. Cortando los duros conductos hidráulicos como si fueran mantequilla, empezó por arriba.

—De uno en uno, Sam. Nos dará más oportunidad de movernos lo suficiente para escapar.

—Buena idea.

El primer puntal hidráulico no hizo nada.

Por el ojillo, Sam pudo ver el brazo inerte de uno de los robots que no había quedado atrapado en el lateral del túnel.

El segundo estaba conectado al mayor de los cinco brazos robóticos, que parecía estar encajado y era el responsable de su problema.

Sam lo cortó y vio salir a presión un penacho de aceite negro.

Luego miró por el ojillo.

El brazo no se había movido en absoluto.

Sam miró su reloj. Ahora le quedaban 25 minutos de Hydrox para respirar.

—¿Alguna idea de por qué eso no quitó la presión de ese brazo?

—No.

Sam procedió a cortar el quinto y último puntal hidráulico. —Afortunado el último.

No pasó nada.

Al asomarse por la portilla, Sam se dio cuenta de que el brazo robótico parecía tan inflexible como siempre.

—Ahora estamos en problemas —dijo Tom.

—No sé qué es lo que lo mantiene rígido. He cortado el puntal. Míralo, sigue meando aceite.

—¡Por supuesto! —Tom se apoyó contra la pared del submarino —. La presión no ha dejado completamente el puntal...

El brazo robótico se retrajo con un violento crujido.

Sam se agarró a una barra de sujeción, justo a tiempo para que el submarino empezara a girar de nuevo. Bajaron en círculos por el túnel, como si los tiraran por la taza de un váter.

Rodó casi una docena de veces antes de detenerse finalmente.

Sam se quedó mirando por el ojillo.

El agua turbia parecía ralentizarse, como si algo impidiera su movimiento. Fuera lo que fuera el agua que se abría paso, no sería suficiente para ahogar a los mineros de abajo. Al otro lado del submarino, Sam pudo ver a Tom echando un largo vistazo por el otro lado.

—¡El agua se detuvo! —dijo Tom.

Sam miró la posición de la escotilla, ahora bajo sus pies. —Genial, pero creo que ahora estamos descansando justo encima de la escotilla.

*

A los mandos del submarino, Rescue One, Michael observó horrorizado el repentino movimiento del Sea Witch. Algo parecía haber cedido, de modo que el pequeño submarino empezó a caer de nuevo por el túnel.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó.

—Si tuviera que adivinar, diría que Sam acaba de descubrir cómo cortar los cables hidráulicos del brazo robótico, liberando al Sea Witch para ser arrastrado más abajo en el túnel —respondió Veyron.

—Eso es genial.

—Puede que sí o puede que no.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

Veyron ajustó el ángulo de su sonar y dijo: —A menos que hayan tenido la suerte de aterrizar de tal forma que bloqueen el túnel y también tengan acceso a su escotilla, tendremos que entrar tras ellos.

—Y, ¿tuvieron buena suerte?

—¿Cómo está la corriente? ¿Sigue tirando al Rescue One hacia la entrada?

—Sí, pero no es tan fuerte —confirmó Michael.

A su lado, Veyron se apartó de la pantalla del sonar. —Mierda.

—¿No está donde tiene que estar?

—No. Para su suerte, el Sea Witch parece estar boca abajo, lo que significa que no hay forma posible de que puedan salir —Veyron miró su reloj—. Y según mis cálculos, no tienen mucho más Hydrox para respirar. Será mejor que nos lleven.

—¿Quieres que navegue el Rescue One, ahí dentro? —Michael estaba incrédulo.

—Creo que es la única manera en que podemos mover al Sea Witch para que bloquee el flujo de agua, y salve a los mineros, si es que aún tienen la constitución para seguir adelante...

—Maldición, Veyron. Son mis hombres. Por supuesto, ¡lo haré!

—Así se habla. Ahora, te estaría muy agradecido si evitaras que nos quedemos atascados también.

*

El reloj de buceo de Sam hizo un molesto ruido, el tipo de sonido chirriante capaz de despertar a los muertos. Lo miró fijamente, por un momento con la esperanza de que su vista le estuviera jugando una mala pasada.

Murmuró un suave juramento: no hubo suerte.

El temporizador indicaba que se le había acabado el Hydrox.

Sabía que habría unos minutos más de Hydrox residual en el interior de su casco de buceo, pero ahora era casi irrelevante. Se les había acabado el tiempo.

Oculto dentro de su casco de buceo, Sam mostraba una amplia última sonrisa. Del tipo por el que era famoso, que decía que podía tenerlo todo.

Él y Tom habían salvado hasta 10,000 personas en la actualidad.

No es una mala manera de morir.

—Siento arrastrarte a esto, Tom.

—No es culpa tuya, Sam. Había que hacerlo.

El Sea Witch se agitó. —¿Puedes ver lo que pasó? —preguntó Sam.

Tom se dirigió hacia el ojillo más cercano. —¡Vamos, no me jodas! ¿Quién lo hubiera pensado, eh?

—¿Qué? Sam se acercó al ojillo y miró hacia fuera.

—¡Algún idiota acaba de pilotar el Rescue One hacia el túnel!

El Rescue One no intentaba darles la vuelta para que pudieran escapar. Intentaba empujarlos más adentro del túnel, para que pudieran bloquear todo el flujo de agua.

—Debemos estar pasando algo por alto —dijo Sam—. El agua todavía debe estar fluyendo debajo de nosotros.

Avanzaron unos metros más hacia el punto más estrecho del túnel y luego se detuvieron en seco.

El suministro de Hydrox de Sam se agotó.

—Algún equipo de rescate. Deberían haber venido un par de minutos antes. Nos hemos divertido Tom, pero hasta aquí llegué. Buena suerte.

—Tengo otros cinco minutos. Te acompañaré y saldremos de aquí con vida.

—Y una mierda. Ambos sabemos que les va a llevar mucho más que un par de minutos rescatarte.

—Como sea, Sam —Tom se movió por encima de Sam y comenzó a conectar su regulador de rescate secundario a la parte posterior del tanque Hydrox de Sam.

Sam intentó apartarse, pero de repente se dio cuenta de que su cuerpo ya no tenía fuerzas para luchar contra ella.

La oscuridad se apoderó de él. No la oscuridad horripilante que nos enseñan desde niños sobre la muerte. Sino una oscuridad cálida y reconfortante, como una manta. Algo para acurrucarse y morir.

Luego estaba la luz intensa.

Por un momento, Sam pensó que el resplandor podría ser la luz radiante de una potente antorcha oxitérmica, atravesando el grueso casco del submarino.

Pero le siguió más oscuridad.

Y luego nada de nada.

*

El grueso acero se desprendió del exterior del submarino. Dejando la linterna oxitérmica en el suelo, a su lado, Michael se asomó por el casco abierto. Dentro flotaban dos cuerpos, con los ojos sin vida como un cadáver.

Llegamos demasiado tarde...

—Están muertos —le dijo a Veyron.

—¡Mierda, están muertos! Llevémoslos a la campana de buceo. Tiene una cámara de oxígeno hiperbárica dentro. Si se han quedado sin Hydrox, ¡acaban de quedarse sin él!

Michael agarró el primer cuerpo que pudo alcanzar y lo arrastró por la nueva abertura. Veyron agarró al buceador inerte y le dijo: —Ya lo tengo. Tú coge al siguiente y yo lo meteré en la cámara hiperbárica.

—De acuerdo.

La campana de buceo había sido reubicada directamente junto a la entrada de la pirámide, y un médico visitante había permanecido a bordo, por si Sam y Tom necesitaban reanimación.

Michael llegó a través de la piscina lunar, donde el médico ya había quitado el casco de Tom. —¿Cómo está, Doc?

—Sus niveles de oxígeno son muy bajos, pero todavía respira por sí mismo —respondió el médico, mientras sostenía una máscara de oxígeno al 100% sobre la cara de Tom y apretaba una bolsa junto a ella con movimientos rápidos y profundos para ventilarlo. —Rápido, quítenle el casco a Sam para que podamos empezar a atenderlo.

Michael y Veyron se apresuraron a quitar el casco de Sam.

Su rostro estaba gris y enseguida se hizo evidente que ya no respiraba. Michael deslizó un dedo por debajo del traje de buzo y le tomó el pulso carotídeo. —¡Todavía tiene pulso, pero es débil!

Veyron ya tenía preparada la máscara de oxígeno con válvula de bolsa. La colocó rápidamente en la cara de Sam y empezó a ventilarle con oxígeno al 100%.

—Por aquí, Doc. Sam necesita tu ayuda.

El equipo de monitorización mostró que sus niveles de saturación de oxígeno eran inferiores al 30%, una lectura que normalmente no se

asocia con la vida. Y el monitor cardíaco mostraba que el ritmo cardíaco de Sam era muy lento, no más de veinte latidos por minuto.

Veyron siguió ventilándole.

—Sus niveles de oxígeno están subiendo, pero su ritmo cardíaco está disminuyendo—.

El médico preparó una inyección de adrenalina y se la administró directamente en la vena del cuello de Sam.

Treinta segundos más tarde, una sonrisa estúpida y ligeramente atontada apareció en la cara de Sam.

—Veyron —susurró con voz ronca—. ¿Por qué has tardado tanto?

*

La siguiente vez que Sam estuvo despierto, él y Tom estaban dentro de la cámara hiperbárica de la campana de buceo. Todavía le dolía la cabeza, sus procesos de pensamiento eran más lentos. Claramente su cerebro se estaba recuperando de su estado de falta de oxígeno.

—¿Estás ahí Tom?

—Estoy aquí. Sabía que no podrían matarte tan fácilmente.

—¿Pensé que te había dicho que te guardaras tu maldito Hydrox?

—¿Y desde cuándo escucho tus órdenes? —Tom respondió.

Sam intentó incorporarse, pero se encontró demasiado mareado para hacerlo. —Gracias, Tom.

No oyó las siguientes palabras de Tom. En su lugar, oyó la voz segura, casi arrogante, de Michael Rodríguez, formado en Harvard.

—Estás despierto, Sam. Genial.

—Michael, ¿qué estás haciendo en la campana de buceo? —Sam balbuceó.

Veyron se acercó y le miró fijamente. —Te estaba salvando el culo.

—¿Me salvaste? —Sam estaba confuso.

—Resulta que yo era el único que quedaba que podía pilotar el submarino —explicó Michael—. Tom y tú son los que realmente salvaron a todos.

—¿Los mineros?

—Se mojaron, pero no se ahogaron, gracias a ustedes dos. Parece que está a la altura de su reputación, Sr. Reilly.

Sam sonrió. —Lo logramos, pero quedan meses de trabajo para sellar el otro lado del túnel y traer un equipo de arqueólogos para explorar la tumba.

—Así es, pero los salvaste a ambos. Gracias.

—De nada.

—Tengo una propuesta para ti Sam Reilly —dijo Michael.

—¿Qué tienes en mente?

—Es algo particularmente importante para mí. Mucho más que la mina que acabas de salvar. Necesito tiempo para hablar contigo… pero no aquí.

—¿Por qué no aquí? —preguntó Sam, atrapado dentro de la cámara hiperbárica, probablemente durante horas.

—Para lo que me interesa, necesito hablar contigo a solas. No es que no confíe específicamente en tu tripulación. No confío en nadie para lo que quiero hablar contigo.

—¿Dónde entonces?

—Tengo un yate, un velero tradicional maya. Ambos tenemos trabajo que hacer para poner en marcha las próximas operaciones. Tú con tu excavación arqueológica, y yo restableciendo una mina de plata muy rentable. Mañana no, ¿digamos al día siguiente, el jueves?

Sam no contestó.

—Ven a navegar conmigo. Los dos solos. Será divertido, y puedo decirte lo que necesito.

Sam no tenía ni idea de lo que quería su más reciente amigo multimillonario, pero estaba intrigado. Además, después de los acontecimientos de hoy, le vendría bien pasar un día navegando en un velero antiguo.

Capítulo VI

El viento era flojo en el Golfo de México, pero el velero maya aún más, y cuando Sam ayudó a izar su única vela, el pequeño barco cogió velocidad. Sam sonrió, sus dientes eran blancos como la vela del pequeño barco. Se sentía como un niño en su atracción favorita del parque de atracciones.

Esto era navegar de verdad. Entre él y Michael, los dos hombres poseían más de lo que la mayoría de los países gastaban en su ejército cada año, pero ahora, habían quedado reducidos a un par de niños adultos, tratando de no caerse del pequeño bote.

Michael le sorprendió por su competencia. Estaba claro que el hombre había pasado mucho tiempo en el agua. Cuando el sol del mediodía se posó sobre el horizonte, el ligero viento se convirtió en ausencia de viento. Por encima de sus cabezas, la única vela ondeaba sin rumbo.

—¿Trajiste un pequeño motor? —preguntó Sam.

—No, ¿y tú? —Michael se rio.

—No, lo había olvidado.

—¿Crees que aumentará el viento?

—De ninguna manera.

—Está bien, por eso tengo estos —dijo Michael, mostrándole un par de remos—. Son sólo unas tres millas de vuelta a tierra. ¿No tienes prisa?

—No —mintió Sam.

Observó cómo Michael conectaba cómodamente los remos y empezaba a remar. El pecho, la espalda y los brazos fuertes tiraban de los remos, el contorno de cada músculo destacaba, bien definido. El hombre, observó Sam, no había perdido nada de su fuerza con los años.

Sam permaneció sentado disfrutando del cálido sol mexicano y del frescor de sus aguas durante media hora en silencio. Michael lo había traído aquí por una razón, y esa razón ciertamente no era para que pudiera olvidar que el viento se detenía como un reloj al mediodía, para poder tener una larga remada de regreso al puerto.

Miró los ojos de Michael. Estaban endurecidos y concentrados en el remo, tenía la mandíbula apretada y sólo se concentraba en su respiración. De lo contrario, su mente podría haber estado a un millón de kilómetros de distancia.

Tómate tu tiempo Michael, parece que tengo todo el día…

Tras una hora de duro trabajo, Michael finalmente accedió.

—Vamos a comer algo.

—Suena bien —dijo Sam.

—¿Has oído hablar del Barco de Caoba?

—¿Cuál?

—Vamos, Sam… ya sabes a qué me refiero…

—¿La leyenda australiana del Barco de Caoba? —Sam se echó a reír y observó la expresión sombría del rostro de Michael.

¿De esto iba en serio el viaje en velero de hoy? ¿Está interesado en un viejo mito de un naufragio?

—Por supuesto que sí. Mi madre es australiana: se mudó a Estados Unidos con mi padre antes de que yo naciera, pero en mi corazón sigo considerándome australiano.

—Algunos dicen que es un mito. Otros, como yo, seguimos creyendo que está ahí fuera, descansando en algún lugar, esperando a ser encontrado, con respuestas para la humanidad.

—Si alguna vez estuvo ahí, ahora hace tiempo que desapareció.

—¿Ah sí? —la cara de Michael era casi de curiosidad.

—Sí, la última referencia a él fue en 1812, cuando se encontró en lo alto de la arena en algún lugar del interior. Ahora bien, se han encontrado barcos mucho más antiguos que ese que han sobrevivido en agua de mar, pero no en agua dulce, y nunca en tierra firme. No, si existió, y estuvo fuera del agua, hace tiempo que desapareció…

—¿Te gustaría apostar? —los labios de Michael se movieron en una sonrisa casi torcida.

—No soy mucho de apostar, pero claro. ¿Cuál es la apuesta?

Michael se metió la mano en el bolsillo y sacó algo. —¿Qué te parece esta moneda de oro que encontré hace poco en Australia?

Sam examinó la moneda.

Era un ducado de oro con la imagen del rey Carlos V en el anverso y un escudo español en el reverso. En la parte inferior de la moneda estaba la fecha, aún claramente marcada: 1518.

—El año en que Fernando de Magallanes salió de España en su intento de circunnavegar el mundo —identificó Sam.

—Ah, ¿así que sabes de historia? Muy bien.

—Magallanes era un marinero fantástico.

—Sí. Ahora bien, ¿sabías que Magallanes nació en Portugal, y sólo acudió al Rey de España cuando su propio rey había desairado el viaje? ¿Y que el Rey de España, Carlos V, que estaba ansioso por desafiar el dominio portugués de las rutas comerciales hacia la India encontrando una ruta occidental a través del Océano Pacífico, se ofreció a financiarlo?

—He leído un poco sobre la historia. ¿Por qué?

—Además de proporcionarle cinco barcos, el rey Carlos V hizo acuñar más de 200 ducados de oro, específicamente para su viaje, en 1518.

Sam no se molestó en ocultar su creciente interés. —¿Y crees que esta moneda es uno de esos 200 ducados?

Michael ignoró la pregunta y continuó con su lección de historia. —Esto es lo que sabemos de las cinco naves que Magallanes recibió para cumplir su misión. El «San Antonio» naufragó frente a las costas de Sudamérica, mientras que el «Santiago» se amotinó y regresó a España. Tras la muerte de Magallanes en Filipinas, las tres naves restantes resultaron demasiado pesadas para los pocos marineros que quedaban. En consecuencia, el «Concepción», el mayor de los carros fue abandonado, y el «Trinidad» y el «Victoria» intentaron regresar a España. El «Victoria» fue capturado por Portugal, por supuesto, y el «Trinidad» se convirtió en el único en lograr la circunnavegación y el regreso.

Sam asintió con la cabeza, como si estuviera disfrutando de la historia. —Pero el «Concepción», el mayor de los cinco barcos, nunca volvió a ser visto.

—Exactamente —Michael sonaba emocionado mientras hablaba. —Perdido, sin dejar rastro. Pero creo que tú y yo tenemos una idea sobre su destino, ¿no?

Sam pasó la mano suavemente sobre la vieja moneda. —¿Dónde exactamente dijiste que la encontraste?

—Fue descubierta en una propiedad ganadera del centro de Victoria (Australia) por uno de los geólogos de mi empresa, que estaba perforando muestras de testigos en busca de oro aluvial profundo.

Sam mordió el anzuelo: —Bien, tienes mi atención, Michael. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero pruebas de que los españoles fueron los primeros europeos en descubrir Australia, de lo cual estoy convencido. Necesito que encuentres el lugar de descanso final del Barco de Caoba y su

tesoro.

Sam sonrió. —En primer lugar, si tu geólogo ha encontrado realmente esta moneda en las profundidades del suelo australiano, y tú crees que una vez fue del Barco de Caoba, entonces seguramente todo lo que tu geólogo tiene que hacer es cavar un poco. Es poco probable que la moneda y el barco se separaran tanto si ambos estaban bajo tierra.

Sam esperó a que el hombre discutiera este punto. Como no lo hizo, continuó: —En cuanto a demostrar que España fue el primer país europeo en llegar a Australia, ahora es algo debatible, ¿no? Después de todo, El Barco de Caoba nunca regresó a suelo español y los británicos se hicieron con la propiedad de Australia en 1778 mediante la colonización.

Una ligera brisa sacudió la embarcación por un momento. Ambos hombres levantaron la cabeza como si estuvieran olfateando la fuerza y la medida del viento. Sonrieron y se encogieron de hombros ante la falsa alarma.

—Los británicos consideraban Australia *terra nullius*, que significa «tierra de nadie'» —dijo Sam—. Como puedes imaginar, esto no gustó a los nativos que habían estado viviendo allí durante los últimos 40,000 años. No es que estuvieran en desacuerdo o tuvieran mucho que decir. Es difícil mantener una discusión cuando tienes lanzas y tus oponentes tienen armas —una sonrisa irónica apareció en los labios de Sam—. Además, no soy un cazador de tesoros.

—Lo sé, ¿crees que no investigué sobre ti antes de venir hoy aquí? Es precisamente porque no eres un temerario cazador de tesoros por lo que te quiero. Después de tu trabajo en la recuperación del Magdalena, supe que eras el que necesitaba. El último gran dirigible descansa ahora en el instituto Smithsonian para que millones de personas lo vean cada año y no encerrado en la exposición privada de algún multimillonario, gracias a ti. Además, no se trata del tesoro. Creo que tengo una buena idea de lo que hace que alguien como tú se emocione, porque, como yo, no necesitas el tesoro. Anhelas algo completamente distinto. Quieres respuestas a preguntas de hace siglos.

Sam sonrió. Este forastero rico lo había engañado. No le importaba el tesoro, y seguro que tampoco le importaba qué país europeo quería atribuirse el mérito del primer descubrimiento de una isla que había estado ocupada por nativos, que muy probablemente también habían llegado en barco siglos atrás.

—¿Y qué preguntas, exactamente, serían? —preguntó Sam.

—¿Podría haber existido realmente una maravilla de la ingeniería

como el Barco de Caoba? Y si es así, ¿quién lo construyó?

—Vale, me interesa. Entonces, ¿por qué no tomaron unas excavadoras enormes y cavaron un poco más?

—Ya lo hice.

—Ah sí, ¿y qué has encontrado?

—Un intrincado sistema de cuevas subterráneas, principalmente llenas de agua.

—¿Y crees que la moneda vino de una de esas cuevas?

—Claro que sí. ¿Te gustaría ir a explorar?

—¿Sabes que la Ley Australiana de Naufragios prohíbe el saqueo?

—Lo soy, pero esto no es sobre el tesoro. Se trata de respuestas. ¿Cómo un barco tan exquisito terminó sus días de navegación en medio de un desierto? ¿Quién lo construyó? ¿Y cómo demonios navegó semejante monstruosidad usando sólo madera?

—De acuerdo, compañero —dijo Sam, imitando el tono amistoso de Michael—. Puedes contar conmigo. ¿Cuándo quieres empezar?

—Hazme saber lo que necesitas y lo haré volar contigo a bordo de mi jet, mañana.

—De acuerdo, pero tendré que dejar al Director de Operaciones a cargo de la limpieza aquí, incluyendo la exploración arqueológica.

—Haz lo que tengas que hacer, pero te espero mañana.

—Hecho —respondió Sam, que nunca se había mostrado indeciso. Sacudió la cabeza, sabiendo que le habían tendido una trampa, pero sonrió de buena gana cuando aceptó.

—Estupendo —dijo Michael y accionó un interruptor detrás de su asiento. Un pequeño motor se puso en marcha y el Mayan empezó a navegar hacia la playa—. Hice que lo instalaran hace años, cuando descubrí la naturaleza caprichosa de los vientos de aquí.

Sam se unió a él con su risa, y se preguntó fugazmente si acababa de asociarse con el diablo.

*

Sam encontró a Tom en la cocina, comiendo una pizza familiar. El olor a pepperoni llenaba el aire mientras le explicaba que tenía que estar en otro sitio ahora mismo. Tom no podía creer que su amigo le abandonara a punto de realizar un descubrimiento arqueológico tan asombroso.

—¿Quieres dejarme dirigir el proyecto más importante de nuestra carrera, mientras tú te vas a buscar un naufragio que ya crees que probablemente es un mito? —Tom tiró su trozo de pizza al suelo, disgustado, mientras su voz delataba su incredulidad—. Este es tu proyecto, eres el único que ha oído hablar de los Maestros Constructores.

—Tranquilízate. No estaré fuera mucho tiempo —dijo Sam, cogiendo la última rebanada—. Dos semanas, como máximo. En ese tiempo tu recuperación y exploración de la pirámide aún estarán en pañales. Apenas te permitirá sentar las bases.

—Algo no está bien, Sam. No me creo esta historia —la más leve de las arrugas se formó entre sus cejas, mostrando una preocupación que rara vez mostraba visiblemente.

—¿No quieres dirigir el espectáculo? —preguntó Sam, encogiéndose de hombros ante la preocupación de Tom y dando un mordisco a una pizza caliente y fresca. Sam cerró los ojos un momento, saboreando el gusto.

—Sabes que no tengo ningún problema con eso. Es lo otro lo que no me gusta...

—¿Qué?

—Sam. Tú y yo hemos sido mejores amigos desde que me convertí en la primera persona en darte una paliza en los 400 metros de natación en el instituto —frunció el ceño con disgusto—. Entonces tu padre te dejó faltar a clase para que pudieras entrenar todos los días hasta que me ganaste en la final, cabrón.

Sam se rio, recordando los buenos tiempos.

—Tenemos muy pocos secretos entre nosotros, Sam. Incluso te avisé de que iba a cancelar mi compromiso con Sarah. El único secreto que me has ocultado es qué demonios pasó en Afganistán. Ahora, en el descubrimiento de una ruina, que me dices que tiene algo que ver con una antigua raza de Maestros Constructores, y que tiene que ver con el secreto que descubriste en Afganistán, ¿ni siquiera vas a esperar y hacer la inmersión arqueológica? Sólo para que puedas echar un vistazo a algún viejo barco que, si la leyenda es correcta, nunca transportó nada de valor y se dejó dilapidar. Además, lo más probable es que le cortaran las maderas para hacer leña. De ninguna manera. No me lo creo...

—Es precisamente por ese secreto, que tengo que ir... —Sam respondió misteriosamente—. Volveré en dos semanas, como mucho. Pronto lo entenderás.

—Si el Barco de Caoba era tan importante para ti, ¿por qué no vamos los dos por él, cuando terminemos este trabajo? Entonces podrás poner toda la fuerza de Deep Sea Expeditions detrás de la búsqueda.

—El Barco de Caoba fue la primera cacería de naufragios a la que fui con mi padre y Danny. Y estuvimos cerca. Había varias pistas legítimas, pero al cabo de dos meses, los tres tuvimos que reconocer que no existía. Pero siempre supe que estaba en alguna parte, y de ninguna manera voy a dejar que un niño rico, que heredó la tierra, o al menos la mitad de los valiosos minerales que se encuentran bajo ella, se tropiece literalmente con ella por casualidad. No, este es mi hallazgo. Quiero asegurarme de que se haga bien.

Tom pudo ver que Sam era enfático. —Bien, ¿y tú qué?

—¿Y yo qué? —preguntó Sam.

—¿Cómo vas a bucear solo? ¿Con quién vas a contar como equipo de apoyo?

—Rodríguez va a sumergirse él mismo, y hay un buzo comercial australiano en su equipo, así como un geólogo. Además, Rodríguez tiene un equipo de aparejadores que proporcionarán apoyo en la superficie.

—¿Recuerdas siquiera en cuántos problemas te metiste la última vez que te dejé solo en una búsqueda del tesoro? Es decir, casi mueres sin mi ayuda, buscando ese dirigible desaparecido, el Magdalena.

—El Magdalena estaba cargado de tesoros de inmenso valor.

—Y, ¿crees que el Barco de Caoba no?

—Puede que alguna vez, pero para cuando los primeros occidentales llegaron a Australia y pusieron sus ojos en ella, los tesoros hacía tiempo que habían desaparecido, o bien habían sido robados.

Tom se apartó de la mesa. No quedaba ni un trozo de pizza. —¿Y la moneda española?

—Puede que haya un cofre del tesoro con monedas de oro españolas, pero ese tipo de dinero no es algo que merezca la pena para a un hombre como Rodríguez. Quiero decir que este tipo tiene un patrimonio personal de más de 25,000 millones de dólares. No tiene familia, lo que le hace libre de cargas, además de ser uno de los individuos más ricos del planeta.

Tom no estaba convencido. —En mi escasa experiencia en la búsqueda de tesoros, las cosas que permanecen perdidas tienen una forma de hacer que la gente se vuelva loca de deseo y lujuria. ¿Has

pensado por qué ese multimillonario está siquiera interesado en el maldito barco?

—Ya me lo ha dicho. Es una cuestión de orgullo nacional. Quiere demostrar que uno de los barcos de Magallanes fue el primero en encontrar Australia.

Tom frunció el ceño, preocupado.

—No te preocupes por mí, estaré bien.

—Bueno, pero voy a necesitar un arqueólogo para hacerme una mejor idea de lo que hemos encontrado —dijo Tom.

—Estoy de acuerdo, y ya he contactado con el indicado.

—¿De verdad? ¿Quién?

—Bill, uno de los mejores arqueólogos vivos. He querido a Bill en Deep Sea Expeditions desde que mi padre sugirió el programa hace años. Ya he hecho la llamada... Bill estará aquí por la mañana.

—¿William? ¿Cuál es su apellido?

—No, es sólo Bill.

Tom rebuscó en su mente para recordar dónde había oído ese nombre antes, pero no le parecía haberlo hecho. Por alguna razón, Sam nunca había mencionado a ningún hombre llamado Bill.

*

Michael Rodríguez sonrió mientras examinaba la lista de requisitos de su proyecto especial. Era larga, detallada y cara. Nada de eso le importaba. Sam le había pedido el día para pensar en lo que se necesitaría, y si podía dejar a su tripulación para ayudar a gestionar su proyecto actual.

Precisamente dos horas después de volver al Maria Helena, le había escrito sus requisitos. Se preguntó cómo Sam había conseguido una lista tan extensa en tan poco tiempo.

Sí, he encontrado a la persona adecuada para satisfacer mis necesidades, reflexionó Michael.

Capítulo VII

El enorme avión de carga aterrizó en el aeropuerto internacional de Sídney con una brusca sacudida. Técnicamente era un Airbus A380, pero, a pesar de su original estructura, parecía un avión de carga militar de gran tamaño, con los lujos extravagantes que se asocian más a menudo con un capo de la droga colombiano.

Los ojos de Sam captaron el sol desde fuera de la ventana y giró la cabeza para evitarlo.

—¿Es agradable estar en casa, Sr. Reilly? —Preguntó Rodríguez.

—¿«En casa»? No, nací en Estados Unidos. Este es el país de mi madre… pero a veces me siento como en casa —respondió Sam—. Ahora que estamos aquí, ¿me vas a decir dónde descubriste esa moneda española?

—En unas colinas, al oeste de una ciudad rural llamada Bendigo. La aduana nos dará el visto bueno en breve y nos pondremos en camino.

Quince minutos después, la nave estaba de nuevo en el aire.

—¿Sobornaste a la aduana? —reflexionó Sam.

El español sonrió satisfecho. —No, claro que no, pero los hombres como yo tienen sus maneras.

Una hora más tarde, el A380 aterrizaba en la pequeña pista de tierra, cerca de Bendigo. Fue una hazaña que, según Rodríguez, le costó millones en modificaciones de ingeniería para reducir la distancia de aterrizaje y despegue del monstruoso avión a menos de la de un Airbus medio.

Aun así, la enorme aeronave utilizó hasta el último centímetro de la diminuta pista, cuyos propietarios nunca habrían podido prever que un avión tan descomunal llegaría a necesitarla.

Los motores, puestos en marcha atrás para ayudar a frenar, lanzaron gigantescos penachos de suciedad al aire, antes de que los expertos pilotos la hicieran girar al final de la pista. A continuación, el avión se dirigió a un campo abierto al lado de la pista e hizo su última parada. Permanecería a la intemperie durante las siguientes semanas.

Sam bajó despreocupadamente las escaleras automáticas del avión.

Un cartel oxidado rezaba «Bienvenidos a Bendigo».

En la parte trasera de la aeronave, la gigantesca rampa de carga situada bajo la elevada cola estaba replegada. Ya se estaban cargando

más de diez toneladas de equipos de buceo, cables y taladros en los cinco Mercedes-Benz G63 AMG SUV de seis ruedas motrices. A continuación, cada vehículo fue conducido fuera de la aeronave.

Sam se dirigió hacia los coches.

Este era el tipo de extravagante delicadeza que su padre pondría en un vehículo así. Había solicitado un robusto todoterreno con tracción a las cuatro ruedas para utilizarlo en este viaje, dada la ubicación del lugar de perforación. Pero sólo Rodríguez y su propio padre habrían comprado todoterrenos de lujo de más de cinco millones de dólares, que más bien parecían vehículos militares.

Aun así, no pudo evitar admirar su belleza en bruto.

—¿Te gustan? —preguntó Rodríguez.

—Ciertamente. ¿Cómo podría no gustarme? Es un coche deportivo, construido para un campo de batalla.

—Y el monte australiano es un campo de batalla. Ven, déjame llevarte a dar una vuelta.

Sam se sentó en el asiento del conductor del enorme todoterreno. El volante estaba a la izquierda, ya que había sido fabricado para estadounidenses, pero eso no supondría ningún problema en el lugar al que se dirigían. El parabrisas delantero era crudo en su belleza vertical, y no sólo a prueba de balas, sino que era un cristal Pilkington resistente a las explosiones.

Rodríguez dirigió a Sam fuera de la ciudad, hacia el este. Al cabo de diez minutos, la carretera asfaltada se convirtió en tierra. Otros diez minutos más tarde, cualquier atisbo de carretera desapareció por completo, para ser sustituido por los escarpados matorrales de las tierras de su madre.

Sam pisó a fondo el acelerador y el brutal V8 biturbo de 5.5 litros rugió.

El monte estaba seco y grandes eucaliptos dibujaban el horizonte, por lo demás estéril. Tras una hora de viaje, Rodríguez señaló una colina a lo lejos.

—¿Está ahí arriba? —preguntó Sam.

—Sé lo que estás pensando. El sistema de cuevas está obviamente por debajo de la altura de la montaña, pero ahí es donde encontramos el ducado español.

Sam miró a su alrededor, a la montaña estéril en la distancia. —Extraño lugar para que el Barco de Caoba descanse por fin.

Luego subió la colina.

Se había instalado una gran tienda para albergar el equipo de exploración. Parecía fuera de lugar en la tierra árida y seca.

Un solo hombre salió de la tienda y los observó, con las manos en los bolsillos.

Sam aparcó el gran camión, esperó un momento a que se asentara el polvo rojo y se bajó con Michael.

—Buenos días. Me llamo Frank Edwards —dijo el hombre, acercándose a Sam con la mano extendida. El desconocido era notablemente más bajo que la media, con brazos gruesos y una gran barba que le ocultaba la cara. Parecía uno de los mineros enanos de Tolkien.

—Encantado de trabajar con usted —dijo Frank, agarrando firmemente la mano de Sam—. Leí sobre sus hazañas con el dirigible perdido, el Magdalena.

*

Sam Reilly se quedó mirando el oscuro agujero en el suelo.

Parecía antinatural en el matorral australiano, por lo demás escarpado. Apenas más ancho que sus hombros, era demasiado profundo para que la mirada de Sam alcanzara su negro final. La entrada había sido reforzada con hormigón y acero. Debajo de cada pie, un anillo de hierro reforzado sostenía el terraplén que había detrás, formando una escalera natural. Parecía construido profesionalmente, como él habría esperado de la operación minera que lo construyó.

Frank bebió un trago de su botella de agua y se la ofreció a Sam.

—Después de que nuestra primera muestra de núcleo devolviera la moneda española, decidimos perforar una más grande para poder llegar al sistema de cuevas que había debajo. Puede imaginarse lo entusiasmados que estábamos. Sobre todo después de que me pusiera en contacto con el Sr. Rodríguez y él sacara a relucir el misterio del Barco de Caoba. Teníamos la esperanza de abrir una brecha y encontrar el barco intacto.

Sam se apartó de la escotilla, incapaz de ver más allá. —¿Y una vez que llegaste?

—Encontramos una caverna hecha de piedra caliza, que parece formar la entrada de un laberinto de sistemas de aguas subterráneas, tan enorme que... —Frank se detuvo, sin encontrar la descripción adecuada y luego dijo—: Tendrá que verlo usted mismo, amigo. Puedo informarle mejor una vez que lleguemos allí.

—Bien, ¿qué tan profunda es esta cosa? —Sam preguntó.

—150 metros, pero la caverna se abre casi quince metros antes.

—Y el fondo de la caverna, ¿está seco?

—No, toda la caverna está inundada, aproximadamente hasta la mitad, pero hay muchas pruebas de que la altura del agua ha subido y bajado muchas veces antes.

—¿Cómo puede saberlo?

—Byron, nuestro geólogo, observó que las formaciones rocosas de las paredes presentan cientos de líneas que se extienden desde el suelo sumergido hasta la superficie, por encima de la línea de flotación. Lo más probable es que indiquen la erosión cambiante de la piedra caliza a través de la corriente del río —explicó Rodríguez.

—Por lo tanto, es seguro afirmar que la moneda española no se hundió a 135 metros de suelo para llegar a la caverna. Por lo tanto, debió de entrar en un punto más arriba, donde la diferencia entre la superficie y el cauce subterráneo es menor —dijo Sam en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular—. Y si esa caverna tiene treinta metros de altura, entonces es concebible que el Barco de Caoba, si es que allí es donde se originó una vez la moneda española, pueda estar más arriba.

—Vamos a echar un vistazo entonces, ¿de acuerdo? —dijo Frank, mientras pulsaba el botón verde que colgaba de un cable en el interior de la mina—. Después de ti, Sam. Sólo cabe una persona a la vez. Byron ya está ahí abajo. Él cuidará de ti.

Sam se asomó de nuevo por la borda y lo vio.

El ascensor minero, un aparato improvisado, accionado por cable, utilizado para acceder verticalmente al estrecho pozo, se detuvo en la superficie, listo para recibir pasajeros. Diez minutos después, un equipo de mineros había construido una gran plataforma de trabajo para sus expediciones.

Sam se subió a la plataforma de acero del ascensor minero al llegar a la superficie: —Te veré abajo, en breve.

—Empezaré a cargar parte del equipo que has traído y me reuniré contigo allí —dijo Rodríguez—. Frank te seguirá y te pondrá al corriente de cómo avanza la operación subterránea.

El calor seco del interior de Australia desapareció junto con toda la luz exterior cuando Sam comenzó el largo descenso. Después de varios minutos, el pozo se abrió a una enorme caverna, y una gran sonrisa apareció en la cara de Sam ante lo que vio.

Cuatro grandes focos habían sido atornillados a las paredes y proyectaban luz alrededor de la sala, permitiendo visualizar plenamente la enormidad de la caverna. Aunque no era tan grande como la que contuvo al Magdalena durante 75 años, la caverna despertaba un interés similar en su imaginación. Abajo, el agua bañaba la plataforma de trabajo recién construida, de unos quince metros de largo por seis de ancho. En el extremo sur se había instalado un pequeño puesto informático y tres ordenadores portátiles mostraban información geofísica.

Esta gente no es aficionada… ¿pero por qué entonces necesitan mi ayuda?

El agua fluía, pero sin una fuerza tremenda. Sería bastante fácil sumergirse. Había cinco túneles por los que el agua entraba en la caverna y sólo uno por el que salía. Echando un vistazo superficial, Sam pudo ver que sólo dos túneles eran lo suficientemente grandes para un barco, pero eso no significaba que el barco no estuviera atascado más arriba en uno de los túneles más pequeños. En la plataforma, un hombre preparaba el equipo de buceo.

Sam pulsó el botón rojo del mando del ascensor y éste se detuvo bruscamente, aproximadamente a medio metro de la plataforma de trabajo, haciendo que casi resbalara.

—Bienvenidos a la Caverna de Caoba. Me llamo Byron.

—¿«Caverna de Caoba»?

—Es justo como la llamó el Sr. Rodríguez cuando se encontró la moneda aquí.

—Está muy convencido, ¿verdad? —Sam miró al hombre que tenía delante. Estaba bien afeitado, con gafas gruesas.

—¿Qué si vamos a encontrar el Barco Caoba? Sí. Dice que tuvo una corazonada cuando encontramos la moneda por primera vez, y luego el análisis metalúrgico la situó en torno a la misma época en que el barco de Magallanes habría estado en estas cercanías —Frank se encogió de hombros—. Según mi experiencia, las corazonadas del señor Rodríguez siempre son acertadas. Si estuvo cerca de aquí, lo encontraremos.

—El tiempo dirá si era o no un mito o algo mucho más interesante, después de todo —respondió Sam, con una indiferencia que no sentía—. Entonces, ¿hay cinco entradas y una salida?

—No, en realidad, hay cinco entradas y dos salidas… una de ellas está muy por debajo de la línea de flotación… venga al puesto informático y le pondré al corriente de lo que hemos descubierto hasta

ahora. Hemos traído aquí a tres hombres, incluido el Sr. Rodríguez, que me ha dicho que quiere participar en todo momento. Ya conoce a Frank, nuestro ingeniero de perforación. Y luego estoy yo. Geólogo jefe de Rodríguez Mining Inc. Usted es la cuarta persona que sabe de su existencia.

—Parece que se han instalado bien. Todos ustedes deben estar acostumbrados a trabajar en entornos similares. ¿Por qué el Sr. Rodríguez no trae un equipo completo para excavar esta nave? ¿Por qué yo?

—Es una buena pregunta. Me sorprende que el Sr. Rodríguez no le hablara de ello antes de venir. El terreno que atravesamos para llegar a este pozo es propiedad privada. Son tierras de cultivo, de ganado para ser precisos. No hemos comprado la licencia para explotar este yacimiento, porque, a excepción de la moneda de oro, nuestras muestras exploratorias no indican yacimientos de oro. En lo que respecta al gobierno, esto sigue siendo una expedición exploratoria. Usted, amigo mío, es la cuarta persona que conoce la existencia de esa moneda española.

—¿No podría conseguir una subvención para excavar específicamente en busca del Barco de Caoba? Sé que el gobierno de Victoria, buscando la respuesta al misterio, ofreció 200,000 dólares a quien pudiera localizar los restos del barco. Estoy seguro de que ofrecerían derechos de exploración para ese fin.

—Sí, pero llevaría meses, o años, sortear la burocracia. Llegarían forasteros y se harían con el control. Además, se va a volver complejo. Verá, el terreno que tenemos encima hace esquina con tres propiedades distintas. Dependiendo de en qué túnel se encuentre nuestra misteriosa nave, vamos a tener algunas negociaciones difíciles. Pero si podemos continuar como un equipo de exploración, para lo cual ya poseemos los derechos, y luego nos encontramos con el Barco de Caoba en toda su gloria restante, entonces...

—No es más que una empresa minera que ahora ayuda a dar un nombre a la comunidad local.

—Correcto. Así que, verá, no podemos ir por ahí abriéndonos paso a través de estos túneles, bombeando más de un millón de galones de agua en el proceso. Necesitamos un experto buceador de cuevas, con experiencia en búsqueda de tesoros.

—Yo no me llamaría cazador de tesoros, pero he participado en algunas expediciones para encontrar pecios perdidos a lo largo de los años. Mentiría si dijera que no me interesa encontrar el Barco de Caoba, así que espero que la suerte de su jefe no se haya acabado todavía —Sam sonrió—. Muy bien, ahora manos a la obra. Veamos

qué ha explorado hasta ahora.

Byron deslizó la mano por la pantalla de su portátil cuatro veces, revelando un nuevo sistema: —Se trata de un escáner geológico de la caverna y los túneles a los que hemos llegado hasta ahora. Utilizando un radar de penetración en el suelo, el ordenador ha podido predecir el tamaño y la forma de los túneles. Las flechas rojas muestran la dirección del flujo de agua.

Sam miró la pantalla, que mostraba un mapa que se parecía más a un nido de hormigas que a una cueva. Había cinco túneles de entrada y dos de salida. Dos de los túneles parecían bastante detallados, con el mapa recorriendo casi una milla por cada uno de ellos. El resto de los túneles se detenían sin razón aparente a menos de treinta metros.

—Ha explorado los dos primeros túneles, ¿verdad?

—Sí, podemos colocar el SONAR a la entrada de cada nuevo túnel, pero sólo funciona en base a la línea de visión, así que tenemos que moverlo físicamente más arriba en el túnel para capturar cada nueva sección.

—¿Y los otros tres túneles?

—¿Cinco túneles, quiere decir?

—No, tres túneles. En este momento, estamos trabajando en la teoría de que el oro debe haber venido de más arriba en el túnel, que es donde vamos a encontrar el Barco de Caoba, si alguna vez estuvo aquí.

—Bien, cada uno de ellos va a ser un poco más difícil. Verá, allí, los túneles se abren a más túneles, que a su vez se abren a más túneles. Para complicar más las cosas, las profundidades de los túneles cambian dramáticamente, tanto subiendo como bajando más de 50 metros. En algunas secciones, es ancho como esta caverna, pero en otras, empieza a estrecharse lo suficiente como para que usted y yo apenas podamos abrirnos paso a través de él. En otras palabras, va a ser la pesadilla de un buceador de cuevas.

—No, este es el tipo de desafío con el que soñamos, pero va a llevar algún tiempo —a Sam ya le había quedado claro que un equipo de buceadores podría tardar años en explorar este laberinto submarino.

—Tiempo que no tenemos —dijo Rodríguez, mientras bajaba por el ascensor de la mina.

—No, lo entiendo. Entonces, vamos a tener que reducir un poco nuestro campo de búsqueda.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Vale, le he echado el ojo… ahora traigamos el resto de mi equipo aquí abajo, y te enseñaré cómo vamos a resolver este misterio.

Capítulo VIII

El helicóptero Sea King dejó a los recién llegados en la cubierta del Maria Helena. Sin dejar de girar los rotores mientras los pasajeros desembarcaban, el piloto volvió a despegar, como si los preciosos minutos que tardó en dejar de girar los rotores fueran demasiado. Eran los últimos en llegar para ayudarles a descubrir la pirámide subterránea y sus misterios. Era el tercer vuelo en las últimas 24 horas, y el María Helena empezaba a llenarse, sobre todo de científicos, ingenieros y microbiólogos.

Tom Bower negó con la cabeza.

Nunca había dejado de sorprenderle todo lo que un hombre como Sam Reilly podía conseguir cuando lo consideraba importante. Incluso si, en este caso, se estaba asegurando de que Michael Rodríguez iba a pagar la factura de cada pieza de equipo que había llegado. Pero no fue el equipo lo que le sorprendió. Fueron los profesionales que vinieron. Cada uno en lo más alto de su respectivo campo, habían sido brutalmente arrancados de cualquier expedición o proyecto en el que hubieran estado trabajando formalmente y llevados desde cualquier lugar de la Tierra para ayudar.

Para ello se necesitaba dinero y poder. Ambos de los cuales, la familia de Sam tenía en abundancia.

Miró el manifiesto de vuelo. Ignorando a los otros tres pasajeros, cuyas funciones probablemente se limitarían a las de técnicos de laboratorio a bordo para examinar artefactos y vida marina, los ojos de Tom llegaron al nombre del hombre con el que quería reunirse.

Dr. Bill Swan.

Los cuatro pasajeros salieron del helicóptero y se dirigieron hacia la cabina principal con eficiencia militar. Cada uno llevaba una bolsa de lona idéntica al hombro. Podrían haber sido los mejores científicos de su campo, pero iban en serio.

Tom se fijó en la única mujer entre los recién llegados, la única que no parecía ser científica. Sus rasgos eran claramente parte del sudeste asiático, pero su estatura delataba su herencia europea. Llevaba unos pantalones cargo color oliva y una camiseta ligera sin mangas. Su rostro mostraba todos los signos de una persona que no había dormido mucho en las últimas 24 horas. Tenía ligeras bolsas bajo los ojos almendrados de color avellana y llevaba el pelo oscuro desordenado recogido en una coleta descuidada, con unas gafas de sol encima.

Matthew le estrechó la mano al saludarlos a todos en la parte

trasera del María Helena y, a pesar de su evidente fatiga, ella respondió con una cálida sonrisa, con dientes blancos y perfectos. Podría haber sido modelo.

Apuesto a que esa sonrisa le ha conseguido lo que ha querido muchas veces antes...

Tom se preguntaba qué hacía una mujer tan hermosa a bordo de su barco. Ya había decidido que su misión sería averiguarlo. Se habría acercado a ella directamente, pero primero tenía que conocer al nuevo arqueólogo que Sam le había enviado. El trabajo tendría prioridad sobre el placer.

Tom se acercó a Matthew después de que el grupo de recién llegados fuera conducido a sus respectivas viviendas. —¿Has visto a esta persona? —Tom señaló el nombre de Bill Swan—: Este hombre.

—¿Bill, el arqueólogo?

—Sí, ese mismo.

—Claro que sí... —Matthew se rio.

—¿De qué te ríes?

—¿Te dijo Sam que Bill era el mejor arqueólogo que ha conocido?

—Claro que sí. De hecho, me dijo concretamente que le había pedido que se uniera a Deep Sea Expeditions de Global desde que el viejo Reilly le propuso dirigir el proyecto, pero cada vez fue rechazado. Esta fue la primera que llamó la atención de Bill lo suficiente como para sacarlo. ¿Por qué, lo conoces?

—Sí, nunca he conocido a Bill. Pero he oído los rumores —la ceja izquierda de Matthew estaba levantada, como si intentara insinuar algo—. Sam lleva casi una década intentando que Bill se una a su equipo. Se rumora que estudiaron juntos en la universidad, pero he oído que era algo más personal que eso. En cualquier caso, no sé cómo ha conseguido convencer a Bill para que se una a nosotros... —Matthew volvió a reír—. Sólo que no es Bill... es Billie. A menudo utiliza el nombre de Bill en sus disertaciones, porque en nuestro mundo aparentemente igualitario, la gente todavía tiene más en cuenta la opinión de un hombre.

—¡Mierda! ¿Quieres decir que ese ángel que acaba de entrar es la arqueóloga a la que tengo que cuidar las próximas dos semanas hasta que vuelva Sam?

—Así es, suertudo.

Fue entonces cuando el ángel regresó.

—Matthew, acabo de hablar con Veyron... —dijo ella, su voz de

avispa traicionando su adorable rostro en un segundo—. Ese puto gilipollas envía a un par de sus matones a recogerme y prácticamente arrastrarme desde una estación de muestreo de núcleos de investigación, a 32 kilómetros de profundidad, en la Antártida, una semana antes de que mi proyecto de dos años llegara a su fin, empieza a contarme un montón de tonterías sobre que ha encontrado uno de los mayores descubrimientos arqueológicos de este siglo… y ahora me entero de que ni siquiera está aquí. Ni siquiera sé cómo me encontró…

Matthew se limitó a sonreírle mientras ella despotricaba.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó— ¿Ese imbécil me ha estado vigilando en secreto otra vez? Sabes que por eso le dejé la última vez. Estaba harta de la mierda secreta que parecía seguirle dondequiera que le llevaran sus proyectos. Así que, Matthew, dime… ¿dónde carajo está y qué es más importante para él que este asombroso descubrimiento?

—El Barco de Caoba —respondió Tom, sin intentar disimular la sonrisa que se dibujaba en su rostro.

—¿Quién demonios eres tú?

—Supongo que soy el hombre que va a ser tu guía turístico en el profundo mar azul durante las próximas dos semanas hasta que Sam regrese.

—Billie, te presento a Tom Bower. Director de Operaciones de Sam y piloto del helicóptero del Maria Helena. Ha sido amigo de Sam desde que eran niños —dijo Matthew.

—¿Eres Tom Bower? —ella lo miró de arriba abajo con lo que parecía casi admiración—. Esperaba que fueras más grande. Sam hablaba mucho de ti cuando estábamos en la universidad. Los dos se hicieron pilotos de helicóptero para el Cuerpo… sólo que él salió y tú te quedaste y serviste a tu país en el Sandpit…

Qué extraño. Se olvidó de mencionar lo de asistir a la universidad con una diosa mitad asiática con un florido vocabulario…

En lugar de mencionarlo, Tom respondió: —Sí, ese soy yo. Ustedes dos deben haber sido muy cercanos. Parece que le conoces bastante bien.

Mostró una sonrisa torcida, pero incluso eso era hermoso.

—Sí, podría decirse que sí.

Era evidente que había un pasado entre ellos, pero ella no iba a hablar de ello.

Matthew, por su parte, no se contuvo: —Sam y Billie tienen un

pasado que se remonta muy atrás… ¿Me tomas el pelo, no has oído la historia?

—No… —Tom comenzó a responder, pero fue interrumpido.

—Y tampoco lo va a hacer —dijo Billie—. Así que por fin ha descubierto el Barco de Caoba, ¿eh?

—Eso parece—, respondió Tom.

—De acuerdo, tengo que dirigir esta nave, así que los dejo para que se conozcan mejor —dijo Matthew.

—Gracias, Matthew —dijo ella—. Entonces, ¿por qué no estás allí?

—¿Qué quieres decir? Me ocupo de su verdadero trabajo.

—Pensé que ustedes dos eran como mejores amigos o algo así.

—¿Y qué?

—¡Que Sam Reilly ha estado tras el Barco de Caoba desde que era un niño, buscándolo con su padre! No me extraña que abandonara este proyecto en un instante. Ha estado obsesionado con él desde que lo conocí. Lo que no entiendo es por qué quería ir tras él solo.

—Sí, bueno, ya somos dos —con su reciente sentimiento de traición resonando en su voz, Tom dijo—: Parece que el Barco de Caoba ya ha sido descubierto y él sólo tenía que ir allí para asegurarse de que había terminado, y no quería perder lo que hemos descubierto aquí.

—Muy bien, ¿qué hemos descubierto aquí?

Tom miró a su alrededor, determinando quiénes de los recién llegados estaban al alcance de su conversación. Confiaba en la tripulación del María Helena, pero ¿quién podía decir dónde estaban las lealtades de los especialistas que acababan de llegar?

Se dirigió a la parte trasera del barco, donde era menos probable que su conversación fuera escuchada por alguien más a bordo. —¿Cuánto te dijo Sam al respecto?

—No mucho.

—¿En serio? — él no le creía— ¿Dejaste tu proyecto de dos años, y volaste medio planeta, para unirte a un hombre que ni siquiera estoy convencida de que te caiga bien, en un nuevo proyecto, del que no sabes nada?

—Como dije, un par de sus matones me sacaron literalmente a rastras de mi estación de investigación en la Antártida. Todo lo que Sam me dijo por teléfono fue que encontró lo que parece ser una

tumba maya muy antigua en forma de pirámide, en el fondo del océano. No me malinterpretes, suena bastante interesante, pero nada que no pudiera esperar hasta el próximo invierno, después de la temporada de huracanes. Desde luego, ¡no sugirió que había descubierto la Atlántida o algo así!

—¿Te dijo lo grande que era?

—No.

—Bueno, es grande… sólo tienes que verlo por ti misma. Cualquier cosa que yo diga no le hará justicia. Al parecer, una mina local dañó parte de ella mientras realizaba una voladura en las profundidades de la pirámide, liberando un almacén de cianuro milenario, que puso en marcha la destrucción de la mayor parte de la vida marina del Golfo de México.

—¿Cómo lo evitaste?

—Hemos rellenado la sección con hormigón. Un equipo de ingenieros de minas está instalando ahora un tapón más sustancial en el otro lado del túnel de su mina. Ahora estamos excavando de nuevo nuestro lado de la pirámide. Queda más, pero habrá suficiente para que tú y yo entremos.

—¿Algo más que pueda ser algún tipo de explicación de por qué Sam insistió tanto en traerme a este caso? ¿Algo que pueda ayudar antes de sumergirnos mañana?

—Sí, ¿las palabras Maestros Constructores te dicen algo?

La cara de Billie no cambió en absoluto, mientras respondía: —No, nunca había oído esas palabras. Desde luego, no en la cultura maya —fue tan casual, que la experiencia de Tom trabajando como SEAL se hizo presente *¿Ella ya tenía preparada una respuesta a esa pregunta?*

—¿En otro sitio o proyecto en el que tú y Sam trabajaron anteriormente, tal vez?

—No que yo recuerde, pero sé que Sam ha trabajado con varios arqueólogos a lo largo de los años para diversos proyectos. Lo siento, Tom. Fue un placer conocerte. Te veré a primera hora de la mañana, ¿digamos a las cinco? Tengo que comprobar algo.

—Sí, a las 5 a.m. Te veré en la piscina lunar. Bienvenida a bordo, Billie. Dime si puedo hacer algo por ti.

Asintió con la cabeza y se marchó rápidamente.

*

A las cinco en punto, la campana de inmersión inició su lento viaje hacia el fondo del océano. Ninguno de los dos habló mientras descendía, y Tom se dio cuenta de que la más mínima expresión de preocupación no había abandonado su rostro desde que él había mencionado por primera vez las palabras Maestros Constructores.

—¿Dijiste que estudiaste con Sam? —preguntó Tom.

—Así es. ¿Por qué lo preguntas?

—Estudiaste arqueología… ¿en qué más te especializaste?

—Arqueología marítima antigua.

—¿Buscabas la Atlántida?

Ella se rio: —No, estoy buscando algo muy diferente, y mucho más escurridizo —dijo Billie, misteriosamente—. No es que no crea que la Atlántida existió. Eso es seguro, pero la forma del mundo habría sido muy diferente hace tantos años. Probablemente fue alguna otra civilización terrestre que quedó sepultada con el cambio de una era glacial.

—Entonces, ¿qué te atrajo hacia el océano?

—Es una larga historia.

—¿Fue así como conociste a Sam? —insistió.

—No, eso es otra historia —su sonrisa le dijo que había mucho más que eso, pero que no iba a revelar su historia y la de Sam—. Digamos que soy una arqueóloga de tercera generación, y todavía estoy tratando de encontrar la respuesta a una pregunta que atormentó a mi abuelo toda su vida.

—¿Qué es lo que buscaba?

—Materiana, una mítica ciudad perdida en las nubes.

—Nunca he oído hablar de ella —reconoció Tom.

—La búsqueda de sus respuestas volvió loco a mi abuelo, o eso creíamos, hasta que consiguió que lo mataran. Obviamente, alguien se interesó por su investigación.

—¿Continuó tu padre con su investigación?

—No, mi padre era más sensato. Hay gente ahí fuera que mataría por encontrarlo, y quienes matarían por mantenerlo en secreto.

—¿Y eso es lo que estabas buscando en la Antártida?

Miró por el ojillo y contestó: —No, eso es justo lo que me llevó al campo de la arqueología marítima. Como mi padre, sé cuándo algo es demasiado peligroso.

Su respuesta evasiva sólo sirvió para intrigarle más, pero pudo ver que la estaba incomodando.

—¿Fue Sam quien introdujo a los Maestros Constructores en tu mundo?

Ignoró la pregunta y siguió leyendo en su tableta los esquemas conocidos de la mina situada bajo la pirámide.

Billie no iba a dejarse presionar para que hablara de los Maestros Constructores, aunque ahora estuvieran bajo el agua, donde oídos indiscretos se esforzarían por escuchar.

Cuando la campana de inmersión tocó fondo, los dos se prepararon para iniciar la inmersión.

—¿Estás listo?

—Lo veremos…

La torre parecía enorme.

—No es tan grande como Sam la imaginó. Se parece a la gran pirámide de Giza, pero ni de lejos es tan grande.

—Espera a ver lo que hay bajo la arena. Veyron ha dejado un centro de buceo en el fondo marino, frente a la entrada de la pirámide. Un lugar donde podemos basarnos durante los próximos días mientras trabajamos.

Lentamente, patearon con sus aletas hacia la entrada y luego descendieron por el túnel. Al final del túnel, su linterna iluminó los restos del Sea Witch naufragado.

—¿Es tuyo? —preguntó.

—Esa fue idea de Sam. Lo usó para detener la inundación de la mina debajo de nosotros. Un intento desesperado que casi nos mata, pero que salvó muchas vidas.

—Suena a algo que mi Sam haría.

A la izquierda, se había perforado un pequeño agujero, lo bastante grande para que los dos nadaran por él. Al otro lado, el túnel se estrechaba y descendía verticalmente. En el fondo, Tom giró hacia la izquierda.

—¿Qué hay por allí? —preguntó.

—Alrededor de un millón de toneladas de hormigón. Ese es el lado que tenía la fuga. Se ha rellenado con hormigón, y el propietario de la mina está pagando para que se repare y luego se excave por el otro lado.

—Entiendo…

Se sumergieron los siguientes treinta metros por el túnel diagonal, que discurría por el interior de la pirámide.

Las presiones eran tremendas y el túnel estrecho, haciendo estragos en las emociones del buceador más avezado. Muchos, sin conocimientos previos de claustrofobia, descubrirían un destino peor que la muerte en un lugar así.

—¿Cómo estás? —Tom preguntó.

—Estoy bien... He estado en sitios mucho peores que este —bromeó— ¿Y tú?

Una imagen del incidente que casi lo mata la última vez que estuvo dentro del túnel de la pirámide pasó por su mente. No fue más que un segundo, pero suficiente para que se detuviera antes de hablar.

—Estoy bien... siempre y cuando las paredes no se derrumben sobre mí esta vez.

Iluminó el túnel con su linterna. Su potente luz LED brilló como un láser, llegando hasta el fondo de la pirámide.

—Ahí está... el fondo.

—Puedo verlo.

Al hacer el giro brusco, y con la flotabilidad neutra autorregulada incorporada en sus trajes de buceo, les desorientaba si ahora se movían lateral, diagonal o verticalmente. Tom, un confiado buceador de cuevas, sintió la tranquilidad de las burbujas flotando en la parte superior de los bloques de granito sobre sus cabezas, lo que le permitió orientarse.

Ahora estaban nivelados.

Poco más de cien lentas patadas con las aletas y la abertura de la primera de las tres cámaras quedó a la vista.

Todavía brillaba.

—¿Está brillando? —Billie expresó su sorpresa.

—Sí, seguro que sí.

—¿Sabemos qué causa esa luz incandescente?

—Una especie de gran cristal en el centro de la Cámara del Rey que irradia directamente a través de cada nivel de la tumba.

—¿Atrayendo de algún modo la luz desde arriba? —sugirió.

Pateó suavemente sus aletas, impulsándose más cerca de la escalera de entrada, y contestó: —No, eso es lo que pensamos al principio también. Luego, cuando nos quedamos a pasar la noche, la

luz parecía seguir brillando.

—¿Alguna idea de lo que podría hacer que eso suceda?

—Ninguna. Esperábamos que lo averiguaras por nosotros, porque seguro que no tenemos ni idea.

—Debe ser algún tipo de criatura marina… o elemento que irradia luz…

—No, no es tan sencillo…

—¿Qué quieres decir? —la voz de Billie traicionó su sorpresa—: ¿Por qué no?

Tom se agarró al primer peldaño de la escalera antes de responder: —Tendrás que verlo. ¿Puedes subir esa escalera?

—Claro que sí —respondió ella, subiendo con los 40 kilos adicionales de equipo de buceo como si nada. Estaba en forma, eso estaba claro.

Tom la siguió y, subiendo a la primera de las tres cámaras, se quitó el casco de buceo.

Billie hizo una pausa: —¿Tenemos certeza de que es seguro?

—¿El cianuro?

—Soy arqueóloga, pero hasta yo sé lo letal que puede ser.

—Es seguro, pero por si acaso, nuestros relojes de soporte vital nos avisarán si hay algún cambio.

—¿Y el aire de esta cámara?

—Está bien. Tendremos oxígeno para varios días.

Tom dejó todo el equipo que necesitarían para los próximos días en la primera cámara, y subieron las escaleras hasta la segunda y luego hasta la última. La Cámara del Rey.

Al verla entrar en la cámara, Tom vio su reacción de inmediato…

—¡Hijo de puta! Ha encontrado a los Maestros Constructores…

Capítulo IX

Sam apretó el acelerador de su moto de inmersión, impulsándose hacia el oscuro túnel que tenía delante. Dos ya habían sido registrados a fondo, pero ésta era la primera oportunidad que tenía de recorrer alguno de ellos.

El túnel era ancho y ofrecía un amplio espacio para maniobrar la nave submarina especializada. Con sus líneas estrechas, se asemejaba más a un torpedo en miniatura que a la máquina de buceo vital que era. Sus hélices rompían los enlaces de hidrógeno que se formaban para crear agua, liberando oxígeno para el piloto. Además de su tanque de buceo de fibra de carbono, tenía la capacidad de proporcionar suficiente gas respirable para su piloto, hasta cinco horas.

Hoy no iba a necesitar ni de lejos tanto tiempo. En su lugar, Sam planeó un simple viaje de media hora para ver hasta dónde podía llegar. Ya había visto las imágenes de sonar de los túneles, ahora quería verlo con sus propios ojos. Buscar el Barco de Caoba, que había logrado permanecer oculto durante tantos años, requería algo más parecido al arte de un cazador de tesoros que a la ciencia.

Una vez que el cronómetro de su scooter marcó treinta minutos, lo detuvo rigurosamente y examinó su entorno. El paisaje del túnel había cambiado poco a lo largo del tiempo. Era una combinación de más de cien cuevas de piedra caliza, unidas entre sí y carcomidas por eones de erosión del agua a través de la roca blanda.

Éste no era diferente.

A su alrededor, observó que el túnel, aunque razonablemente ancho, nunca habría permitido a un barco tan enorme como el Barco de Caoba recorrer su camino. Pensó en ello durante un minuto o dos, y luego tomó una muestra del limo calcáreo, colocándola en un tubo marcado como «Túnel Tres». Si una nave había pasado alguna vez por este lugar, iba a encontrar alguna prueba de ello mediante un análisis detallado de las partículas microscópicas que se encontraban en el interior de aquel tubo.

Encontrar un naufragio es un arte, pero eso no es motivo para ignorar la ciencia...

Durante las horas siguientes Sam procedió a hacer las mismas investigaciones en cada uno de los cinco túneles. El agua estaba fría, pero no helada. Su traje seco tenía un dispositivo de calefacción incorporado, que había mantenido su temperatura corporal central a unos confortables 98 grados Fahrenheit.

Cuando regresó a la plataforma de inmersión, Michael y Frank ya le estaban esperando.

—¿Estás bien, Sam? —preguntó Frank, ayudándole a quitarse parte del pesado peso de su equipo de buceo de encima mientras subía la escalera.

—Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Estuviste ahí abajo más tiempo del que esperaba.

—Me estaba haciendo una idea de estas cavernas. Te sorprendería lo mucho que puedes aprender observando el flujo del agua a través de túneles como éstos. Los antiguos buscadores de oro conocían los sistemas fluviales mejor que nosotros. Un buen buscador de oro observaba el río durante días y días antes de clavar su pala en un solo trozo de tierra. Así podía saber dónde estaban los pozos más pesados, llenos de oro.

—¿Y qué te dijeron esos ríos? —Frank parecía interesado.

—Aún no lo sé. He tomado muestras de núcleos donde podría alojarse cualquier producto fabricado por el hombre. Aun así, han pasado cientos de años desde que el Barco de Caoba desapareció, así que quién sabe lo que podría quedar. Y en cuanto al sistema fluvial, los intensos ojos azul acero de Sam miraron fijamente al hombre, antes de decir: —A pesar de que dos de los cinco túneles son lo suficientemente grandes, sólo hay uno por el que podría haber bajado sin destrozarse en los rápidos.

—¿Entonces sólo tenemos que explorar el mayor de los túneles?

—No, la realidad es que podría estar en algún lugar río arriba de los cinco túneles. Que la moneda haya llegado hasta abajo no significa que el Barco de Caoba haya llegado hasta aquí. Tu jefe no se va a impresionar, pero hay una probabilidad muy alta de que, si el barco alguna vez entró en este sistema fluvial, esté descansando cientos de kilómetros río arriba.

—Lo que significa...

—Podría llevar meses, o años, explorar todos los túneles.

*

—Vale, vamos por el equipo —dijo Billie. Una sonrisa irónica en su bello rostro le indicó que no iba a hablar de ellos.

Tom decidió que había tenido suficiente de la historia de capa y espada. Él dirigía este espectáculo. Fuera cual fuera la implicación de los Maestros Constructores, tenía derecho a saberlo. Dijo, tocando

suavemente su hombro para detenerla, —¿Quiénes eran?

—No sé de qué estás hablando.

—No más mentiras, Billie. Sam te trajo aquí por una razón muy específica, ¿no? Y tengo la idea de que tenía algo que ver con los Maestros Constructores.

Se encogió de hombros.

—Dímelo. O puedes volver a lo que sea que estuvieras haciendo en la Antártida antes de que Sam te arrastrara hasta aquí.

Billie parecía estar considerando seriamente abandonar el lugar. Luego se volvió hacia él. Sus almendrados ojos marrones miraron fijamente los suyos y luego cedieron. —Estas marcas de aquí —susurró—, fueron hechas por ellos. Sólo que nunca ha habido pruebas de que llegaran a cruzar el Atlántico, hasta ahora...

—Pero ¿quiénes eran?

—Eran constructores, ingenieros para ser exactos, y muy buenos. Piensa en las antiguas maravillas del mundo.

—No soy arqueólogo, pero creía que los egipcios construyeron las pirámides.

—Eso es lo que pensábamos hasta hace poco, pero desde entonces nuevas pruebas han demostrado que una raza superior, conocida como los Maestros Constructores, los construyó todos...

—Entonces, ¿por qué no se publicó la información?

—Esa, amigo mío, es una pregunta interesante. Estoy segura de que tu amigo Sam Reilly es probablemente una de las pocas personas en este planeta que conocen la verdadera respuesta.

—¿Afganistán, 2003? —Tom sabía exactamente a qué se refería, pero no sabía por qué.

—Vamos... ¿nunca creíste ni por un instante que tu amigo fue dado de baja con honores después de tres semanas en el Foso de Arena?

—No, y nunca me dijo lo que pasó, así que no le pregunté.

Suspiró. —Sí, bueno, descifró un código y abrió las puertas a una vía de investigación de otro modo inalcanzable. Y la existencia de los Maestros Constructores llamó la atención de la Agencia de Seguridad Nacional.

—¿La NSA? —Tom parecía confuso— ¿Qué les importaría una civilización antigua?

—Vale Tom, ¿has estado en Egipto y te has parado en la base de

la Pirámide de Giza?

—Sí, hace muchos años. Sam y yo fuimos allí en nuestras vacaciones de verano.

—¿De verdad crees que una civilización de cuatro mil años de antigüedad podría haber construido algo así utilizando tecnologías anteriores a la invención de la rueda?

—Sí, sí, ya he oído todas las historias. Es una hazaña increíble, pero de alguna manera lo lograron. Una vez leí una teoría sobre usar látigos muy grandes o algo así.

—No importa. ¿Te has preguntado alguna vez si podríamos construir la misma estructura utilizando tecnologías modernas? —preguntó Billie.

—Nunca lo he pensado. ¿Por qué?

—La respuesta es que aún no somos capaces de hacerlo. Cada uno de esos bloques pesa hasta 15 toneladas. Colocar uno en la cima de la pirámide de 139 metros sería imposible. Cada bloque está tan perfectamente colocado que no se podría deslizar ni un pelo a través de él.

—Vale, ¿y cómo lo hicieron?

—No lo hicieron ellos.

—¿Quién lo hizo entonces?

—Los Maestros Constructores.

—¿Qué, como los extraterrestres? —Tom se rio y, al darse cuenta de que hablaba en serio, dijo: —Vale, ¿y cómo lo hicieron?

—Nadie lo sabe, pero si una civilización que vivió hace más de 4,000 años tenía tecnologías superiores a las nuestras actuales, queremos saberlo. Y si sus conocimientos siguen ahí fuera, el ejército estadounidense lo percibe como una amenaza.

—¿Y en eso se metió Sam?

—Sí —susurró ella, como si de algún modo alguien pudiera estar escuchándolos a esa profundidad, dentro de una bóveda de granito—. Sólo que le estaban vigilando. Nunca me dijo en qué estaba involucrado, específicamente. Me trajo la información que necesitaba que analizara y eso fue todo. Pero yo sabía que lo estaban vigilando. Finalmente, no pudo soportarlo más, y fue entonces cuando volvió al océano, y a trabajar para su padre.

—¿O recibió una pista que sabía que iba a hacer que lo mataran?

—¿Cómo qué? —preguntó ella.

—¿Quizá descubrió algo y sabía que su única esperanza sería encontrarlo cuando los demás no estuvieran mirando?

—Sólo Sam puede responder a esa pregunta.

Tom se concentró y luego dijo: —Entonces, ¿a dónde fueron estos Maestros Constructores? ¿Qué los mató?

—No tenemos ni idea. De hecho, ha habido teorías que sugieren que nunca murieron, pero no ha habido pruebas.

—¿Una civilización entera más avanzada que nosotros vivió hace 4,000 años y no hay pruebas de que existieran o se extinguieran? Me parece bastante descabellado.

—No una civilización entera... sólo un puñado de personas.

—¿Qué quieres decir? Creía que esta gente construyó las pirámides.

—Eran los ingenieros. Eran contratados por los reyes y gobernantes de la época para construir cosas extraordinarias y luego instruían a miles de esclavos para realizar las tareas. Esclavos que, sin su guía, nunca podrían haber construido algo tan poderoso.

—¿Cuál fue la construcción más reciente de los Maestros Constructores?

—La pirámide de Guiza, hace casi 4,000 años. Hasta ahora. Sam me dice que esta pirámide parece tener menos de 1,000 años. Ahora, a menos que haya habido algún tipo de evento oceánico cataclísmico del que nadie haya oído hablar en los últimos 1,000 años, que haya sumergido esta pirámide, yo diría que la capacidad de construir a más de 60 metros bajo el agua una pirámide de forma perfecta, tan exacta como para atrapar el aire dentro de sus tres cámaras para que 1,000 años después seamos capaces de respirar aquí sin ayuda, hace que este lugar sea prácticamente imposible.

—Si Sam sabía que estaban aquí, ¿por qué te involucró a ti, o a cualquiera? ¿Por qué no llenar todo el lugar con hormigón y crear un nido de otros 1,000 años?

—Porque, como yo, necesita encontrar las respuestas.

—Pero, si está tan obsesionado con el secretismo, ¿por qué no se queda aquí él mismo?

—No tengo ni idea de por qué persigue el Barco de Caoba, pero me metió en el secreto y sabe que no le traicionaré —Billie tomó una foto del texto antiguo en la pared sobre ella.

—¿Qué pasa?

—Es un texto antiguo, escrito en una lengua muy antigua.

Tom miró alrededor de la habitación.

Parecía estar repleto de pictogramas y jeroglíficos. Ni siquiera se había planteado si era un idioma. —¿Egipcio?

—Más o menos, para cualquiera que no sea un experto en la lengua egipcia, parecería ser sólo eso.

—¿Pero?

—La mayor parte de esta sala está llena de textos mayas, pero no éste de aquí. Éste se destaca como algo totalmente diferente. Es mucho más antiguo que el egipcio, más difícil de entender, y sólo utilizado por los Maestros Constructores.

—¿Cuánta gente conoce esta lengua, si es que existe?

—No estoy segura. Yo, Sam, y un hombre no identificado de la NSA. Creemos que Rusia y Francia pueden tener su propio equipo trabajando en ello. Ni siquiera nosotros comprendemos completamente el significado de todo esto. Pero estoy bastante segura de que Sam y yo vamos llevamos la delantera para descifrarlo del todo.

—¿Qué dice?

—No lo sé con precisión. Son sólo palabras. Nada que tenga sentido. Tendré que ponerlo en mi portátil para tener una mejor traducción.

—¿Y definitivamente fue creado por los Maestros Constructores?

—Sam cree que sí. Ni siquiera sabemos con certeza si los Maestros Constructores eran reales. En algunos textos egipcios, se refieren a ellos como los Antiguos.

—De acuerdo. Por qué no terminas de tomar estas fotos y yo iré a recuperar los portátiles. Entonces, tal vez podamos llegar al fondo de esta mierda.

—Me parece bien, gracias.

Tom pasó la siguiente media hora llevando su portátil y su equipo hasta la Cámara del Rey. Al entrar, se fijó en su figura alta y ágil, de pie sobre el sarcófago. Estaba cómodo y parecía feliz. Permaneció allí en silencio durante un minuto más o menos, y entonces se dio cuenta de que podría haberla observado todo el día.

Era guapa, inteligente y una de las personas más concentradas que había conocido. Y tenía, con diferencia, el lenguaje más soez de cualquier persona con un doctorado. La idea le hizo reír.

—¿De qué coño te ríes? —preguntó ella, inclinándose un poco más hacia fuera.

—Del hecho de que, para ser una experta en una lengua antigua, tengas el peor uso de palabras explícitas.

En lo alto, Tom pudo oír cómo se reía de su comentario sin dejar de prestar atención a lo que estaba haciendo. Al inclinarse más, la parte trasera de su holgada camisa se levantó, revelando una espalda esbelta y un tatuaje de una pirámide en la cima de una montaña.

No pudo evitar sentir que la hacía parecer sexy, al tiempo que intrigaba su imaginación. *¿De dónde había salido aquella pirámide? Quería* preguntárselo, pero tenía demasiadas otras preguntas en la cabeza y, además, no quería llamar la atención sobre el hecho de que había estado mirándola.

Hizo otro par de fotos y se volvió para bajar de nuevo.

Los ojos de Tom, distraídos por su tatuaje y la parte superior de su ropa interior sexy negra, ahora notaron, metida en la parte trasera de sus pantalones, una Glock.

¿Por qué carajos lleva eso?

Billie se bajó de un salto y encendió su portátil. Su cámara se sincronizó automáticamente con el ordenador.

Comprobó los datos.

—¿Qué te parece? —Tom preguntó, con cuidado de no mencionar que acababa de darse cuenta de que llevaba un arma.

—Aún no estoy segura. Está ejecutando un programa de descodificación —dijo. Al pulsar varias teclas en rápida sucesión, Billie se volvió y dijo: —Vale, eso lo demuestra. Definitivamente coinciden. Esta cámara fue construida por los Maestros Constructores.

—Perfecto. ¿Tienes idea de lo que dicen esas palabras?

Pulsó Intro, y la pantalla empezó a recorrer las imágenes, comparándolas con todos los textos anteriores conocidos de los Maestros Constructores, antes de detenerse. —Entendido.

—¿Qué decía?

Giró el portátil para que él pudiera verlo.

Ajtzak espera a su gemelo perdido en la revelación final.

—¿Qué demonios significa eso?

—Ajtzak era el nombre del rey que está enterrado aquí —reflexionó Billie—. Por lo que parece, tenía un gemelo. ¿Pero perdió a su hermano antes de morir? No sé cómo, dónde ni por qué.

—Muy bien, así que perdió a su hermano gemelo, pero eso no nos acerca a comprender quiénes eran, dónde adquirieron sus

conocimientos y, lo más importante, por qué desaparecieron.

—No, pero el hecho de que estuviera escrito en la lengua antigua demuestra que este hombre era un Maestro Constructor, y también lo era su hermano gemelo. Esté donde esté —miró hacia las paredes, y luego dijo: —Sólo espero encontrar esas respuestas en algún lugar dentro de estas paredes antes de que la NSA las elimine.

—¿Qué quieres decir con quitarlos?

—Cada vez que encontramos una pista para el rompecabezas, la destruyen.

—Entonces será mejor que nos aseguremos de obtener la respuesta rápido esta vez —dijo Tom, todavía preguntándose cómo iba a conseguir la pistola.

Capítulo X

Durante las dos semanas siguientes, Sam avanzó mucho en su expedición, pero nada parecía indicar que el Barco de Caoba hubiera entrado alguna vez en la vía fluvial. Sus muestras de limo superaban ya el centenar y, a excepción de algunos indicios de mineral de hierro, nada indicaba que el legendario navío hubiera pasado siquiera por el sistema acuático. Y eso podía explicarse fácilmente por la formación natural de óxido de hierro en las rocas naturales río arriba.

Sam y Frank dividieron los túneles en tres secciones separadas, para que cada persona pudiera cubrir más terreno. Cada uno de ellos exploraría dos túneles pequeños durante una distancia de un kilómetro o hasta que el túnel se volviera demasiado difícil de bucear. Después, ambos bucearían en el quinto y más grande de los cinco túneles. Michael Rodríguez se había marchado para atender asuntos de la empresa durante unos días. Había dejado claro que, si se hacía algún descubrimiento, debían esperarle, porque quería estar allí cuando el Barco de Caoba se revelara por fin. Byron, el único que parecía positivamente fuera de lugar bajo tierra, permaneció en la Caverna de Caoba para mantener las comunicaciones, y hacer proyecciones basadas en los datos que se iban trayendo.

En ninguno de los cuatro túneles más pequeños se encontró nada sustancial. No se encontró ni un clavo. Era hora de buscar en el último túnel y aceptar los resultados, fueran cuales fueran.

El decimoquinto día, Sam descubrió algo que brillaba.

Casi dos metros río arriba, en el mayor de los cinco túneles, lo divisó. Su linterna filtró cuidadosamente la zona de derecha a izquierda, era tan tenue que por un momento pensó que su mente le estaba jugando una mala pasada.

La volvió a ver.

Sólo la punta sobresalía de la arena. Sam nadó hacia ella, con el pulso acelerado.

Metió la mano y la sacó de la arena. Cuando la volteó en el agua, la arena desapareció, revelando la cabeza del rey de España, Carlos V.

Detrás de su máscara, volvió a sonreír. *Estaba aquí. El Barco de Caoba debía de estar cerca.* Sam se volvió de nuevo hacia el detector de metales. Si el agua fluía de tal manera como para capturar la pesada moneda de oro en su sedimento en este lugar exacto, había una gran probabilidad de que hubiera más.

Al instante, aparecieron dos fuentes más.

Siguiendo los crecientes pings, encontró otras dos monedas españolas. Las examinó cuidadosamente. Las tres eran idénticas a la que Rodríguez le había presentado inicialmente. Sam estaba extasiado con su hallazgo. Por fin probaría la existencia del Barco de Caoba. En el fondo, le sorprendió el estado de las monedas: el agua hacía que parecieran recién acuñadas.

Desechó el pensamiento y se embolsó las tres monedas de oro.

Guardando una disimuladamente en un bolsillo con doble cremallera, que evitaría cualquier escrutinio en caso necesario, Sam se sintió culpable ante la idea de robar a Rodríguez. Pero necesitaba estar seguro, y ésta era la única forma que se le ocurría.

Sam marcó el lugar en el mapa del sonar y luego dijo: —Frank, tenemos una coincidencia.

Podía oír la emoción en la voz de Frank. —¡Qué bien! ¿Qué tienes, Sam?

—¡Una moneda de oro! Dos, en realidad.

—Qué gran noticia. Quédate donde estás, y volveré a tu ubicación. Estoy a unos cuantos metros por delante de ti.

—Recibido.

Sam y Frank agotaron el resto de sus suministros de aire buscando en la zona, sin otros descubrimientos ese día. Cuando Sam finalmente salió del agua y subió a la estación de trabajo en la Caverna de Caoba, fue recibido por Byron, que ya había sacado tres botellas de burbujas.

—Enhorabuena —dijo Byron, entregándole una copa llena de champán.

—Gracias. Ahí está nuestra prueba de que el barco entró una vez en este sistema acuático. Ahora sólo es cuestión de tiempo para encontrar el Barco de Caoba —dijo Sam cogiendo el vaso— ¿Lo sabe ya Michael?

—Sí, me he puesto en contacto con él. Está en España, pero dice que volverá en unos días. También quería que te recordara que no entres en el Barco de Caoba antes de que vuelva.

—Aún tengo que encontrarlo primero, pero puedes asegurarle que no entraré sin él.

Frank subió la escalera detrás de él. —Creo que lo hemos hecho Sam. Sabemos que navegó en algún lugar río arriba de ese túnel. Ahora, todo lo que tenemos que hacer es seguirlo.

—Como le dije a Byron, ahora que sabemos dónde buscar, es cuestión de tiempo para encontrarlo —replicó Sam, estrechando la

sólida mano de Frank.

—¿Quieres venir a la ciudad a celebrarlo? Conozco un bar estupendo que prepara una comida fantástica y cerveza local —dijo Frank.

—Claro, suena bien. Tengo que contactar con mi jefe y ver cómo va mi proyecto en el Golfo de México, pero vendré a la ciudad después.

Tomando uno de los Mercedes de seis ruedas de Rodríguez, Sam condujo hasta la ciudad.

Encontró una pequeña oficina de correos al final de Main Street y entró.

—Hola —le dijo a la ancianita que regentaba la tienda, que al parecer alquilaba películas y también hacía las veces de almacén general.

—Hola querido. ¿Puedo ayudarte?

Sam sacó una novedosa tarjeta de cumpleaños. En el centro tenía la imagen de un sol y un eslogan que decía: —Feliz cumpleaños, espero que esto te traiga mucha suerte y sol en tu día especial —sonrió con engaño y dijo—: Mañana es el cumpleaños de mi hija. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda enviarle esta tarjeta a esta dirección para entonces?

Miró la dirección y dijo: —¿Portland, Oregón? Eso está muy lejos de aquí. Supongo que estás con esos mineros —Sam asintió con la cabeza, como reconociendo que su intuición era correcta, lo que la hizo sonreír—. Estará cerca, pero por suerte, el vuelo postal de esta semana despegará dentro de una hora. Puede que tengas suerte.

—Gracias —dijo Sam, mientras empezaba a escribir en la tarjeta.

Querida Elise,

Feliz segundo cumpleaños, espero que sea estupendo, y nos vemos dentro de unas semanas. Siguió la nota con una serie de XX y OO. Dile a mamá que me gustaría saber qué tesoros has encontrado para tu cumpleaños. Puede ponerse en contacto conmigo por el sistema normal.

Luego lo selló en un correo urgente y se lo entregó a la señora.

Si supieran que están manejando una moneda de 2 millones de dólares.

*

A la mañana siguiente, Sam entró en el túnel animado. Saludó a Frank y le dijo: —¿Estás listo para encontrar el barco hoy? —de

alguna manera, podía sentir que el Barco de Caoba estaba cerca.

Durante los cuatro días siguientes, los dos hombres buscaron en más de 25 kilómetros de túnel, sin encontrar rastro del barco. Ni rastro de más monedas españolas, ni de partes del barco.

Al final de la semana, Sam entró en la tienda en la que Frank y Byron desayunaban y dijo: —No está aquí.

—¿Qué has perdido? —Frank respondió despreocupadamente.

—Perdido no, pero no está aquí.

—¿Cómo?

—El Barco de Caoba, no está ahí abajo —dijo Sam.

—¿No está ahí abajo? —Frank cortó otro gran trozo de carne del filete y siguió comiendo mientras decía—: Entonces, ¿de dónde salieron las monedas españolas?

—No tengo ni idea, pero un barco tan grande ya habría desplazado algo visible. Si las monedas fueron llevadas allí por una nave, entonces algunos otros restos de esa nave deben estar también.

—Entonces, ¿ya terminaste? —Frank se metió otro bocado de carne en la boca.

—Aún no hemos terminado. Sólo que no hemos decidido nuestro próximo movimiento y estamos mucho menos convencidos de que el Barco de Caoba haya estado alguna vez aquí —Sam se apoyó en el Mercedes de seis ruedas—¿Puede Rodríguez conseguirme acceso a un helicóptero?

Frank dejó de masticar un momento y respondió: —Sí, pero tardará unos días. Puede traerlo en su A380 cuando llegue dentro de otros tres días. ¿Te parece bien?

—No, no quiero esperar tanto. He visto una pequeña Robinson 22 aparcada en el aeropuerto. ¿Alguna posibilidad de que nos la presten?

—Seguro que se puede alquilar. Probablemente se use para reunir ganado. Pero para un piloto, no estoy seguro.

—Está bien, puedo pilotarlo.

—Vale, ¿a dónde quieres ir?

—Necesito despejarme —dijo Sam—. Pero lo más importante es que nos hemos quedado sin ideas dentro de este túnel. Ahora quiero ver la tierra desde arriba. Hacerme una idea de dónde pudo haber estado el Barco de Caoba. Esas monedas no llegaron por arte de magia. Algo las trajo, lo que significa que un río debe alimentar estos túneles.

—¿Y quieres encontrar ese río?

—Ese es el plan.

Byron se levantó, miró su teléfono y se puso a hablar con alguien. Cinco minutos después, retomó la conversación. — Brent Higgins es el propietario de ese helicóptero. Como era de esperar, posee cerca de 20,000 cabezas de ganado por estos lares y las utiliza para reunirlas. Acabo de contratarlo a tu nombre para el resto del mes. Si te diriges hacia allí después del desayuno, dijo que hará que uno de sus mecánicos lo llene.

—Gracias Byron. Creo que me saltaré el desayuno y me iré para allá ahora.

—Como quieras, y asegúrate de tener cuidado con esa máquina. El Sr. Rodríguez me dijo en términos inequívocos que debo garantizar tu seguridad. Cree que sólo tú puedes llevarle al Barco Caoba.

Sam se echó a reír y replicó: —Aún estamos por ver si tiene razón.

A las diez de la mañana, Sam había cambiado su fiel Mercedes por un Robinson 22 y estaba en el aire. Le proporcionaba una vista única del paisaje, y esperaba que la solución a su problema se presentara cuando estuviera listo. Pasó casi seis horas volando y repostó tres veces antes de encontrar lo que buscaba: un río a más de setenta kilómetros río arriba, que desembocaba en una cueva subterránea. La entrada era, con mucho, demasiado pequeña para que entrara un barco, pero eso no significaba que hace doscientos años no fuera lo bastante grande como para que cupiera el Barco de Caoba.

Sam aterrizó a su lado.

Mirando el agua en constante movimiento, arrojó al río más de cien dispositivos flotantes de plástico, no mayores a una canica. Cada uno contenía una pequeña cámara y un transmisor, y estaban numerados electrónicamente según el nombre del río. Continuó este proceso hasta llegar a otros cuatro ríos.

De vuelta en la Caverna de Caoba, un receptor inalámbrico esperaba la información. Podría tardar días, pero tendría sus respuestas.

Sam llegó a la entrada del pozo de la mina a primera hora de la tarde y aterrizó justo al lado de sus tiendas de campaña. Apagó la red eléctrica, dejó que las aspas giratorias se asentaran y bajó del helicóptero.

Frank se acercó a él y le preguntó: —¿Cómo te ha ido?

—Bien —dijo Sam mientras sonreía como el dueño de una mano

ganadora a las cartas—. Y estoy bastante seguro de saber dónde vamos a encontrar el Barco de Caoba.

*

—¿Por qué tardas tanto, Frank? —el tono de su voz delataba la impaciencia de Rodríguez—. Esto tenía que haber terminado hace dos semanas, ¡tenemos un calendario que cumplir!

—Hay muchos túneles que explorar, llevará tiempo, señor.

—Sí, pero ¿no podrías darle una pista?

—¿Y arriesgarme a que se dé cuenta? De ninguna manera, es un hombre brillante. Podría arruinarlo todo si intentamos meterle prisa —Frank tosió. Años de fumar le habían dejado una perpetua infección en el pecho—. Cree que sabe dónde está.

—¿En serio, y tiene razón?

—Sí, pero me extraña la forma en que se le ocurrió, después de pasar el día en el aire, haciendo turismo en helicóptero.

—¿Lo hizo así? Qué interesante. Mantenme informado.

—Lo haré, Sr. Rodríguez.

Capítulo XI

Billie miró la colección de imágenes de su segundo portátil, incapaz de encontrar exactamente lo que buscaba, deslizó la pantalla hacia la izquierda y comenzó de nuevo su búsqueda. A la octava vez, oyó la molesta y alegre voz de Tom.

—Parecías enfadada por algo —dijo.

—No, sólo que no logro encontrar lo que busco. En su mayor parte, esta tumba es precisamente como me la imaginaba. Pero entonces, cuando miré de cerca, descubrí que algo está mal.

—¿Como la presencia de los Maestros Constructores?

—Sí, pero es más que eso —dijo Billie, ampliando una imagen de la habitación, tomada desde el suelo. —Mira la imagen. ¿Qué ves?

Tom se rio: —Soy piloto de helicóptero de profesión y un experto buceador de cuevas, pero el arte nunca fue una de mis especialidades.

—Mejor. Tendrá sentido para ti. Entonces, ¿qué ves?

—Veo una tortuga flotando en un océano, rodeada de miles de estrellas, y un árbol gigante estrangulando todo el universo.

Fue el turno de Billie de reír. —Muy bien, una interpretación interesante. Entiendo que el arte no es tu punto fuerte. De todas formas, has visto lo que básicamente parecen ser varias representaciones mayas.

—En serio. ¿Estaban drogados en ese momento?

—No. Los mayas imaginaban un universo formado por cielos arriba y submundos abajo, con el mundo humano en medio —Billie amplió un diagrama simplificado del mundo maya—. Los cielos consistían en trece capas, apiladas sobre la Tierra, y la Tierra descansaba sobre el lomo de una tortuga, flotando en el océano. Cuatro hermanos llamados los Bacabs, posiblemente hijos de Itzamná, sostenían los cielos. Debajo de la Tierra había un reino llamado Xibalba, un inframundo de nueve capas. Uniendo los tres reinos había un árbol gigante cuyas raíces llegaban hasta el inframundo y cuyas ramas se extendían hasta el cielo. Los dioses y las almas de los muertos viajaban entre los mundos a lo largo de este árbol.

—¿Y el rey estaba en la cima de las trece capas de los cielos?

—No, esta sala representa al rey en el fondo, que acaba de abandonar el peldaño más bajo de la escalera terrestre.

—Parece que sabes mucho de estas cosas.

—He leído un poco. No soy experta en el sistema de creencias

mayas, pero en su mayor parte, esto parece estar en consonancia con la teoría original de Sam de que se trataba de una tumba maya. Sólo hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué?

—Hay muchas referencias a simbolismos que no son mayas.

—¿Podrían haber sido extraídos de los Maestros Constructores? —Tom sugirió.

—Es poco probable. Si los Maestros Constructores existieron, nunca mezclaron más de una cultura en sus proyectos. La única imagen que se transmitió de las reliquias africanas, las pirámides egipcias y otros sitios antiguos es la de los propios Maestros Constructores. En este caso, casi parece como si los propios mayas hubieran recogido la información.

—¿Podrían los mayas haber viajado tan lejos?

—¿Alrededor del mundo? —Billie se apartó del monitor e hizo una pausa de un milisegundo—. Todo es posible, pero muy improbable. Sería como decir que los vikingos fueron los primeros en dar la vuelta al mundo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Necesito más fotos. En realidad, voy a necesitar cientos de ellas. Si puedo introducirlas en mi sistema informático, tengo un programa de descifrado que quizá pueda dar con una explicación.

—¿Tienes alguna idea? —Tom preguntó.

—Sí, pero ninguna de ellas es posible.

—¿Por qué no?

—Porque sugiere que el pueblo maya tuvo alguna vez algo más poderoso que lo que tenemos hoy.

—¿Y qué es eso?

Billie hizo una mueca, como si estuviera a punto de decir algo ridículo. —La capacidad de viajar realmente entre sus reinos de la vida, la muerte y los cielos. Algunas de estas imágenes muestran culturas que ni siquiera se desarrollaron hace mil años.

—Es una locura.

—Sí, lo es. Sólo que no tengo una respuesta más plausible... todavía.

*

Frente a ella, el ordenador de Billie zumbaba mientras intentaba descifrar unos algoritmos muy complejos. A pesar de ser uno de los ordenadores portátiles más avanzados en existencia, tenía problemas para resolver los datos que ella había introducido. Billie había tomado más de trescientas fotografías de los pictogramas y jeroglíficos del interior de la Cámara del Rey. Tras registrar la información en su ordenador portátil, intentó descifrar su significado.

Y esto significaba diferenciar entre los textos mayas, los símbolos egipcios y las marcas de los Maestros Constructores.

Había permanecido en el lugar original, recopilando toda la información que pudo, antes de que les llegara la noticia de su descubrimiento. Billie sabía lo que ocurriría cuando llegara ese momento, y si quería avanzar en su búsqueda, tendría que tenerlo todo planeado con antelación.

Se oyó un pitido procedente de su ordenador.

Eso fue rápido.

Billie se sentó y miró la pantalla de su ordenador. Su avanzado programa, diseñado específicamente para elaborar respuestas sobre la raza teórica conocida como los Maestros Constructores, había descubierto algo sobre la habitación, pero qué era, no tenía ni idea.

¿Desea leer el informe ahora? SÍ/NO

Hizo clic en «Sí» y, al instante, varias imágenes del techo de la cámara empezaron a llenar la pantalla. El énfasis de cada imagen parecía estar en la luz azul resplandeciente del centro. Resonaba de una bola, lo bastante pequeña como para caber en la palma de la mano, pero capaz de resonar suficiente luz como para permitirles ver toda la pirámide. La misma fuente de luz inexplicable irradiaba hacia abajo desde el interior de lo que debía de ser la piedra angular de la pirámide, y luego pasaba por el cetro que faltaba en el sarcófago del rey, y después por el estrecho pozo que se extendía ocho niveles más abajo, hasta el fondo de la pirámide.

Sí, ya sé que no hay explicación lógica para la luz.

Billie hojeó las diapositivas. Lentamente al principio, y luego más rápido, hasta que lo vio. Algo cambiaba en cada diapositiva, pero no se dio cuenta de lo que era hasta que hubo visto más de una docena.

Mierda, alguien nos ha estado vigilando.

En el centro estaba la fuente de la luz azul, y donde el cristal azul, perfectamente redondo, brillaba como un diamante, se alzaba una sombra. La sombra se formó y luego se movió a lo largo de varias diapositivas, como si alguien, o algo, los hubiera estado observando.

—Tom, tenemos problemas —gritó sin pensar en quién estaba escuchando.

Tom cruzó la habitación, con la cámara aún en la mano, y respondió: —¿Qué has encontrado?

—Sólo mira estas fotos.

Le vio pasar por cuatro o cinco imágenes y detenerse. Señalando una de las pequeñas sombras sobre la piedra de luz, preguntó: —¿Parece que algo de dentro sigue moviéndose?

—Sí. ¡Alguien nos ha estado observando mientras trabajamos!

*

Abriendo la bolsa negra tirada en el suelo junto al portátil, Tom sacó un cincel y un martillo. Subido encima del enorme sarcófago, dijo: —Sean quienes sean, su cámara va a quedar destruida en un segundo.

—¡Espera! —dijo Billie.

—¿Qué?

—¿Es prudente? Quiero decir, ¿no sabrán que sabemos que nos han estado vigilando?

—Tal vez. O tal vez sólo verán que la lente ha sido destruida. De cualquier manera, prefiero que no sigan lo que estamos haciendo aquí.

—¿Y si vienen por nosotros? —preguntó en un susurro.

—¿Por nosotros? Estamos a casi 90 metros de profundidad. Tenemos nuestro propio equipo de buceo tripulando la cápsula de buceo en la entrada de la pirámide. Se darán cuenta si alguien baja aquí.

—Claro, pero ¿y si ya están aquí?

—De ninguna manera. ¿Viste algún escondite secreto? Quiero decir, hemos pasado las últimas dos semanas estudiando este lugar. Es todo de granito. La única forma de entrar es por debajo de la pirámide, por donde vinimos. Si alguien viene, tendremos ventaja.

Asintió con la cabeza y luego dijo: —Tienes razón, deshazte de ella.

Tom examinó la bola azul redonda, que, ahora que la miraba de verdad, parecía similar a la lente de una cámara. Sin estudiarla más, cogió el martillo y el cincel, y golpeó con fuerza la esquina.

No pasó nada.

Tom estudió de nuevo el objeto, antes de golpearlo sólo con el martillo. Nada, ni siquiera un crujido. —No tengo ni idea de qué hicieron esta cosa, pero es dura como una roca.

—Prueba en la mampostería de detrás. Quien lo puso allí, probablemente utilizó una cubierta protectora —sugirió Billie.

La golpeó de nuevo, pero hasta la mampostería parecía firme.

Al quinto intento, Tom se rindió.

—Toma, prueba esto. Es un cincel con punta de diamante. Debe cortar directamente a través de lo que sea.

—Gracias —dijo Tom, mientras lo cogía, lo orientaba hacia la bola de cristal y lo golpeaba con el martillo.

De nuevo, no pasó nada.

Tom acercó el ojo a la lente del cristal. No pudo encontrar ni un rasguño. Mirándola fijamente, a pesar de la luz que emitía la bola, se dio cuenta de que parecía oscura por dentro, lo que le hizo dudar lo más mínimo de que se tratara siquiera de la lente de una cámara.

—Ven aquí arriba. A ver si puedes ver mejor esta cosa, ¿quieres?

Billie se rió. —Claro. ¿Quieres que te enseñe cómo romperlo?

—No estoy seguro de que vayas a querer, una vez que la hayas examinado. Quiero decir, parece bastante vieja. No creo que sea tanto una cámara como un espejo.

Debajo de él, Billie, empezó a trepar por el sarcófago. —Sea lo que sea, hay pocos materiales que puedan resistir la punta de ese cincel.

Tom volvió a mirar el cristal y dijo: —¡Vaya! —casi cayéndose del sarcófago. —¿Qué acabas de tocar?

—Nada. ¿Por qué?

—No fue nada. Y cambió la vista dentro de la bola.

—¿Qué carajos quieres decir con que ha cambiado la vista dentro de la bola? —dijo Billie, con las fosas nasales muy abiertas mientras intentaba y no conseguía subir para verlo.

—Quiero decir, alguien ha estado vigilando este lugar, sin duda. ¡Y durante mucho tiempo!

Capítulo XII

Los dedos de Billie, incapaces de alcanzar la parte superior del enorme sarcófago, resbalaron al intentar trepar por sus afiladas paredes.

Tom bajó arrastrando los pies y preguntó: —¿Quieres que te lleve?

—Sí —respondió ella, deseando no necesitar su ayuda.

—No hay problema —dijo Tom, alzándola sobre sus hombros.

Ella se dio cuenta de que la mano de él se deslizaba y le agarraba el trasero como apoyo, quedándose allí un momento más de lo debido. Y luego la retiró rápidamente antes de que ella dijera nada. Billie extendió la mano y se agarró a la parte superior del bloque de piedra, lo que le permitió subir.

Por un segundo, se preguntó si Tom había querido poner la mano allí. La pequeña indiscreción pronto se perdió en su deseo de ver el espejo.

Se puso de puntillas para poder acercar el ojo a la lente óptica. Al otro lado, Billie pudo ver una habitación. Era similar a aquella en la que ya estaba, y en su centro, otro sarcófago, sólo que éste no parecía maya en absoluto.

Olvidándose de las acciones de Tom, dijo: —¿Crees que quien nos ha estado observando está en la habitación justo encima de nosotros?

—No, creo que están más lejos que eso —respondió Tom.

—¿Más lejos? ¿De qué estás hablando? Ahora que estoy aquí arriba, puedo ver que esta cosa sólo mide unos centímetros, y muestra claramente la habitación de arriba.

—Eso no es posible. Ya he hecho la aritmética básica, y unos metros por encima de nosotros está la entrada a la pirámide. Es imposible que haya otra habitación. Además, ¿no te has dado cuenta de que dondequiera que parece acabar ese espejo, también mira hacia abajo a una habitación, no hacia arriba?

—Tienes razón —dijo, reprendiéndose a sí misma por dejar que los nervios afectaran a su habitual circunspección. —Antes, cuando estaba subiendo, dijiste que había hecho algo para cambiar la imagen de aquí, ¿es cierto?

—Sí, no sé lo que hiciste, pero fuera lo que fuera, la bola pasó de un azul oscuro e impenetrable, a esta ventana clara en lo que me parece ser otra tumba.

—Eso es lo que estaba pensando. Vale, ayúdame a bajar, voy a volver a ver si puedo cambiarlo otra vez.

—Tú mandas —dijo, sin borrar la sonrisa de su cara.

Normalmente, le habría insultado por su comportamiento, pero estaba demasiado enamorada de su descubrimiento como para pensar en él. Tenía una cara atractiva y era casi inofensivo.

Bajó y luego subió varias veces por la base del sarcófago. —¿Algún cambio?

—Nada —respondió.

—Tenía que haber algo —dijo, y entonces lo vio. A lo largo de la base de la cuna para el cetro desaparecido, había una pequeña rueda, con una serie de bordes dentados, dándole la apariencia del engranaje de una bicicleta. Contó los bordes. Había trece en total. Le dio una ligera vuelta y la mayor de las doce puntas de piedra apuntó ahora en otra dirección. —¿Algo?

—Sí, ¿qué demonios has hecho?

—No mucho. Acabo de girar este dial de piedra. ¿Qué ves?

—Parece ser una cueva gigante. Hay marcas en las paredes, pero nada que signifique algo para mí.

—Interesante —dijo, girando de nuevo el dial. —¿Y ahora?

—Otra tumba.

—¿La primera que vimos?

—No, esta parece más pequeña. Y las marcas son diferentes.

De repente, ya no veía la pared del sarcófago como una serie de pictogramas indiscriminados, de lugares y culturas aparentemente aleatorios a lo largo de la historia. Ahora, parecía como si fuera un mapa, con el poder de ver diferentes partes del mundo.

Examinó rápidamente las demás imágenes de la pared. Había un petroglifo del río Congo, la pirámide de Giza y una runa siberiana con una inscripción.

Girando de nuevo la piedra, preguntó: —¿Qué ves?

—Otra habitación. Sólo que ésta es definitivamente más grande. Parece ser la cámara de descanso final de tres reyes distintos.

Sus ojos vieron entonces un par de anillos y una barra atlantes.

Volvió a girar el dial para que la espiga de piedra y la imagen se alinearan perfectamente. —¿Y ahora qué?

—No lo vas a creer —dijo Tom.

—Dime.

—Parecen ser los restos de una ciudad en ruinas... y la ciudad está sumergida. El agua es clara, y parece poco profunda, la luz del sol desde arriba rociando a través, como de las ondas de las olas en la superficie. Hay estructuras en la distancia y están cubiertas de…

—Un material metálico anaranjado —Billie terminó la frase por él.

—Sí, ¿cómo lo has adivinado?

—Porque acabo de apuntar el dial hacia la Atlántida.

*

Billie dio un paso atrás y luego corrió hacia el sarcófago. Con dos ágiles pasos, estaba de pie encima de él y dijo: —¡Tengo que verla!

—¿Ver qué? —preguntó Tom.

—¡La Atlántida! —gritó.

—Creía que no te interesaba la Atlántida.

—No, he dicho que no la buscaba, que es muy distinto a no querer verla cuando aparece literalmente ante ti.

Se acercó a Tom, intentando acercarse lo más posible al espejo. En la punta de los pies, su mano se aferró a la de él para mantener el equilibrio. Sintió que el otro brazo de Tom la rodeaba instintivamente.

Cerrando el ojo izquierdo para poder enfocar el espejo, vio la pequeña luz azul. Al principio era opaca, pero luego sus ojos empezaron a entender la visión turbia del otro lado.

Apareció una ciudad en ruinas.

Estaba sumergido por el agua y aparecía cerca de la superficie, como si hubiera permanecido oculta todos estos años a no más de veinte metros de profundidad. Aún podían verse destellos de luz procedentes de las ondulaciones del océano en lo alto. Y en las paredes de las estructuras restantes, un metal anaranjado.

—¡Dios mío… es la Atlántida! —Billie dijo, y luego, lo besó en los labios.

—¿Qué ha sido eso? —respondió, con una atractiva sonrisa, rayana en la confusión ausente, que irradiaba cariño.

Ella seguía agarrada a él y se soltó antes de explicar: —¿Ves este material naranja?

—Sí... parece bronce y cobre.

—Sólo que no lo es. ¡Es oricalco!

—¿Qué demonios es eso?

—El oricalco es una especie de metal de fábula, descrito en una serie de escritos muy antiguos, entre los que destaca el Diálogo Critias de Platón. El oricalco se consideraba el segundo metal más valioso, después del oro, y sólo se encontraba y extraía en la Atlántida. De un vibrante color naranja, se creía que era una aleación que contenía una combinación única de oro, cobre, zinc, hierro y plomo, siendo el oro el mayor porcentaje.

Vio cómo crecían las pupilas de los hermosos ojos color avellana de Tom.

Se dio cuenta de que pocos eran inmunes al encanto de Atlántida.
—Si era una aleación, ¿no puede la gente simplemente imitarla?

—No. Lo que hace que el oricalco sea tan singular es que no era una aleación hecha por el hombre, en absoluto. En su lugar, era un mineral de origen natural, que fue extraído. A pesar de conocer la mezcla, la aleación no puede ser reproducida artificialmente. Una teoría es que la actividad volcánica moldeó la combinación de materias primas en la aleación única. Esto, a su vez, ha llevado a muchos arqueólogos a buscar la Atlántida donde ahora están sumergidos los antiguos volcanes. Pero nunca ha habido ninguna prueba real de que ésta o la Atlántida existieran… hasta ahora.

*

Tom se quedó mirando su rostro perfecto.

Fue sólo durante un par de segundos, pero tal vez, demasiado tiempo. Billie, decidió, tenía la rara combinación de una sonrisa casi recatada, dientes perfectos y ojos marrones cautivadores. Ahora mismo, esos ojos brillaban de excitación, haciéndola aún más atractiva, si eso era posible.

Cómo una cara así podía albergar una mente inteligente y, sin embargo, explotar con un lenguaje tan ofensivo, simplemente le desconcertaba. No obstante, habría pagado un precio muy alto por volver a besar aquellos labios.

—¿Entiendes lo que esto significa? —preguntó Billie, dando un paso atrás. Tom soltó de mala gana su firme espalda.

—Mmm… ¿Que perdonarás a Sam por arrastrarte lejos de la Antártida?

—Sí. Espera, no. Todavía estoy muy molesta por eso. ¡Esto significa que acabamos de descubrir algo que ha estado perdido

durante más de dos mil años!

Tom notó que ella no hacía ninguna referencia al beso. Fue un accidente, provocado por su excitación, y nada más. Tratando de centrarse en su descubrimiento en su lugar, dijo: —Sólo hay un problema.

—¿Qué?

—Aún no tenemos ni idea de adónde nos ha llevado ese espejo.

Ella dejó de observar y le devolvió la mirada. —Tienes razón. Pero debe haber alguna forma de averiguarlo. Quiero decir, no es electrónico. Es sólo algún tipo de cristal translúcido. La Atlántida debe estar cerca.

—¿Estás segura?

Por primera vez desde que la conoció, Billie parecía incómoda, como si hubiera una grieta en su seguridad. —Sí, por supuesto. ¿Por qué?

—Porque me dijiste que el mapa de abajo mostraba imágenes desde Siberia hasta África. Lo que significa que, aparte de ver ahora la imagen de esa ciudad en ruinas, no estamos más cerca de descubrirla que el resto del mundo en los últimos dos mil años.

—Ahí es donde te equivocas —dijo.

—¿Cómo?

—Porque sabemos que es real.

*

Los dos pasaron el resto del día explorando las trece visiones antiguas a través del espejo. Billie pensó que debía entender lo que sintió Alicia cuando cayó por la madriguera del conejo. Todo su mundo había cambiado en el espacio de unas pocas horas. Estaba a punto de dejar de encontrar pistas sobre los Maestros Constructores y dispuesta a regresar a la superficie, cuando se produjo el descubrimiento del espejo.

No se acostó hasta pasada la medianoche. Incapaz de conciliar el sueño, su mente volvía una y otra vez a los acontecimientos del día.

El descubrimiento lo cambiaría todo.

Esperaba que también estuviera allí, pero a pesar de buscar por todo el mapa, no había rastro de lo que realmente buscaba.

La ciudad perdida en las nubes

Billie llevaba buscándola desde que tenía sólo seis años. Desde

que su abuelo la introdujo en el mito, pero al igual que él, ella sabía que era real. Algún día la encontraría, pero esta tumba no iba a darle esa respuesta.

Apartó esos pensamientos de su mente. Habían pasado muchas cosas y quedaba mucho por hacer.

Y también estaba el beso.

Eso, pensó, fue una sorpresa. Fue un accidente, por supuesto, nunca había mezclado negocios y placer. Pero también fue inesperadamente agradable.

En el saco de dormir, a unos metros de distancia, Tom, a pesar de haberse acostado hacía sólo unos minutos, parecía profundamente dormido.

Imagina…

Le observó durante un rato. Nunca había visto a nadie dormir tan profundamente. Recordó su cara después de besarle. Casi parecía dolido porque ella no le hubiera dicho nada después y, como un caballero, siguió fingiendo que no había pasado nada.

Y no pasaría nada…

Hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre. Hacía tiempo que había aceptado que la búsqueda de la *Ciudad Perdida en las Nubes* había afectado a su vida social. Pero eso era lo normal para cualquier mujer que intentara conseguir algo en el mundo de la arqueología, dominado por los hombres.

Cerró los ojos y se imaginó besando sus labios.

Fue inesperadamente agradable…

Estaría bien volver a hacerlo accidentalmente…

Lo que empeoraba las cosas era saber que era ella quien tenía el poder en la relación. Tom ya había entregado su mano: la quería a ella, eso estaba más claro que el agua, en su cara de dolor. *La cara de dolor que le causaba…* Pero ella tenía la capacidad de cambiar eso. Podía tener lo que quisiera.

¿Y por qué no?

Al no encontrar respuesta a esa pregunta, Billie se deslizó fuera de su saco de dormir. Como era de sangre caliente, dormía en ropa interior. A su lado estaban los pantalones cortos, la camiseta blanca y la pistola. Su primer instinto fue vestirse, pero la visión de su arma la detuvo. Aún no se lo había dicho. Con cuidado, ocultó el arma con la camisa, dejando las tres cosas en el suelo, y se dirigió hacia Tom.

—¿Estás despierto Tom?

No respondió.

Se levantó y se acercó a él, aún sin saber lo que quería. No fue hasta que vio su cara inocente y dormida que decidió lo que realmente quería.

Una sonrisa de niña cruzó su rostro al darse cuenta de lo que era.

—¡Hijo de puta! —maldijo en voz alta, olvidando lo que estaba a punto de hacer.

Tom se incorporó al instante, como si estuviera dispuesto a matar a cualquier intruso. —¿Qué?

—¡Allí en la pared!

Se levantó de un salto, agarrando el martillo que tenía a su lado como si fuera un arma mortal, y en su mano, probablemente lo sería.

—No veo nada. ¿Qué pasa? —susurró.

—Está ahí… ¡el Barco de Caoba!

Capítulo XIII

A la entrada del pozo de la mina, Sam miró la cara seria de Frank y le dijo: —¿Y si nos equivocamos al decir que la moneda tiene que venir de más arriba?

—No, eso no puede ser. La moneda no viajó sola. El río habría tenido que moverla hasta donde la encontraste. Por lo tanto, la moneda debe haber entrado en el río aguas arriba, y luego fluyó a lo largo de los siglos hasta que quedó incrustada en el sedimento blando de piedra caliza.

—Tienes razón en que la moneda procedía de más arriba, pero ¿y si el Barco de Caoba siguió navegando río abajo, llevándose consigo los tesoros que transportaba?

—¡Mierda, tienes razón! —Frank respondió— ¿Por qué no habíamos pensado en eso? Por supuesto, el nivel del agua ha ido cambiando de altura a lo largo de los siglos. Si el Barco de Caoba entró de algún modo en el sistema acuático, es posible que luego navegara silenciosamente río abajo, hasta llegar a un punto en el que su tamaño le impidió seguir moviéndose.

—Es difícil imaginar un barco de ese tamaño moviéndose a través de un sistema de cuevas, pero el túnel sería lo suficientemente grande.

—¿Lo sería? —preguntó Frank.

—Seguro que sí.

Frank abrió los documentos informáticos que contenían las medidas conocidas de cada uno de los túneles. Señalando el único túnel de salida, dijo: —No, sólo tiene doce metros de altura. Es imposible que algo tan grande como lo que se describió del Barco de Caoba pueda pasar por ahí.

—¿A menos que sus mástiles fueran destruidos?

—Incluso entonces, ¿un barco de doce metros con la descripción que los supervivientes del Emily Rose hicieron del Barco de Caoba?

—No, pero ¿confiarías en la descripción de un puñado de supervivientes hambrientos para proporcionar un relato exacto de la nave?

Alzando la ceja izquierda, Frank contraatacó: —Me habría sorprendido si todos hubieran fallado en el mismo detalle.

Sam detuvo su discurso un instante. Sabía que tenía la respuesta correcta, pero no sabía cómo demostrarlo.

Entonces se le iluminaron los ojos.

—No, ya sé lo que pasó. Es obvio, no puedo creer que no se nos ocurriera antes. Vamos, tenemos trabajo que hacer.

*

Una hora más tarde, Sam y Frank se encontraban en la plataforma de buceo de la Caverna de Caoba. Con el equipo revisado y vuelto a revisar, estaban a punto de poner a prueba la teoría de Sam.

Abriendo al máximo su botella de buceo, Sam dijo: —Algo parecido ocurrió con el Magdalena, un dirigible perdido de la Segunda Guerra Mundial, lleno de tesoros judíos. El cieno se había acumulado a lo largo de los años hasta que quedó en seco.

—Pero el túnel aún está por debajo de la línea de flotación —respondió Frank.

—Sí, pero me di cuenta de lo que el movimiento del limo podría hacer en 75 años, luego en los 200 años desde que el Barco de Caoba fue visto por última vez en la superficie, el tamaño de ese túnel podría haber cambiado mucho.

—Pareces muy seguro.

—He pasado mucho tiempo intentando dar sentido a todo esto. Es la única explicación.

Sam se colocó la máscara en la cara y se sumergió en el agua. Los dos Seadoos estaban amarrados, justo debajo de la plataforma. Esperó a que Frank lo siguiera y encendiera el pequeño motor eléctrico del Seadoo, y luego despegó en dirección a la corriente.

Sólo tardó un par de minutos en llegar a la entrada del túnel aguas abajo. Por primera vez desde que llegó, Sam se dio cuenta de que parecía formar un semicírculo incompleto, imaginando lo grande que podría ser si se hubiera permitido completar ese círculo.

Condujo su Seadoo hasta la base de la entrada del túnel. La arena era profunda. Tardarían semanas en excavarla para saberlo con certeza, pero desde luego parecía que la profundidad del túnel podría duplicarse si se quitaba la arena.

—¿Hasta dónde has viajado por este túnel? —preguntó Sam.

—No lo hicimos. Todos pensábamos que el Barco de Caoba nunca habría llegado tan lejos.

—Muy bien, esperemos que se encuentre al otro extremo de este túnel.

Sam se adentró en el túnel con su potente faro LED, que iluminaba el largo pasadizo. La corriente del agua era más fuerte, ya

que había sido alimentada por los otros cinco canales río arriba. Se alegró de estar utilizando su Seadoo motorizado y dudaba mucho que pudiera nadar contra la corriente si tuviera que hacerlo. En su cabeza, algo le decía que debería haber pasado un cabo de seguridad, pero estaba demasiado ansioso por saber la verdad.

Casi una hora después, Frank condujo hacia él: —Sam, ¿cuánto más quieres avanzar?

—Hasta que lleguemos al Barco de Caoba —respondió Sam.

—¿Estás seguro? No estamos preparado para una inmersión prolongada.

—Sí.

Sam continuó, a toda velocidad.

Frank preguntó: —¿No quieres parar y registrar las zonas que ya hemos recorrido?

—No. Si está aquí, lo veremos.

Sam miró el marcador de energía de su Seadoo. Estaba en naranja. Le quedaba mucha energía. Un poco más de la mitad de cuando empezó, pero el viaje de regreso, contra la corriente, iba a agotar mucha más energía.

Continuó, impulsado por el loco deseo de encontrar el legendario barco.

Frank dio unos golpecitos en el salpicadero y dijo: —Sam, se acabó. Tenemos que dar la vuelta, o tú y yo vamos a tener un día muy malo, y será un infierno nadar de vuelta.

Sam miró su propio monitor de energía. Se había movido más hacia la izquierda de lo que esperaba. *Tal vez, había viajado más lejos de lo que pensaba.* Tendría que dar la vuelta.

—Vale, date la vuelta. Sólo quiero ver lo que hay más allá de esta curva.

Frank negó con la cabeza. —No, vamos juntos o no vamos.

—Como quieras, Frank. Iremos juntos entonces.

—¿Y luego, pase lo que pase, nos damos la vuelta?

—De acuerdo —respondió Sam.

El oscuro túnel pareció estrecharse de nuevo, lo que hizo temer a Sam que se hubiera vuelto a equivocar. Ningún barco podría haber viajado por una sección tan estrecha. La velocidad de la corriente volvió a aumentar y la altura del túnel descendió tanto que tuvo que inclinarse hacia delante para evitar que su cabeza golpeara el techo.

Cuando la poderosa corriente se apoderó de él, Sam se dio cuenta de su error. Nunca iba a conseguir volver contra esa corriente. Entonces dobló la esquina y se olvidó de todas sus preocupaciones.

Frente a él, estaban los restos del Barco de Caoba.

*

Sam sólo podía ver parte de la proa del barco, pero incluso esa parte indicaba lo enorme que había sido el gran navío. La popa y los compartimentos principales estaban enterrados por completo en arena y cieno del río. Al instante, se dio cuenta de la razón del estrechamiento del túnel: el Barco de Caoba se había alojado delante, y durante los últimos dos siglos, se había llenado de arena y rocas, hasta que el túnel quedó casi completamente bloqueado.

La proa se elevaba por encima de la línea de flotación.

—¡Dios mío, lo encontramos! —Frank dijo.

—Por supuesto que sí.

—Nunca dudé de ti, amigo.

—Vamos, Frank, ya que estamos aquí, podemos explorarlo —dijo Sam, arrastrando su Seadoo por la playa de arena sumergida.

Frank asintió con la cabeza y le siguió.

Justo antes de la línea de flotación Sam vio los daños. El corte en el enorme casco parecía antinatural. Como si una sola roca hubiera rasgado su casco en ese preciso lugar, dejando el resto de la hermosa nave indemne. Sam lo pensó por un segundo antes de proceder a entrar.

—¿Estás seguro de que es el Barco de Caoba? —preguntó Frank.

—Eso es lo que intento averiguar.

Sam nadó por el oscuro casco y pasó junto a las viejas escaleras hasta llegar a un camarote situado por encima de la línea de flotación. Apoyándose con cuidado en la cubierta interior, Sam esperaba que la madera se desmoronara bajo su peso, pero la rara madera ennegrecida seguía siendo fuerte como el acero.

Estaba seguro de que no era de caoba, pero eso no importaba. Nada en las notas de los supervivientes del Emily Rose, determinaba que efectivamente estuviera hecho de caoba, sólo que era una madera ennegrecida, desconocida para todos ellos.

En contra de su buen juicio, Sam subió la escalera y se colocó encima de la cabina interior, ahora seca. Estaba oscuro y la madera parecía anormalmente sólida. Se quitó la mascarilla y respiró el aire

fétido.

Frank le miró, esperó otro minuto antes de encogerse de hombros y quitarse también la mascarilla. —Este barco tiene cientos de años. ¿Estás seguro de que va a soportar nuestro peso?

—Ni idea, pero me parece bastante fuerte —apuntando con su linterna a la pasarela que conducía hacia la popa del barco, Sam dijo —: ¿Vamos?—

—De acuerdo, pero si esto empieza a romperse, me iré de aquí antes de que puedas detenerme.

—Vale.

Sam caminó con confianza sobre las robustas tablas del suelo. Ya había adivinado por qué estaban en tan buen estado, pero aun así, sabía que debería haber sido más prudente a la hora de explorar el antiguo pecio. Miraron por varias aberturas de la pasarela. Todas parecían vacías, ya no quedaba rastro de los ocupantes originales de la nave.

—Parece desierto —dijo Frank.

—¿Qué esperabas, tesoro?

—Bueno, sí, en realidad. Empezamos esta cacería con una moneda de oro. Esperaba más.

Sam se rio. —Todo el mundo supone que los barcos hundidos llevan oro. En mi experiencia, normalmente llevan madera podrida y una miríada de vida marina. Aquí, por supuesto, al ser agua dulce y estar en una zona desprovista de luz, el barco no es más que un viejo navío, y nada más. Espero que el Sr. Rodríguez no esté muy decepcionado de su inversión.

—Es un hombre adulto. Se alegrará de que la hayamos encontrado, pero está deseando demostrar que era español, y se le habría roto el corazón si hubieras encontrado algo que sugiriera lo contrario —Frank miró entonces una puerta maciza al final del pasillo interior— ¿Y eso?

—¿La puerta?

La puerta parecía más sacada de Fort Knox que de un barco. —Quien construyó eso quería mantener algo fuera.

—¿O algo dentro? —Sam sugirió.

Los brazos de Frank temblaron de repente, como un escalofrío. La sugerencia parecía haber activado algo en él, se dio cuenta Sam. Luego, encogiéndose de hombros, Frank dijo: —No, algo así... fue diseñado para guardar algo valioso. He trabajado con suficiente oro en

como para saber cuando estoy cerca de algo de valor.

—Ya veremos.

Sam empujó la puerta, pero no se movía. Le dio una patada y recibió la misma respuesta.

Había una cerradura, de hierro, en medio de la puerta. El hierro estaba muy oxidado, dejando más un agujero que una cerradura, lo bastante grande como para que pudiera ver el contenido del otro lado de la puerta.

En un instante, lo vio.

—Santo cielo. Es un montón de oro.

*

Sam hizo una pausa, estudiando cómo se conectaba la puerta al marco. A pesar del ojo de la cerradura, todo parecía estar completamente moldeado al marco que la rodeaba, como si se necesitara un equipo de carpinteros para abrirla.

¿Y quizá los hubo alguna vez?

—¿Quieres que te eche una mano con esa puerta? —Frank preguntó.

—Claro, ¿qué tienes en mente? Creo que ni siquiera entre los dos tendríamos esperanzas de derribarlo.

Sacando una amoladora angular con punta de diamante, Frank respondió: —Esto.

—Vaya. ¿Qué haces con eso?

—¿Creíste que sería tan estúpido como para entrar en un naufragio sumergido, sin medios para salir si las cosas iban mal? De ninguna manera, yo me cuido solo.

La historia no parecía lógica, pero Sam se alegró de no tener que volver a la plataforma de buceo de la Caverna de Caoba antes de poder acceder a la habitación cerrada.

Minutos más tarde, Frank había hecho un agujero en la puerta, lo suficientemente grande como para que los dos pudieran colarse por él.

En la pared del fondo de la bóveda del barco, Sam pudo ver los restos de un cofre del tesoro muy antiguo, ahora roto y abierto. Y dentro del destartalado cofre, había al menos doscientas monedas de oro.

Sam dio un paso adelante y cogió una.

Era idéntica a las otras que había visto. El oro, que no había perdido nada de su lustre, brillaba como si acabara de acuñarse ayer.

—Frank, creo que acabamos de encontrar el Barco de Caoba.

—Así es, Sam.

Sam miró con cuidado el resto de la habitación. Estaba casi completamente vacía, a excepción de las monedas de oro.

Pero, ¿estará aquí? pensó Sam, decepcionado por no haberlo encontrado aún.

Los dos exploraron la habitación y, cuando pudieron, accedieron al resto de la nave. Nada indicaba que siguiera allí, pero Sam sabía que aún era pronto. En su mayor parte, al menos había encontrado lo que él y su padre habían buscado todos aquellos años.

Tras varias horas de búsqueda, llegó el momento de regresar a la Caverna de Caoba. Sam fue el primero en mirar la energía restante en su Seadoo. Era baja, pero podría volver. Por otra parte, podría no hacerlo.

—¿Cuánto te queda en el tuyo, Frank?

—Suficiente, tal vez. Estará cerca. Ojalá hubiéramos traído una fuente de alimentación de reserva.

—Culpa mía. Vale, Frank, coge mi batería. Así, cuando la tuya se agote tendrás la mía.

Frank miró el monitor de la batería de Sam, ya casi vacío. Él era un hombre brillante: Sam no tenía ninguna duda de que podía predecir el resultado de los dos tratando de volver a la Caverna de Caoba. —Vale, gracias Sam. Volveremos por ti en cuanto podamos.

—No hay problema. De todas formas, me gustaría estar un rato a solas con este viejo.

Frank desenganchó la mochila y se la guardó en el bolsillo. Con un rápido gesto de su brazo derecho, el hombre desapareció, dejando a Sam solo, para explorar los confines fríos y oscuros del antiguo navío.

Si todavía está aquí, lo encontraré.

*

A la mañana siguiente, Sam oyó el ruido de los dos Seadoos motorizados que se acercaban. Esperó hasta que salieron de la grieta del casco. La cabeza de Michael Rodríguez fue la primera en asomar por el agua quieta del interior del casco, seguida rápidamente por la de Frank.

—Buenos días Sam, te he traído algo para desayunar —dijo Michael, entregándole dos grandes panecillos de tocino y huevo, rellenos de salsa BBQ. —Creo que hay que felicitarte.

—Creo que sí —dijo Sam, aliviado de volver a ver el rostro gregario de Michael. Era obvio que el hombre estaba motivado cuando tenía un propósito, y la búsqueda del Barco de Caoba lo había mantenido activo durante años. Sam había visto la misma expresión en su propia cara, cuando finalmente encontró la respuesta a una antigua pregunta, o un artefacto perdido.

Llevó a Michael a dar una vuelta por el legendario barco.

—Va a llevar algún tiempo recuperarlo todo. Y tú y yo sabemos que va a haber mucha burocracia en torno a su excavación. Pero al final del día, creo que es seguro decir que hemos encontrado el Barco de Caoba.

—Genial, Sam. Gracias, por todo.

En el transcurso de los cinco días siguientes, Sam, Michael y Frank fotografiaron, marcaron y examinaron todo el barco hasta donde pudieron llegar, mientras Byron hacía informes y documentaba la información para que el mundo lo conociera algún día.

Esa tarde, los tres dieron a conocer al mundo el descubrimiento en una rueda de prensa televisada. Michael indicó que la ubicación exacta del legendario barco permanecería oculta para protegerlo de saqueadores y cazadores de tesoros.

Esa noche, los cuatro hombres bebieron whisky caro, vinos finos y comieron un banquete para celebrarlo.

Después de que cada uno se fuera a la cama, Sam se quedó despierto hasta tarde, completando algunos informes finales para acompañar el descubrimiento. A pesar de haber encontrado el Barco de Caoba, todavía no había encontrado lo que realmente buscaba. Permanecería en el lugar durante las próximas semanas hasta que pudiera confirmar que ya no estaba a bordo cuando el Barco de Caoba desapareció.

Y si desapareció, ¿qué esperanza tendría la humanidad de encontrarlo?

Tomando una instantánea de las coordenadas del GPS, Sam buscó a los granjeros propietarios del terreno. No les iba a impresionar toda la atención que iba a recibir su tranquila parcela de tierra, ahora que el descubrimiento del Barco de Caoba se había convertido en noticia nacional.

Sam buscó al propietario registrado del terreno en el que se

encontraba el pozo de la mina y volvió a comprobar la fecha de compra.

¡No puedo creerlo!

Sam volvió a mirar los viejos papeles del terreno y del ayuntamiento. En la línea inferior estaba el nombre, Michael Rodríguez y la fecha de venta, 3 de diciembre de 1983.

Era la primera vez que su intuición se confirmaba. *Michael me ha estado mintiendo, pero ¿por qué?*

Los análisis metalúrgicos ya habían datado la moneda de oro original en el siglo XV, así que eso era verdad... y la propia madera también procedía del siglo XV. Así que, si era un engaño, Michael se había esforzado en preservarlo.

Marcó un número para ver si su intuición era correcta.

Sonó tres o cuatro veces y luego contestó una voz familiar.

—¡Aliana, es bueno oír tu voz!

—Samuel, pensé que me habías dejado por otra mujer...

—¡Nunca! —replicó Sam, y luego, rápido para ir al grano, dijo: —Aliana, tengo un problema y necesito aprovechar ese fantástico cerebro tuyo.

Repasó lo que sabía hasta la fecha, terminando con el hecho de que no tenía ninguna prueba de que todo el barco del tesoro hubiera sido un engaño, y tampoco se le ocurría ninguna razón por la que un hombre como Rodríguez quisiera hacerlo.

—Pero algo no está bien, y necesito tu ayuda para probarlo.

—Diles que quieres traerme como científico para informar sobre el hallazgo, para que la comunidad arqueológica en general lo considere legítimo —sugirió Aliana.

—Pero tú eres microbióloga. ¿Por qué te escucharían unos arqueólogos?

—Porque puedo datar los microbios que había en el casco de esa nave, y de dónde procedían.

—No había pensado en eso, por supuesto—. Sam la imaginó entre sus brazos y dijo: —Sabía que había una razón por la que te quería. Eres hermosa e increíblemente inteligente. ¿Cuándo puedes llegar?

—Haré las maletas ahora y puedo hacer que mi avión salga esta noche. No les gustará que les avise con tan poca antelación, pero por eso les pago su exorbitante tarifa de espera. Estaré allí mañana por la tarde, a tu hora. Será como en los viejos tiempos.

La mente de Sam volvió a la noche que habían pasado juntos en una caverna subterránea igual de fría, pero hermosa, cuando encontraron el último dirigible, el Magdalena.

—Te veré entonces. Aliana... y sí, te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, Samuel. Cuídate.

—Estoy bien. Michael no tiene motivos para hacerme daño. Simplemente no entiendo de qué va todo esto. Una parte de mí todavía espera que la nave fuera real... tal vez, él tenía una idea aproximada de dónde estaba y compró grandes tierras de cultivo, sólo para poder asegurar su descubrimiento.

—Me parece bastante inverosímil, pero pronto lo sabremos.

*

El teléfono de Sam parpadeó con un mensaje.

Lo abrió rápidamente, esperando que Aliana le hubiera enviado un mensaje adicional.

En su lugar, encontró un nombre de cuenta de correo electrónico gratuito en internet. Una de esas cuentas con una decena de números después de un nombre normal como «John», que suelen asociarse al spam robot. El mensaje no llevaba ningún nombre y, si hubiera intentado devolver la llamada, su proveedor de telefonía móvil le habría informado de que el número ya no estaba activo.

Encendió el portátil y tecleó el nombre de la cuenta en la página de inicio de sesión, seguido de una contraseña preestablecida.

Sólo había un mensaje esperándole.

Sam, he llevado tu moneda a un experto en numismática. La moneda es legítima. Pero hay un problema. Está en perfecto estado. Si se encontró en un cofre del tesoro, encerrado en una cueva, tal vez podría ser posible. Pero no bajo el agua en un río. Eso es imposible. Alguien te está mintiendo. Te sugiero que te cuides.

Elise.

Capítulo XIV

La extraña luz azul parecía reflejarse en el sarcófago y brillar directamente sobre él, haciéndolo resplandecer de un intenso color azul. Billie miró la imagen del Barco de Caoba en la pared. Podría haber sido cualquier barco de la Tierra, pero éste tenía ocho mástiles. En su cubierta estaban las sencillas marcas de los Maestros Constructores y junto a ellas, un cetro con el sol brillando en él.

Sus ojos bajaron mucho más y vio que Tom la miraba fijamente, respirando profundamente y todavía empuñando el martillo, listo para matar a un intruso. Entonces se dio cuenta de lo que ella estaba mirando, y dijo: —¿Es eso lo que creo que es?

—El Barco de Caoba.

—Lo que significa...—la comprensión cruzó su rostro y dijo—: Sam Reilly estuvo aquí hace un par de semanas y debe haberlo visto. ¿Por qué si no se habría ido, a menos que pensara que el último verdadero Maestro Constructor estaba en esa nave?

Billie asintió con la cabeza.

—Hay algo más que necesitas saber, Tom.

—¿Qué?

—Sam y tú no han sido los primeros en ver este lugar en los últimos mil años —le miró con expectación en los ojos—: ¿A quién más conoces que haya ido a buscar el Barco de Caoba?

—¡Michael Rodríguez! —Tom respondió al instante—. Por supuesto que sabía lo de la pirámide. Está explotando minas justo debajo. Debe de tener muchos geólogos que han investigado la zona. No me extraña que la explorara antes que nosotros y la dejara en paz: al no descubrir ningún valor real en su interior, no quería perder dinero identificando un yacimiento arqueológico justo encima de su mayor pozo minero.

—Así es, pero algo en esta foto le hizo querer meter a Sam Reilly en la ecuación.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que Rodríguez vio esta foto antes que nosotros?

—Porque la probabilidad de que un desastre oceánico atraiga a una de las cinco personas conocidas en el mundo que han oído hablar siquiera de los Maestros Constructores, y la única que se había dado cuenta de que el Barco de Caoba estaba conectado, es infinitamente pequeña. Pero que Rodríguez aparezca justo después de que Sam y tú hayan buceado en el yacimiento y le pida a Sam que le ayude con una

nueva pista sobre el Barco de Caoba, es sencillamente imposible.

—Tienes razón. ¿Pero con qué propósito podría un hombre como Rodríguez embaucar a Sam para explorar una tumba maya? Quiero decir, el hombre ya es rico, así que ¿qué podría llevarlo a tal artimaña?

—Debía necesitar la credibilidad que sólo Sam podía aportar a su descubrimiento del Barco de Caoba...

—Pero incluso eso no tiene sentido. ¿Qué podría ser tan valioso para él que necesitaría un engaño tan elaborado para arrastrar a Sam a él?

—No, dinero no, él ya lo tiene. Algo infinitamente más importante...

—¿Qué es más importante que el dinero para un hombre rico?

—Poder.

—¡Oh, mierda!

—¿Qué?

—Acabo de recordar dónde he visto a Rodríguez anteriormente... Sé exactamente por qué lo necesitaba... ¡Sam está cayendo en una trampa! ¡Vamos, tenemos que volver a la campana de buceo para que podamos hacer llegar un mensaje a Sam!

*

Sam salió de la caverna, solo en medio de la noche.

Sin que nadie se diera cuenta, se deslizó hasta el agua. Dejó que el scooter de buceo se sumergiera bajo la superficie, en silencio, hasta que estuvo a noventa metros a lo largo del túnel antes de encender el motor eléctrico.

Siguió el túnel durante más de una hora antes de llegar a él.

Mirando el casco del Barco de Caoba, sonrió. Habían hecho un trabajo excepcional para que la falsificación fuera excesivamente realista, pero se habían olvidado de una cosa muy sencilla.

La ciencia.

Los percebes muertos los delatarían. Sam cinceló el casco de madera, recogiendo fragmentos de la materia orgánica muerta en un recipiente de cristal. Luego se trasladó al interior y repitió el proceso. No fue hasta que excavó en la arena que enterraba el centro del barco que encontró una prueba inmediata.

Después de cavar a través de dos metros de arena blanda y seca,

Sam dio con algo duro. Quitó más arena, hasta que empezó a hacerse una idea de con qué se había topado. Pasó casi una hora antes de que pudiera verlo con claridad, y cuando lo hizo, supo que estaba en problemas.

Hormigón.

Toda la nave estaba atornillada a enormes bloques de hormigón, lo que confirmaba que toda su búsqueda había sido en vano o, peor aún, en beneficio de Michael Rodriguez. *¿Pero para qué*?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que le observaban.

—Rodríguez... —Sam se volvió hacia él.

El hombre echó a correr. Con la máscara de buceo y el equipo de submarinismo aún puestos, pudo sumergirse directamente por el agujero del casco.

Sam le persiguió, agarrando sólo su máscara de buceo e intentando bucear en apnea los casi diez metros hasta donde descansaban sus dos Seadoos en la arena.

Delante de él, el torbellino del sistema de propulsión del desconocido agitaba el agua con limo del lecho del río.

Sam podría haber vuelto al falso Barco de Caoba para coger el resto de su equipo, pero le llevaría demasiado tiempo. En lugar de eso, conectó el tubo de aire del Seadoo, se lo colocó directamente en la boca para respirar y siguió adelante.

El enmascarado ya le llevaba un par de minutos de ventaja.

Intentó por todos los medios atajar por las esquinas del túnel, pero también lo hizo el otro hombre. Cuando llegó a la plataforma de buceo de la Caverna de Caoba, Sam pudo ver que el hombre ya estaba subiendo al ascensor del pozo de la mina.

Mierda, llego tarde.

Sam subió lentamente la escalera y se colocó en la plataforma de inmersión. Treinta y pico pies por encima de él, ahora podía ver claramente a Michael Rodríguez a bordo del ascensor.

Michael detuvo el ascensor. —Lo siento, Sam. Eres un tipo estupendo, pero no ibas a dejarlo pasar, ¿verdad? Quiero decir, estaba deseando que obtuvieras todas las recompensas y elogios asociados a este descubrimiento. Carajo, podrías haberte quedado con el tesoro español. Nadie se habría dado cuenta de que yo lo planté todo aquí. ¿Sabes cuánto valen ochocientas monedas de oro españolas del siglo XV? Pero no, lo jodiste al descubrir la verdad, ¿no?

—¿Y cuál es la verdad? No entiendo, como tú dijiste, ¿el costo del

viejo tesoro español debe pesar más que cualquier posible beneficio de ser aclamado como el descubridor del Barco de Caoba? —Sam ya conocía su destino: iba a morir, pero necesitaba saber por qué. Y por cada minuto que mantuviera a su recién descubierto psicópata hablando, tendría una oportunidad de encontrar una solución.

—No, no… has estado viendo demasiadas películas de James Bond… esta no es la parte en la que el villano le cuenta a Bond sus malvados planes justo antes de dejarlo morir.

—Pero eso es lo que me vas a hacer, ¿no?

—¿Aquí? Sí… vas a tener que morir aquí.

—Entonces, ¿por qué no me lo dices? Hazme saber por qué voy a morir.

—Me caes bien, Sam. Fui sincero cuando te dije que podríamos ser grandes amigos, así que te contaré un secreto. Digamos que probando que el Barco de Caoba vino de España, puedo probar mi derecho de nacimiento a algo mucho más valioso que la mina más rica del mundo. Buen día, Sr. Reilly.

Dicho esto, Michael pulsó el botón verde del ascensor y desapareció por encima de él, dejando a Sam solo en la vasta caverna.

Capítulo XV

El aeropuerto de Bendigo tenía una sola pista, e incluso ésta era enteramente de tierra. Al final de la pista, mientras despegaba el pequeño avión de Regional Express, permanecía sola una mujer. Llevaba botas de montaña y parecía alta: 1.80 m como mínimo, con el pelo rubio y una figura esbelta.

Aliana se inquietó.

No era propio de ella, pero algo en su interior le decía que Sam tenía problemas.

Abandonada al final de la pista de tierra del aeropuerto rural, Aliana se preguntó si había tomado la decisión correcta cuando decidió no traer su jet privado. *No, nunca es buena idea enseñar la mano a un enemigo.* Había tomado prudentemente un vuelo de una compañía regional hasta la pequeña ciudad rural.

No era propio de ella preocuparse, pero tampoco lo era de Sam olvidarse de ella. No había razón para pensar lo peor: Michael había solicitado específicamente la ayuda de Sam. Pasara lo que pasara, el hombre había querido a Sam. Aún así, no pudo evitar recordar las últimas palabras que Sam le había dicho: *alguien está mintiendo, sólo que no sé por qué.*

Cuando oscureció, Aliana llamó al teléfono de Sam por quinta vez y alguien lo cogió.

—Hola, teléfono de Sam Reilly —la voz del hombre era segura, como alguien acostumbrado a estar al mando.

—Hola, ¿puedo hablar con Sam?

Le pareció oír al hombre suspirar al otro lado. —Lo siento, ¿cómo dijo que se llamaba?

—Aliana. Se suponía que iba a venir a Bendigo para ayudar a Sam con su proyecto.

—El hombre al otro lado del teléfono suspiró de nuevo. —Tú debes ser su novia. Siento mucho decirte esto... Sam ha tenido un accidente.

—¡Sam está muerto!

—No, no, esperamos que no. Tuvimos un derrumbe, y Sam estaba en el lado equivocado del túnel en ese momento. Tenemos un equipo trabajando día y noche para remover los escombros. Todos confiamos en que estará bien. Yo no volaría aquí hasta que todo esté resuelto. Podría llevarnos unos días, eso es todo. ¿Cuándo pensabas venir?

—Ya lo hice—.

—¿Sí? Dios mío, deberías habérmelo dicho. Iré yo mismo al aeropuerto a recogerte.

Aliana sintió algo incómodo en el estómago y respondió: —No pasa nada. Debes de estar muy ocupado. Quizá debería coger una habitación en un motel y esperar a que me digan que Sam está bien.

—De ninguna manera. Nada de eso. Estaré en el aeropuerto en media hora. Espérame ahí.

*

El gran Mercedes plateado de seis ruedas se detuvo junto a la entrada del aeropuerto. A pesar del ostentoso vehículo, el hombre que se apeó le pareció a Aliana un honrado trabajador minero con los pies en la tierra. Llevaba unos pantalones vaqueros sin etiqueta, un polo y unas botas resistentes. La única señal de su origen multimillonario era el Rolex que llevaba en la muñeca, pero incluso eso podría haber sido una falsificación.

—¿Aliana Wolfgang? —el hombre preguntó cortésmente.

—Esa soy yo —sonrió.

—Michael Rodriguez —le ofreció la mano y luego dijo: —Siento mucho que hayas tenido que enterarte de lo de Sam de esta manera. Todos esperamos tenerlo fuera en los próximos días. No te preocupes: tiene un montón de suministros en el túnel. Estará bien, sólo ten cuidado.

Aliana le estrechó la mano y subió al pequeño camión. Michael comenzó a conducir hacia el sur y fuera de la ciudad. Los dos hablaron de camino a la mina, y ella no tardó en sentirse cómoda con él. Había algo en Rodríguez que le inspiraba confianza. A pesar de lo que Sam había descubierto sobre el Barco de Caoba, parecía un hombre íntegro. Entendía por qué Sam no podía explicarse lo de la mentira.

Una vez que llegaron a la entrada de la mina, Michael le mostró en el mapa del túnel dónde estaba exactamente el derrumbe y qué estaban haciendo para liberarlo.

Aliana preguntó: —¿Puedo hacer algo para ayudar?

—No hay nada más que hacer, me temo. Mis hombres lo tienen bajo control y deberían sacarlo en las próximas cuatro o cinco horas. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, mientras esperas?

Aliana le miró a la cara. Era amable y tranquilizador. —No,

gracias. Tengo parte de la información que me proporcionó Sam sobre tu descubrimiento del Barco de Caoba, me gustaría echarle un vistazo mientras espero. ¿Hay algún sitio donde pueda enchufar mi portátil?

—Por supuesto, haré que uno de mis hombres libere algo de espacio en la tienda.

—Gracias —Aliana le miró un momento más y luego dijo—: De verdad. Por todo. Gracias.

Michael tomó su mano entre las suyas y respondió: —De nada. Esto acabará antes de que te des cuenta.

Las horas pasaron rápidamente mientras Aliana hacía una lista de preguntas para hacerle a Sam en relación con el Barco de Caoba. Parecía haber más discrepancias en los detalles del hallazgo de lo que ella se había dado cuenta al principio, y empezaba a preguntarse si había algo de verdad en lo que Sam le había dicho.

¿Quizás Michael no es del todo lo que parece?

A las once de la noche, Michael entró en su tienda y le dijo: —Mira, estamos haciendo todo lo que podemos y mi equipo seguirá haciéndolo durante toda la noche, pero parece que tardaremos mucho más de lo que habíamos previsto. Te he preparado una habitación en un motel de la zona. ¿Por qué no pasas la noche allí?

—Me gustaría ayudar —insistió.

—Seguro que sí, pero en este momento poco se puede hacer. Vendré a recogerte a primera hora de la mañana.

Odiaba pensar en ello, pero sabía que él tenía razón. No se ganaba nada esperando al lado del túnel. —Vale, claro... pero prométeme que me llamarás en cuanto acabes.

—Por supuesto.

Michael insistió en llevarla él mismo a la ciudad. Cuando se fue, ella cenó algo sencillo y se relajó en la bañera. A pesar de estar en su propio jet privado, el largo vuelo y el reciente conocimiento del accidente de Sam habían hecho mella en su cuerpo.

Decidió acostarse pronto. Apenas había apoyado la cabeza en la incómoda almohada cuando se dio la vuelta dos veces y se quedó profundamente dormida.

Y entonces llamaron a la puerta.

Aliana corrió la cortina y abrió la puerta. Se detuvo un segundo antes de abrazar al hombre que estaba al otro lado.

—¡Sr. Reilly, no puedo creer que esté aquí!

El hombre la rodeó con sus fuertes brazos, consolándola, y luego replicó: —Llámame James, cariño. Eres la primera chica que Sam ha traído a ver a su viejo. Eso te convierte prácticamente en familia.

*

Aliana se apartó y volvió a mirar la cara del hombre. Aunque podía imaginar que tenía una vena despiadada, ahora la miraba con amabilidad. James compartía los mismos penetrantes ojos azul grisáceo y la sonrisa confiada que ella reconocía en Sam.

—Me alegra tanto verte. Creo que Sam está en problemas.

James le sonrió amablemente y le dijo: —¿Qué tal si entro y me dices qué haces aquí?

Le explicó todo lo que había pasado y terminó contándole lo del derrumbe de la mina. Le contó que Michael se había portado muy bien con ella, pero que le preocupaba que no dijera toda la verdad sobre todo lo que estaba haciendo para ayudar a Sam a sobrevivir.

—¿Te dijeron que ahí es donde el pozo de la mina de Sam se había derrumbado? —preguntó James.

—Sí, llevan doce horas trabajando frenéticamente para intentar localizarle, en un lugar a unos 16 kilómetros al sur de la ciudad.

—Realmente, es gracioso. Hubiera pensado que tendrían más suerte haciendo un túnel donde lo dejaron.

—¿Qué quieres decir con que lo dejaron? —Aliana casi gritó las palabras. Luego, tanteando un mapa en la mesa frente a ella, dijo: —Aquí fue donde desapareció.

—No fue así… ese lugar está a más de veinte kilómetros, donde lo dejaron.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Mira, mi hijo puede ser un imbécil santurrón y altruista a veces, sin preocuparse de sí mismo ni de la fortuna familiar. Pero estúpido, ciertamente no es. Él y yo buscamos el Barco de Caoba hace años. Estuvimos muy cerca de encontrarlo. Sam supo de inmediato, que Michael estaba mintiendo, pero esperaba que de alguna manera nos habíamos perdido algo hace años. En cualquier caso, nunca confió en Michael, así que dejó una baliza GPS en la entrada del pozo de la mina y me pidió que vigilara. Poseo varios satélites para ese tipo de espionaje…

—Entonces, si Sam no está atrapado en el pozo de la mina donde Michael me llevó, ¿qué le pasó?

—Eso, no lo sé —James sacó un gran smartphone de su bolsillo y pulsó en una aplicación de GPS—. Aquí, esto es lo que el pozo de la mina donde Sam ha estado trabajando al parecer hace tres días.

A primera vista, Aliana pensó que parecía más bien la entrada a un refugio antiaéreo, vestigio de la Guerra Fría.

—Y, esto es lo que aparece ahora.

La imagen mostraba claramente una pequeña montaña con el suelo despejado, y ninguna evidencia de lo que una vez fue la entrada al pozo de la mina.

—Entonces, ¿estás diciendo que lo más probable es que hayan arrasado la entrada a uno de los mayores sistemas de cuevas de agua subterráneas de Australia, mientras él estaba en las profundidades?

—Sí.

La sonrisa habitualmente despreocupada de Aliana estaba cabizbaja.

—Yo no me preocuparía demasiado —dijo James, consolándola con sus brazos—. Creo que descubrirás que mi Sam es mucho más difícil de matar que eso, y un experto buceador de cuevas, encontrará otra salida, o al menos se las arreglará para mantenerse con vida hasta que podamos hacer una.

James, se dio cuenta, nunca parecía demasiado preocupado por su hijo. Pero el mero hecho de que estuviera aquí demostraba que lo quería mucho y que estaba dispuesto a hacer todo lo necesario para protegerlo.

—Todavía no entiendo por qué Rodríguez querría hacerle daño a Sam. Quiero decir, fue Sam quien demostró que había descubierto el lugar de descanso final del Barco de Caoba...

—Sólo que no lo hizo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con que no lo hizo? —ella jugueteaba con una taza de café—. Encontró el oro español, y todo el carbono fechado en el siglo XV.

—No sé de dónde vino el oro español: probablemente fue un ejercicio de engaño hábilmente ejecutado y costoso, y con qué propósito, aún no lo sé. Sin embargo, sé que el Barco de Caoba no se asentó cerca de este lugar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque Sam y yo una vez la buscamos juntos, y eso no está ni cerca de donde estaba.

—¿Así que lo encontraron?

—No, pero tengo un relato preciso del viaje de un tal Sr. Jack Robertson, que sobrevivió al hundimiento del Emily Rose en 1812. Fueron los primeros colonos en descubrir el Barco de Caoba, y su viaje desde Warrnambool a Sydney Cove nunca se acercó a Bendigo.

Interrumpió Aliana. —Sí, pero todo eso es de dominio público. Lo que no se sabe es dónde, exactamente, avistaron el Barco de Caoba.

—Como iba diciendo, Aliana... —James comenzó pacientemente, como si le hablara a una niña pequeña—. Tengo un relato preciso del viaje del señor Jack Robertson. En él, hay una descripción muy específica y detallada de la ruta que siguieron, e incluso la longitud y latitud en la que se encontraban cuando avistaron ese maldito barco.

—¿Así que sabes dónde está?

—Mi querida Dra. Wolfgang, esto puede llevarme algún tiempo explicarlo si sigue interrumpiendo.

—Lo siento, James. Continúa.

—No, sólo tenemos el lugar donde estaba el grupo de supervivientes cuando vieron por primera vez el Barco de Caoba. Sam y yo llegamos al lugar, pero todos los restos del Barco de Caoba que quedaban cerca habían sido destruidos, quemados o eliminados por completo. El barco en sí, aunque interesante, me preocupaba poco. Era lo que transportaba lo que me había despertado un interés especial.

—¿Qué llevaba? —preguntó Aliana, más confundida ahora de lo que había estado cuando empezó a hablar con Sam sobre la posibilidad de que el Barco de Caoba fuera un gigantesco y caro engaño.

—Un poderoso cetro, llamado «El Arca de la Luz», que, según la leyenda, tenía la capacidad de enfocar la luz solar natural con extrema precisión, o «Atrapar a Ra, el Dios Sol» para que destruyera a los enemigos. El quid de la cuestión es que el Arca era un arma muy poderosa.

—¿Y eso era lo que buscabas?

—Sí, y creo que también es la razón más probable por la que nuestro amigo Michael Rodríguez ha llegado tan lejos para traernos a todos aquí.

Aliana quería gritar de frustración.

Cada respuesta parecía llevar a más preguntas.

—¿Por qué Michael, un multimillonario, querría un arma antigua?

James sonrió ante la simple pregunta, y ofreció la posible explicación: —Porque es un arma muy buena.

—Eso es mentira. Un hombre como Rodríguez podía permitirse su propio Ejército, Armada y Fuerza Aérea. Así que, ¿por qué iba a preocuparse por un arma que tenía la capacidad de destruir cosas con rayos y fuego?

—Porque, según cuenta la leyenda, además de ser un arma tremenda, el Arca de la Luz, cuando se sostenía en la cima de la Pirámide de Giza al mediodía del solsticio de invierno, apuntaba directamente a La Tumba del Conocimiento. Un lugar sepultado por el paso de varias Eras Glaciales, del que se ha dicho que fue creado por el mismo Dios, como medio para almacenar todo el conocimiento del hombre.

Estudió su rostro. Era apasionado hasta el punto de la obsesión. —¿Y por qué quieres encontrar un lugar así?

—Porque el conocimiento, querida, es poder. Y el poder, como cualquier droga, nunca parece ser suficiente.

Aliana sacudió la cabeza, asombrada.

Podía ver tanto de Sam en este anciano, a pesar de su aflicción por una serie de vicios, incluyendo, entre otros, la avaricia, la lujuria y la desalineación grandiosa. Sin embargo, tenía el mismo aspecto atractivo en un estilo pícaro que su hijo, y un encanto que era difícil no disfrutar.

—Vale, entonces si Rodríguez está detrás del Arca, ¿por qué arrastrarte a ti y a Sam a ello?

—Eso es simple. Necesita lo que tenemos, para encontrarlo.

—¿Y qué tienes?

—Un mapa de dónde fue llevado el cetro después de salir del Barco de Caoba.

—¿Hablas en serio? ¿Tienes un mapa así? ¿Por qué no lo usaste desde el principio, encontraste el estúpido cetro y fuiste a conseguir tu poder ilimitado?

—Porque hay una trampa...

—Claro que la hay —Aliana decidió que no había conocido a una persona más exasperante.

—El mapa muestra el cetro enterrado en una cueva a 15 kilómetros exactamente, al norte de donde fue abandonado el Barco de Caoba. Hay otros marcadores utilizados para identificar el tesoro, pero el más importante de todos es la ubicación exacta del Barco de

Caoba. El Sr. Robertson se aseguró de que nunca se encontrara por accidente, y cuando regresó para recuperar el Arca, intentó destruir el barco quemándolo. Años más tarde, cuando otros se toparon con el barco, lo encontraron ennegrecido: de ahí la presunción errónea de que el barco estaba construido con caoba oscura.

—Entonces, si el Sr. Robertson regresó por el Arca, ¿no estaría ahora en otro lugar?

—No. Verás, por suerte para ti y para mí, Jack Robertson tenía un pasado bastante criminal. Y estaba a punto de pagar por un crimen que había cometido más de veinte años antes, cuando aún vivía en Inglaterra —dijo James—. La historia cuenta que Jack, antaño salteador de caminos y asesino, había sido pagado por lord Dickson Mills, uno de los hombres más ricos de Inglaterra a principios del siglo XIX, para asesinar a su esposa, Mary, de quien sospechaba que había tenido una aventura. Sólo cuando Jack disparó a la mujer, a sangre fría, se dio cuenta de que había entrado en la habitación equivocada y estuvo a punto de matar a la hija del hombre, Lady Rose. Como un tonto, se había quedado para intentar salvar la vida de la joven, hasta que alguien llegó y se vio obligado a huir para salvar su vida.

—Vaya historia. ¿Por eso se fue a Australia, para escapar?

—Sí, antes de ser ahorcado. Cuando se fue a bordo del Emily Rose, lo siguió un hombre llamado John Langham. Este era el hombre que tenía una aventura con Lady Mary Mills. Sintiéndose responsable, el hombre había hecho un voto para dar caza al hombre y llevarlo ante la justicia, y la justicia significaba la muerte. A través de acontecimientos desconocidos e improbables, Jack Robertson, John Langham y Dawson Mills, el único hijo de Lord Mill, fueron los tres únicos supervivientes del naufragio del Emily Rose que llegarían a Sydney Cove. De los tres, sólo John se dio cuenta de su extraña conexión pasada. En su lecho de muerte, escribió a Rose pidiéndole perdón por haber faltado a su promesa de vengarla, y describiendo cómo había llegado a perdonar al hombre que la había herido.

—¿Lady Rose fue menos que indulgente?

—Exactamente, a Lady Rose, ya mayor, y habiendo sobrevivido a sus padres y a su hermano, no le quedaba en la vida otra cosa que matar al hombre que, según imaginaba, se los había arrebatado a todos. Habiendo heredado una fortuna, se embarcó hacia la Australia de los niños abandonados, y siguió a Jack hasta que alcanzó su tesoro. Allí, lo mató. En un extraño capricho, Jack había cortado la balsa que albergaba el Arca y había dejado que el tesoro desapareciera en el túnel para siempre.

Aliana, absorta por la triste historia, levantó la vista y preguntó:

—¿Cómo has llegado a conocer tanta historia?

—Porque Lady Rose miró el mapa del tesoro que Jack llevaba consigo. Tres piezas de cuero, cosidas y marcadas con los nombres de John, Jack y Dawson: los tres nombres de los supervivientes del Emily Rose. Hombres cuyas vidas estaban destinadas a entrelazarse en el amor y el odio. No se lo podía creer. Se lo llevó a casa y nunca se lo contó a nadie, hasta que, en su lecho de muerte, lo escribió todo, incluido el mapa.

—Pero ¿cómo te has enterado?

James abrió entonces una carpeta de plástico, que mostraba el viejo mapa, desgastado, pero aún intacto. —Este mapa lo encontró mi tatarabuela, después de matar a Jack Robertson.

*

Sonó el teléfono de Aliana.

Lo miró, era un número privado, y contestó: —Aquí Aliana.

—¡Aliana, acabamos de sacar a Sam! —reconoció la voz de Rodríguez—. Voy ahora mismo a recogerte.

—¡Genial! Gracias.

Aliana miró entonces a James: —Entonces, ¿cómo quieres hacerlo?

James cogió las llaves de un viejo y destartalado Holden Utility. —Vamos, mejor te llevo a mi casa.

*

James empezaba a disfrutar de su nuevo coche, un Holden Utility de los años setenta. Mucho menos llamativo de lo que estaba acostumbrado, se fabricó antes de que las Agencias de Protección Medioambiental se hicieran con el control de la industria automovilística, y venía equipado con un motor de gasolina de 8 cilindros, 6 litros y plomo: todo potencia y nada de manejabilidad.

Sam, sabía, lo odiaría.

A unos quince kilómetros de la ciudad, se bajó para abrir el portón y poder entrar en la granja donde se alojaba. Una vieja granja de 1890 descansaba en la colina al final del camino de tierra. Su tejado, de chapa ondulada oxidada, y sus paredes construidas con rocas y madera, evidentemente habían visto días mejores. No le cabía duda de que era la primera que alquilaba en más de una década. James miró a Aliana: —Esta es mi casa.

—¿Te has quedado aquí?

—Por supuesto. ¿Por qué, no crees que puedo hacerlo?

—Claro, no dudo que podrías, pero no es tu estilo normal, ¿no? —dijo.

James se rio. —Mi hijo te ha hablado un poco de mí, ¿verdad? —ella asintió con la cabeza—. Bueno, puede que me guste un estilo de vida algo decadente, pero te sorprendería lo que he vivido para llegar hasta aquí.

A juzgar por su cara, James pensó que lo más probable era que Aliana se hubiera quedado muy sorprendida. Aparcó el coche y los dos subieron los viejos escalones de arenisca y entraron en la casa.

En el interior, la casa parecía completamente deshabitada. Los muebles seguían tapados y todo parecía cubierto de polvo.

James abrió su portátil y dijo: —Aquí está la imagen de satélite actual de la entrada a la mina.

La escotilla de acero, vista en imágenes anteriores, estaba ahora cubierta de tierra y sobre ella se había echado hierba fresca, haciéndola literalmente desaparecer.

—Al menos han dejado el lugar en paz —dijo, con voz suave—. Deberíamos poder pasar fácilmente. Nunca habrían llenado el agujero. Michael querrá volver por su oro, en algún momento: no debería ser demasiado difícil encontrarlo.

—No te emociones demasiado. Mira allí —James señaló el vehículo blindado de patrulla camuflado, casi enterrado en una zanja a no más de quince metros de la entrada del pozo.

Sus ojos estaban abatidos, pero no vencidos.

—¿Qué esperabas? Michael tiene más de diez millones de dólares en oro español ahí abajo. No se lo va a dejar a cualquiera.

—¿Y ahora qué? ¿Podemos destruir ese APC?

—Podríamos hacerlo… —James sonrió, como si realmente lo estuviera considerando—. Creo que tengo una idea mejor, una que no nos delatará tanto. Una victoria lenta a veces es más satisfactoria.

—¿Y qué es?

—Vamos a rescatar a mi hijo, y luego vamos a robar el tesoro de Michael.

—Eso quería escuchar…

—Y después de eso, vamos a hacer que Michael pague ganándole a su ambición.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Localizando el verdadero Barco de Caoba.

Alana miró el mapa topográfico de los alrededores. —Ese túnel está a casi doscientos metros bajo la superficie, vamos a necesitar mucho más equipo para rescatar a Sam...

—Eso ya está hecho.

—¿Cuál es tu plan?

En ese momento, el alféizar de la ventana empezó a vibrar al temblar el suelo y, a pesar del cielo azul pálido del exterior, se oyó el sonido de un trueno.

James sonrió y salió.

Un enorme helicóptero militar se acercó, los rotores gemelos del Chinook convirtieron la tierra seca en una tormenta de polvo.

—Y aquí vienen nuestros refuerzos.

*

Tom apagó el motor y salió despreocupadamente del helicóptero. Miró a James Reilly sentado en el porche delantero de una gran casa antigua, con una cerveza local en la mano y una hermosa rubia a su lado. El anciano tenía una sonrisa en la cara que irradiaba puro placer. Podía ser la compañía de la hermosa mujer que tenía a su lado o el hecho de que, por primera vez en años, se encontraba en una aventura con auténtico valor.

Tom tardó un segundo en reconocer a la impresionante criatura como Aliana. No esperaba que estuviera allí. Nadie le había dicho que ella supiera nada de esto.

—Me alegro de volver a verte, Aliana —dijo Tom, mientras la besaba en la mejilla.

Envolviéndole con su largo y esbelto cuerpo en un sólido abrazo, le respondió: —No sabes cuánto me alegro de verte aquí. Gracias por venir.

—De nada. Si hubiera sabido que estabas atrapada aquí, sola con este hombre, habría venido a rescatarte antes.

—Oye, no creas ni por un segundo que no te escucho, Tom —dijo James— ¿Quieres una cerveza?

—Sólo estoy bromeando, James. Claro, acepto la cerveza —Tom sonrió maliciosamente— ¿Has encontrado a Sam, ya?

Esto es lo que queda del pozo, y esta es una imagen a casi ochenta

kilómetros, donde dicen que estaban trabajando cuando Sam desapareció. Por lo tanto, es seguro decir que aquí es donde está —dijo señalando la escotilla ahora oculta—. Lo que no sabemos es cómo vamos a sacarlo de ahí.

—En mi vuelo desde Los Ángeles, tuve tiempo de mirar los mapas de los túneles que Sam ya había hecho. Luego los he superpuesto con el terreno de arriba, basándome en este mapa topográfico —Tom abrió las imágenes por satélite de los paisajes circundantes—. Como puedes ver, hay muy poco en la forma de ríos sobre la tierra en cualquier lugar cerca de aquí, pero si viajas 96 kilómetros, se puede ver que el río Dharuk fluye durante cientos de kilómetros y luego parece simplemente desaparecer al lado de una montaña. Como todos sabemos, los ríos tienen que ir a alguna parte. Cuando miras los mapas subterráneos de Sam, puedes ver que este tercer túnel, el más grande de los cinco cursos de agua subterráneos mapeados que ha explorado, parece seguir viniendo del norte. Eso es a menos de veinte kilómetros del final de donde llegó su búsqueda inicial.

—Aún no tenemos forma de saber si esos dos ríos son el mismo —señaló James.

—No estoy seguro, pero mira esto—. Tom pulsó otro botón y una tercera imagen se unió a las demás. Ésta se había creado utilizando un software de predicción, diseñado para determinar los tamaños futuros del flujo de agua, basándose en el tamaño y la fuerza anteriores.

—¡Son el mismo río! —Aliana estuvo de acuerdo.

—O eso, o un vecino muy cercano —reconoció James.

—Sólo una pregunta —dijo Aliana.

—¿Cuál? —Tom respondió.

—¿Cómo vamos a salvar esa brecha de 16 kilómetros?

—Eso es sencillo... No estaba seguro de qué tan lejos íbamos, así que traje el TOPO.

Capítulo XVI

El pequeño equipo llegó a la orilla del río Dharuk a primera hora de la mañana siguiente. Aliana observó cómo Tom sacaba el TOPO de la parte trasera del enorme helicóptero. Para ella, se parecía más a algo que dibujaría un niño para resaltar una mala historia de ciencia ficción o la portada de un cómic de los años ochenta. En la parte delantera del vehículo, un gran dispositivo tunelador le daba el extraño aspecto de la nariz de un topo, mientras que las grandes orugas del tanque, que llegaban a la misma distancia por debajo y por encima de la máquina, le daban la apariencia de tener garras. Dos ventanas construidas en el interior de las orugas de los tanques eran los únicos indicios de que la gente podría caber dentro de la máquina.

A Aliana le sorprendió lo silencioso que era, ya que funcionaba con energía eléctrica para su uso bajo el agua. Tom le informó entonces de que el aparato era capaz de flotar y sumergirse en el agua, y podía hacer túneles a través de grandes cantidades de roca.

—¿Qué piensas de mi chica? —Tom preguntó.

—Diría, por su aspecto, que tienes un gusto interesante por las mujeres.

Tom desbloqueó y luego abrió el maletero del TOPO. Apareció una pequeña armería, que incluía explosivos plásticos y cuatro pistolas de gran potencia equipadas con silenciadores.

La ceja izquierda de James se alzó sorprendida: —Llevas a mi chico a muchos viajes de buceo, ¿verdad?

—No iba a correr ningún riesgo, esta vez.

James sacó la primera Glock, le quitó el silenciador, vació el cartucho y volvió a colocar las balas, antes de volver a montarla hábilmente. —Parece que está bien—. Luego apuntó a una vieja lata, a doce metros de distancia, y disparó cinco veces. —Parece que dispara recto —dijo.

Tom caminó hacia los restos de la vieja lata oxidada. Había cuatro agujeros, todos en un grupo de no más de un par de pulgadas en total. —Cuatro de cinco no está mal, James —dijo Tom—. Estoy impresionado.

James se acercó con confianza y le arrebató la lata de la mano. Sosteniéndola a la luz del sol, señaló que el quinto disparo estaba tan cerca del cuarto que casi había atravesado exactamente el mismo orificio; la más pequeña de las marcas en el lateral del orificio indicaba que había sido alcanzado por la quinta bala.

—Cinco de cinco. Espera a que le diga a Sam que su viejo es mejor tirador. Sabes disparar, eso es seguro —dijo Tom.

James arrugó la cara, como si estuviera dispuesto a pegarle a alguien.

—Claro que sé disparar. He sido un republicano dedicado toda mi vida —respondió James, como si eso lo explicara todo.

—Hablando de armas, ¿qué sabes de Billie? —preguntó Tom.

—¿Billie?

—Billie Swan. La arqueóloga marina.

—¡Ah, Bill! Ella y Sam tienen una historia...

—¿Quieres decir que salieron?

—No, es mucho más complejo que eso. Con las citas a veces tienes la posibilidad de casarte un día y, con suerte, divorciarte más tarde. Lo que Billie y Sam tienen es algo más definitivo. ¿Por qué lo preguntas?

—Llevó una pistola de alta potencia y un silenciador al yacimiento maya que descubrimos en el Golfo de México.

James sonrió. —Siempre me cayó bien esa chica.

—Sí, bueno, ella decidió no matarme, así que la pregunta es, ¿por qué la llevó?

—Tengo alguna idea, pero creo que Sam podría explicarlo mejor.

Aliana se levantó del tronco en el que estaba sentada. Con una manzana a medio comer en la mano, Aliana decidió que ya había oído suficiente. —¿Vamos a ir a buscar a Sam o vamos a esperar hablando de él?

—Buen punto, Aliana —dijo James—, Rodríguez y sus hombres podrían bajar por el pozo de la mina, en cualquier momento, habiendo probablemente adivinado que estabas tras él.

—Genial —dijo Tom, sacando un lanzacohetes de la parte trasera del topo—. Así que podemos esperar compañía ahí abajo.

*

El pesado TOPO flotaba sorprendentemente bien, teniendo en cuenta que se parecía más a un tanque que a un barco. A lo largo de la pared de acero frontal, dos monitores mostraban tanto las imágenes digitales del exterior como si se tratara de un parabrisas, y al otro lado, imágenes de radar y sonar de alta frecuencia.

Tom dirigió hábilmente la nave utilizando los pedales, como los de un avión, con los pies para mover el timón que se arrastraba detrás de la nave. Cada mano empuñaba el acelerador individual que controlaba las orugas izquierda y derecha del tanque.

—¿Todo el mundo lleva puesto el cinturón de seguridad? —preguntó.

Aliana volvió a comprobar su cinturón de seguridad de cinco puntos y luego dijo: —¿Esperas que los necesitemos?

Tom sonríe tranquilizadoramente. —Para nada, sólo un tipo seguro, eso es todo.

El ritmo del río aumentó a medida que el TOPO se acercaba a la abertura del sistema de cuevas. Sentada junto a Tom, Aliana se inclinó hacia delante y preguntó: —¿Qué tan seguro estás de que no estamos a punto de caer por una especie de cascada?

James le agarró el hombro por detrás y le dijo cariñosamente: —Ah, no lo sé, pero es improbable, ¿no te parece, Tom?

—Tranquila, Aliana. He tenido en cuenta las posibles diferencias de profundidad del río. Hay menos de tres metros de movimiento entre este río y el sistema fluvial subterráneo del mapa de Sam —dijo Tom.

—¿Y si nos equivocamos al decir que estos dos ríos son el mismo?

—Entonces, estamos en problemas —dijo James, sardónicamente.

Tom puso las orugas del tanque marcha atrás, ralentizando su avance río abajo hasta alcanzar una marcha lenta y dijo: —No te preocupes, estaremos a salvo.

Al entrar en el oscuro sistema de cuevas, Tom encendió los enormes LED superiores, inundando toda la zona de luz. Pequeñas ondulaciones revoloteaban donde el río se acercaba al final de la gran cueva, antes de doblar una ligera esquina y desaparecer en un mundo desconocido.

Avanzando a paso de tortuga, Tom tenía la ominosa sensación de saber hacia dónde desaparecía el agua al final del túnel. —¿Alguien quiere adivinar a dónde acaba de ir el río?

Pudo ver el blanco de los nudillos de Aliana mientras agarraba con fuerza la barra de estabilidad que tenía delante. —¡Tengo una idea que no me va a gustar!

Y entonces el TOPO se tambaleó hacia delante, al entrar en el primer grupo de rápidos.

Saltando los rápidos más pequeños a medida que se acercaban al

final del túnel y cortando los más grandes, la corriente aumentó considerablemente de velocidad, hasta que Tom se vio obligado a dejar las orugas del tanque en ralentí. Las orugas ya no eran capaces de producir la fuerza suficiente para superar la corriente del río, dejándoles saltar río abajo, casi sin control, como una pesada balsa.

Al final del río, el túnel giró bruscamente a la izquierda y el viaje se volvió más violento, ya que todo el río se volvió blanco de espuma, haciendo que el TOPO se balanceara arriba y abajo en rápidos de hasta metro y medio de altura.

En su punto más estrecho, el río se precipitaba por el interior de la montaña. —Aquí viene la cascada que estabas preguntando —dijo Tom—. ¡Agárrense!

El TOPO cayó metro y medio en la primera piscina de rocas con un chapoteo gigantesco mientras toda la nave se sumergía antes de volver a salir a la superficie.

Por la ventana de su izquierda, Tom pudo ver que el TOPO apenas flotaba sobre la superficie de la cal. Flotó allí durante unos segundos, empujado ligeramente hacia atrás por la corriente de agua que entraba detrás de ellos, antes de quedar atrapado en el sistema hidráulico descendente del río y ser arrastrado hasta el siguiente saliente.

James se rio, como un niño en una atracción: —¡Ya estamos otra vez!

El TOPO cayó del segundo a otra poza de rocas. Esta vez, la corriente antinatural del gran río lo hizo girar en el sentido de las agujas del reloj.

A la quinta revolución, se estrellaron contra la roca del borde del estanque. En un instante, Tom empujó los dos aceleradores hacia delante, haciendo girar las orugas del tanque, hasta que encontraron tracción en la roca y enviaron al TOPO disparado hacia arriba y por encima de la siguiente caída.

Tom sintió que todo el contenido de su estómago le llegaba a la cabeza, mientras se lanzaban en picado a la profunda piscina de agua situada al menos tres metros más abajo.

Al chocar con las aguas profundas, la gigantesca nariz perforadora del TOPO actuó como las manos de un buzo de altura al romper la tensión superficial, antes de sumergirse casi seis metros más abajo.

El TOPO volvió a asomar la cabeza por encima del agua y empezó a descender suavemente por el río a un ritmo pausado. James se desabrochó el cinturón de seguridad, riendo como un demonio

mientras se inclinaba hacia delante, y dijo: —Ha sido muy divertido. Vamos a repetirlo.

Tom sacudió la cabeza, asombrado. Algunas personas ni siquiera saben cuándo asustarse. Aliana, por su parte, parecía que iba a vomitar sobre el TOPO, pero se obligaba a sí misma a sentarse y a observar lo que le rodeaba.

—¿Cómo estás? —dijo mirándola.

—Bien... ¿Hemos terminado ya con la montaña rusa?

—Casi. Según esto, deberíamos estar a punto de encontrarnos con la parte del río donde Sam ha inspeccionado —el río, que ahora avanzaba gradualmente sin ondulaciones ni olas violentas, parecía no tener fin— ¿Es este un ritmo más agradable para ti?

—Mucho, gracias —respondió ella.

Tom dejó las orugas girando lentamente en un impulso hacia delante, lo justo para mantenerlas orientadas hacia delante mientras se deslizaban río abajo.

Más adelante, el río parecía cesar.

Pero los ríos nunca terminan en un túnel, sino en el océano o en grandes lagos interiores.

—¿Alguien puede ver a dónde va el río después de esto?

James volvió a abrocharse el cinturón de seguridad despreocupadamente. —¿Pensé que habías dicho que tenías un mapa?

—Puede que se equivocara un poco —respondió Tom.

—¿Qué tanto? —preguntó Aliana, preocupada porque, aunque no había ondas, la corriente parecía aumentar de nuevo.

—Lo suficientemente para tener solo una conjetura de dónde esta agua está desapareciendo.

Se acercaban al final del río, y el caudal era rápido, como cuando está a punto de caer por el borde de algo.

Tom reconoció ahora el sonido distante de un trueno constante más adelante.

—Esperen.

Justo antes de caer por el extremo del río hacia lo desconocido de abajo, Tom tiró de una palanca situada sobre su cabeza y las compuertas del lastre de aire se abrieron por completo. El pesado TOPO se hundió como una piedra gigante mientras él volvía a empujar los aceleradores a fondo.

Abajo, el TOPO se sumergió. Delante de él, Tom leyó el indicador de profundidad llegar a veinte metros, antes de ver lo que estaba buscando.

En la base del profundo túnel apareció una abertura, demasiado pequeña para albergar la inmensidad del río. Allí, la mayor parte del agua caía por encima de la gran pared rocosa, mientras que una parte seguía fluyendo por debajo.

Las orugas del tanque alcanzaron el fondo de grava con una sacudida y dieron una patada al TOPO, que empezó a avanzar por el fondo del río.

—¡Piensa! —Tom dijo, mientras alineaba ambas orugas del tanque para conducir directamente a través del agujero.

Se oyó un ruido sordo cuando las orugas del tanque del TOPO atravesaron el borde rocoso de la abertura, y luego salieron por el otro lado. Por encima de ellos, el sonido de la cascada, ahora en su lado de la roca de veinte metros, todavía podía oírse martilleando el agua por encima de ellos.

Tom condujo con confianza a lo largo del sistema fluvial ahora completamente sumergido. —Ah, ahora, estamos en el mismo río subterráneo que Sam mapeó antes.

Una hora más tarde, el pequeño equipo miró a través de la cúpula transparente a prueba de balas situada sobre sus cabezas para ver los restos de una plataforma minera en el interior de una enorme caverna.

—Esto debe ser lo que Sam dijo que se llamaba la Caverna de Caoba. Ahí arriba puedes ver la plataforma de buceo en la que estaban trabajando.

—¿Estás seguro de que todavía están fuera? —preguntó Aliana, dándose cuenta de que las luces de la caverna seguían encendidas.

—Bastante seguro, pero no te preocupes. Estaremos preparados si vienen —dijo James.

Tom condujo más abajo, hacia el túnel de salida.

El túnel era más largo de lo que había imaginado, y por un momento Tom se preocupó de haber tomado el camino equivocado. Pero entonces la profundidad del túnel empezó a disminuir, hasta que las orugas de los tanques sobre sus cabezas arañaban de vez en cuando el techo del túnel.

El TOPO se ralentizó y luego, como un todoterreno que empieza a empantanarse en el barro, las orugas del tanque parecieron girar a mayor velocidad de la que se movían.

—¿Quieres que salga y empuje? —preguntó James.

—Todavía no —respondió Tom. Tiró de la palanca situada sobre su cabeza, que abrió todos los compartimentos de aire disponibles, provocando que el TOPO adquiriera una flotabilidad negativa extrema.

Al instante, las orugas del tanque se hundieron más en el fondo arenoso con un fuerte crujido y empezaron a engancharse de nuevo. Y entonces pasaron al otro lado.

Donde les esperaba el Barco de Caoba.

*

Se acercaron al Barco de Caoba por el costado, y rápidamente vieron el gran agujero por donde Sam había estado entrando en su proa. Aliana miró por el ojillo a su derecha, donde estaba el barco. —Tom, tú sabes lo que Sam habría usado cuando buceaba aquí. ¿Alguna señal de su equipo?

—Todavía no. No he visto nada. Y no ver nada a menudo puede ser bueno cuando se trata de buscar a un buceador perdido en una cueva.

—Sam no se ahogó —interrumpió James, con la frustración claramente reflejada en su rostro—. Había varias cavernas llenas de aire, y bolsas de aire por todos los túneles de camino hasta aquí. Es imposible que Sam se haya ahogado aquí. Joder, apuesto a que el cabrón es tan atlético que podría haber logrado el viaje que acabamos de hacer, conteniendo la respiración entre las secciones bajo el agua.

La afirmación era ridícula, pero Aliana agradeció que la tranquilizara.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—¡Echemos un vistazo al falso Barco de Caoba de Rodríguez y nos llevaremos su oro! —los ojos de James se iluminaron de emoción.

—¿Y Sam? —preguntó Aliana, sintiéndose como si fuera la única persona capaz de mantenerse centrada en su misión principal: salvar a Sam.

—Si conozco a Sam, habría tomado el mismo camino para salir que el que acabamos de tomar para entrar —dijo James.

—¿Entonces por qué no lo vimos? —argumentó.

Tom apagó los dos motores eléctricos de las orugas de los tanques, aparcó el TOPO y sugirió: —¿Quizá ya había salido?

—No es probable. Habríamos visto alguna señal de él en el río —

dijo Aliana.

—Venga, vamos por el oro —insistió James, con una gran sonrisa.

—¿Hablas en serio? —los ojos de Aliana le miraron fijamente.

—Si Sam escapó, habría dejado una nota o algo para nosotros a bordo del Barco de Caoba. Además, me gustaría ver hasta dónde ha llegado Rodríguez para traernos aquí.

—De acuerdo —dijo Aliana—, pero sólo para que podamos ver si Sam nos dejó algo. Luego volvemos a buscarlo.

—Vale.

En la parte trasera del vehículo había una pequeña cámara de aire, lo suficientemente grande como para permitir que una sola persona a la vez saliera del TOPO, con el equipo de buceo completo.

James fue el primero en irse, seguido de Aliana, y Tom aceptó quedarse y montar guardia. Si Rodríguez y sus hombres volvían mientras los otros dos estaban fuera, dijo que, en el mejor de los casos, los atropellaría con el TOPO y, en el peor, bloquearía la entrada al Barco de Caoba para que los demás pudieran escapar.

Para cuando Aliana trepó por la abertura de la nave y llegó a la zona arenosa donde una docena o más de huellas indicaban que otros habían entrado, se encontró con la mano de James, que bajaba para ayudarla a levantarse.

—Gracias —dijo ella.

—No hay problema.

—¿Ha habido suerte?

—¡Sí, lo encontré! —dijo James, mostrándole varias de las monedas de oro de Rodríguez—. Esto lo hará enfadar de verdad.

—¿Y Sam?

—Ni idea. ¿Qué tal si echas un vistazo rápido mientras cargo el TOPO?

—¡Eres increíble, James! —dijo ella, decidiendo echar un vistazo a la nave por sí misma.

—Gracias —dijo James, mientras volvía a ponerse la máscara de buceo en la cara y se dejaba caer de nuevo al agua con una bolsa llena de monedas de oro.

Aliana revisó las primeras cámaras, asegurándose rápidamente de que Sam no estuviera allí, herido o peor aún, muerto, antes de pasar a las siguientes. No tardó mucho en despejar todas las habitaciones de la nave a las que se podía acceder fácilmente.

En la parte trasera del barco, vio que se había quitado intencionadamente una gran cantidad de arena. Alumbrando con su linterna, vio inmediatamente cómo fue que Sam entendió finalmente que el Barco de Caoba había sido una falsificación.

El enorme muro de hormigón había sido enterrado en no más de unos pocos metros de arena, para dar la imagen de que la mitad trasera de la nave estaba llena de arena.

Era hora de irse. No se podía conseguir nada más paseando por el falso naufragio.

—Nos vamos de aquí —le dijo a James, que se apresuraba a meter las últimas monedas de oro en otra bolsa grande.

—Vale, ¿puedes echarme una mano con la segunda bolsa? Creo que la he sobrecargado y no me gustaría dejarle ninguna moneda a Rodríguez.

No se molestó en volver a pelear con el hombre, cogió la más pequeña de las dos bolsas y regresó al TOPO.

Una vez expulsada el agua de la escotilla de buceo, Tom la ayudó a quitarse el equipo de buceo y le dijo: —Me temo que aquí termina la misión de rescate.

—¿Por qué? ¿qué pasa?

—¿Ves el medidor de potencia? Estamos al 65%.

—Y ¿no podemos esperar hasta que llegue al 50%?

—No, vamos a necesitar mucha más potencia para remontar esos rápidos —dijo Tom—. No se preocupen. Volveremos por él.

*

Cuatro horas más tarde, los tres estaban de vuelta en la superficie, y Tom condujo el TOPO de vuelta al helicóptero, listo para ser descargado. Aliana escuchó cómo James empezaba a silbar una alegre melodía para sí mismo, mientras cargaba las varias bolsas de monedas de oro españolas en una caja fuerte a bordo del helicóptero.

—Maldita sea, James, estás disfrutando esto, ¿no?

Dejó de silbar y replicó: —¿Y por qué no iba a hacerlo? Atravesando una pista de aguas negras de grado seis, en un cruce entre un tanque y un submarino, mientras le robo el oro a un imbécil millonario... y ya sabes que el oro es una de las cosas que más le gustan a los ricos, y yo lo sé.

—¿Olvidaste la parte de no poder rescatar a tu hijo?

James parecía divertido y dijo: —No, claro que no, ¿cómo iba a hacerlo? No dejabas de recordármelo cada dos por tres —entonces abrió una fiambrera preenvasada que contenía más de veinte bocadillos y dijo: —¿Alguien quiere comer? Me muero de hambre.

—¿No deberíamos estar ahí abajo intentando encontrar a tu hijo?

—¿Y por qué deberíamos hacerlo?

—Por Dios, James, ¿no te preocupas por el bienestar de tu hijo, aunque sea un poco?

—Claro que sí... pero estoy seguro de que es muy capaz de salir por sí mismo. Sinceramente, a veces pienso que no conoces tan bien a mi hijo.

—¿Cómo puedes ser tan indiferente, y a la vez estar tan seguro de que saldrá por su propio pie?

James sonrió, mostrando una mínima culpabilidad. —Porque ya lo ha hecho.

—¿Sam ya ha salido del canal subterráneo? —preguntó Aliana, demasiado aturdida por la noticia, como para enfadarse.

—Sí, salió hace un par de días.

—¿Cómo que «salió hace un par de días»? Llevamos dos días buscándole y me preocupaba mucho que estuviera muerto. Sabías que había salido, pero aun así fuimos por el oro.

—Sí, algo así. Si te hace sentir mejor, Sam me dijo que lo hiciera.

—Él te lo dijo. ¿De verdad?

—Bueno, me dijo que me asegurara de mantenerte a salvo y escondida, mientras estuviera fuera. Así que pensé, ¿por qué no hacer pagar a Rodríguez en el proceso?

—¡Pensé que estaba muerto, maldito imbécil! —Aliana, por tercera vez en otros tantos días, desde que se encontró con James, estaba dispuesta a matarlo—. Espera. Dijiste que mientras él no está... ¿dónde diablos se ha metido?

—Longjiang, China, por supuesto.

—Ah, por supuesto —aceptó ella en tono burlón— ¿Qué demonios está haciendo ahí?

—Elise lo envió.

—¿Por qué lo envió allí? —Aliana hizo una pausa, mientras escuchaba las palabras en sus propios oídos— ¿Y quién es Elise?

James sonrió, hablando despacio como lo haría con una niña

pequeña, mientras le explicaba algo complejo. —Ha ido a reunirse con un hombre llamado Jie Qiang, que podría saber exactamente dónde dejaron el Barco de Caoba.

—¿Y qué hay de la otra… la mujer que mencionaste?

James la miró fijamente, divertido ante su preocupación por la mención de otra mujer. —Y Elise es un genio de la informática que mi hijo contrató hace años. Trabajó como asesora para la NSA y el FBI hasta que un desacuerdo sobre el término «libertad de información» la obligó a dimitir, pero no sin dejar una puerta trasera en sus sistemas informáticos que le permitía acceder sin trabas ni rastro a una cantidad inconmensurable de información.

—Vale… ¿por qué cree Elise que Jie Qiang sabe dónde dejaron el Barco de Caoba?

—Porque uno de sus antepasados lo construyó, mientras que el otro ejecutó al último hombre que regresó de su fatídico viaje.

Capítulo XVII

Sam tomó un vuelo comercial a China, utilizando una compañía local y con un pasaporte falso que Elise le había preparado. Volvió a leer el correo electrónico durante el largo vuelo y recordó la conversación que había mantenido con el hombre. Sam había estado a punto de borrar el mensaje la primera vez que lo vio, preocupado de que pudiera tratarse de una treta orquestada por Michael Rodríguez o alguno de sus hombres.

El correo se titulaba «En el improbable caso de que aún no te hayan asesinado».

Elise investigó la cuenta de correo electrónico y comprobó de dónde procedía el mensaje. Tras determinar que procedía de Longjiang, en la provincia septentrional de Heilongjiang de la República Popular China, descubrió que el remitente original era de un pequeño pueblo pesquero sin vínculos conocidos con Michael Rodríguez. El único antecedente notable que pudo encontrar sobre el hombre era que toda su familia había sido asesinada hacía dos años.

Elise le había sugerido que leyera la carta y luego se pusiera en contacto con el hombre a través de un intermediario.

Sam había leído la carta con atención.

Pues léela otra vez.

Recordó haber pensado que, si se trataba de una treta, sin duda era muy inteligente.

Cuando terminó la conversación, Sam había decidido que debía volar directamente a reunirse con el hombre en Longjiang.

Al llegar al aeropuerto de Qiqihar Sanjiazi, Sam pasó rápidamente por la aduana y luego tomó un taxi hasta un parque de Longjiang, con vistas a las aguas del río Long.

Pagó al taxista y luego, sacando el triple de la tarifa solicitada, le pidió que le esperara. El conductor, mirando fijamente el dinero, le aseguró que esperaría.

Sam caminó por el parque hasta llegar a dos conjuntos de sillas para turistas. Sentado, examinó el gran río que tenía delante. Al cabo de unos minutos, otro hombre llegó y se sentó a su lado.

—El río está muy bonito hoy, ¿verdad? —le dijo Sam al forastero.

—Sí, pero… no creo que me apetezca ir a nadar —respondió el hombre, en un inglés entrecortado, confirmando que era el hombre que Sam buscaba.

Sam se volvió hacia el hombre y le dijo: —Bien, señor Jie Qiang. Tiene mi atención; ¿cómo sabía que estaba a punto de ser asesinado?

—Porque, el hombre que asesinó a mi familia ya había conseguido lo que quería de ti.

—¿Y qué era?

—La atención de tu padre —respondió Jie Qiang.

—¿Así que pensó que podía pedir rescate por mí?

—No, nada de eso. Sabía que si anunciabas que se había descubierto el Barco de Caoba, tu padre iría a verlo. Y tu padre, Michael lo sabía, era el único hombre en la tierra que tenía la clave para encontrar el verdadero Barco de Caoba.

—Pero eso es una locura. Mi padre no sabe cómo encontrarlo. Él y yo lo intentamos hace diez años y, después de muchos meses, aceptamos que no era más que una fábula.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Si es así, ¿dónde está tu padre ahora?

Un escalofrío recorrió la espalda de Sam, mientras pensaba en la pregunta. Su padre había mostrado un inusual interés paternal por su seguridad, mientras investigaba el Barco de Caoba. Incluso se sintió querido cuando llamó a su padre pidiendo ayuda, sólo para descubrir que el hombre ya estaba en Bendigo.

Papá, ¿por qué ya estabas ahí?

Jie Qiang le miró a la cara y dijo: —Así que tu padre ya había venido a Australia, como Michael había planeado.

Sam ignoró la pregunta y luego preguntó: —¿Por qué iba Michael a creer que mi padre podía ayudarle a encontrar el verdadero Barco de Caoba?

—El barco no, sólo su posesión más valiosa.

—¿Y qué le hizo pensar a Michael que mi padre podría ayudarle en su búsqueda?

—El hecho de que tu padre estuviera en posesión de un mapa que le indicaba con precisión dónde estaba, pero carecía de la capacidad de localizar el primer símbolo identificativo en el mapa.

—¿Y Michael sabe dónde está el primer símbolo?

—Sí, Michael me pagó una pequeña fortuna para que le diera mi mapa.

—¿Cómo llegaste a saber dónde estaba la tumba del Barco de Caoba?

—Porque uno de mis antepasados lo construyó y el otro ejecutó al último hombre que la navegó —respondió Jie Qiang.

—Vale, si es así, dime, ¿qué era lo más valioso que llevaba el Barco de Caoba?

—Un arma secreta —respondió inmediatamente el hombre—. Un cetro con la capacidad de destruir cualquier cosa a su paso con un calor intenso, reflejado por el sol.

—Así que no estás mintiendo. Bien, tienes mi atención. ¿Por qué ahora estás dispuesto a traicionar a Michael?

—Hace dos años le vendí el mapa original, tomado de un hombre conocido sólo como Rat Catcher, un esclavo eunuco, que fue la última persona que vio el Barco de Caoba, firmemente enterrado a kilómetros dentro de la tierra, en la gran masa que ahora sabemos que es Australia. Había regresado a China en busca de refuerzos.

—¿Llegaron esos refuerzos?

—No, fue ejecutado por crímenes contra el emperador. Antes de su muerte, dejó a uno de mis grandes antepasados este mapa detallado de donde yacía varado, junto con su diario del viaje original. Por supuesto, a estas alturas el Emperador Yongle ya había fallecido. Su sucesor, el Emperador Hongxi, había ordenado la suspensión de las expediciones marítimas de Zheng He y la destrucción de los gigantescos barcos del tesoro que quedaban, debido a su creciente costo y a la necesidad de desviar soldados para luchar contra los constantes ataques del norte. Con los barcos gigantes dejando de hacer expediciones, era imposible que nadie regresara a esta tierra lejana para encontrar el arma de poderes míticos.

—Pero alguien guardó el mapa.

—Mis antepasados conocían el valor del mapa y lo dejaron para cada generación con la esperanza de que algún día alguien recuperara el arma.

—¿Qué pasó cuando le vendiste el mapa a Rodríguez?

—Un día volví a casa del trabajo y me encontré a mi mujer y a mis tres hijos muertos en sus camas, y un mensaje: «Siguiendo tu mapa, ni rastro del Barco de Caoba ni del arma. Te sugiero que tengas más cuidado al proporcionar información en el futuro».

Sam no sabía qué decir para consolar al hombre. —Dime qué quieres que haga.

Sam escuchó las peticiones del hombre y una sonrisa se dibujó en su rostro. —Sí, Sr. Jie Qiang, tenemos un trato.

Con eso, el señor Jie Qiang entregó la copia del mapa y un diario de uno de los esclavos más miserables que jamás haya navegado a bordo del Barco de Caoba.

Capítulo XVIII

Sam Reilly leyó y releyó el diario del pobre hombre más de una docena de veces durante el largo vuelo de regreso a Australia.

Junto al antiguo texto chino había varias páginas, mecanografiadas en papel A4 y engrapadas. Era la mejor traducción que podía hacer Jie Qiang.

Hojeó las páginas hasta llegar a la primera entrada que parecía estar relacionada con la historia que más le interesaba...

*

Océano Atlántico Medio - 5 de marzo de 1442

Me llamo Cazador de Ratas, y ese día estaba vigilando en lo alto de la gigantesca cofa, oteando el horizonte en busca de cualquier atisbo de tierra. Con poco más de metro y medio, soy con diferencia el hombre más pequeño a bordo, pero mi vista casi perfecta me ha ganado el puesto en la punta del más alto de los ocho mástiles de nuestro barco.

Cazador de Ratas no es mi verdadero nombre, por supuesto.

No tengo ni idea del nombre que me puso mi padre. Tampoco sé qué nombre le dio mi abuelo a mi propio padre. El lugar en el que ocurrió la batalla y la causa por la que lucharon me son igualmente desconocidos. Ni siquiera sé qué edad tenía cuando todo esto sucedió.

Lo que sí sé es que mi padre perdió y, como consecuencia, fui capturado. Demasiado joven para ser descartado con la muerte, fui castrado, como la costumbre consideraba sensato, para que nunca sembrara enemigos, y luego fui vendido como esclavo.

Incapaz de recordar cuánto he viajado desde aquel día, sólo puedo imaginar que debe de ser una gran distancia, ya que mis rasgos personales parecen tan completamente distintos a los de quienes me rodean en esta nueva vida.

Soy bajito y, a pesar de mi extraordinario apetito, sigo siendo delgado, aunque el peso que tengo procede de una musculatura enjuta y magra. Mis ojos son de un débil color azul y mi piel vulnerablemente clara en comparación con la de quienes me rodean, de modo que arde cada día cuando trabajo en la cubierta.

Me han intercambiado varias veces porque mis otros amos temían que su posesión fuera intrínsecamente débil y muriera en breve.

Cuando alcancé la pubertad que nunca llegaría del todo, me compró mi actual amo, quien, según me han dicho desde entonces, sólo lo hizo

porque pensó que podría adiestrarme para ir a buscar ratas a los diminutos espacios de la bodega de su barco.

Mi amo me llamó inmediatamente Cazador de Ratas.

Han pasado más de veinte años desde aquel día, y ahora sé que mi amo se ha encariñado conmigo, y a menudo me llama así con cierto afecto. He navegado con mi amo por casi todos los mares y he visitado muchas tierras, aunque en todo este tiempo nunca he visto gente que se pareciera a mí.

Con el paso de los años, mi amo descubrió que, aunque era pequeño y débil físicamente, era más fuerte mentalmente que cualquiera de los que había conocido. Ser pequeño me había dado la oportunidad por necesidad de ser rápido de manos y de idear algunas de las soluciones más singulares. Juntos, he ayudado a mi amo a reclamar muchas tierras para él.

Todos los hombres tienen amos; los que creen que no, sólo se mienten a sí mismos.

En comparación conmigo, mi amo era un gigante. Casi dos metros de altura, según he oído, y ganó muchas batallas y se convirtió en un maestro del mar. A pesar de todas las tierras de las que se había hecho amigo o que había conquistado, la patria de mi amo estaba bajo el gran asedio de un enemigo que había estado luchando contra ellos desde que se tiene memoria.

Se temía que si más guerreros abandonaban la patria, ésta podría ser víctima de los invasores.

Temeroso de perder el mar que había llegado a amar entrañablemente, mi amo optó por llevar sus tres barcos más grandes a través del mayor de los océanos conocidos con la esperanza de descubrir un poder lo bastante fuerte como para vencer por completo a sus enemigos.

Un viejo cuento marinero hablaba de un pueblo que vivía al otro lado del vasto océano y que poseía un arma tan poderosa que podía derribar a todo un ejército de un solo golpe. Aunque no sé cómo mi amo se enteró de semejante historia, ya que nadie que yo recuerde ha cruzado nunca el océano y, si lo han hecho, no han regresado.

Con este propósito, mi amo condujo sólo tres barcos a través del océano, más lejos de la patria de mi amo de lo que jamás había viajado ninguno de los suyos. Llevaban regalos para llevar la paz a cualquier civilización que encontrara. Y muchos soldados para imponerla con poderosas armas.

Después de casi tres meses en el mar, desembarcamos en la ensenada de una tierra nueva y extraña.

Sam hojeó las siguientes entradas, que a grandes rasgos se

referían a la reposición de sus reservas de alimentos, agua y mantenimiento de las tres naves, hasta que encontró lo que buscaba.

Nueva Tierra, al Oeste del Atlántico. 31 de mayo de 1442

Tras casi una semana de navegación hacia el norte por las costas extranjeras, me paré en lo alto de la cofa y contemplé la monstruosidad en la distancia. Era una pirámide de sólida construcción rocosa, y parecía una fortaleza que hubiera demostrado su capacidad de defensa durante miles de años.

Era tan alta que, a pesar de que su base estaba al nivel de la bahía, el punto más alto era incluso más alto que yo, que estaba encaramado en lo más alto del mástil de sesenta metros.

En la cresta de la pirámide, pude ver a varios hombres rodeando algo que se erguía en su centro y reflejaba rayos dorados de luz solar, tan potentes que toda la punta parecía brillar con oro.

Entregué mi informe a un mensajero situado a media altura del mástil, quien lo transmitió a mi capitán, que esperaba abajo el primer informe.

Mi amo se mostraba confiado y con su presencia dominante habitual, a pesar de que la pirámide era tan aterradora como la había descrito.

Su calma cambió a urgencia cuando observó el mensaje relativo al dispositivo cilíndrico dorado.

—¡Duro a estribor! Todos los barcos, a estribor.

Incluso en lo alto del mástil oí a mi amo gritar la orden.

Se izó la bandera de señales y los tres barcos viraron al unísono.

A mitad de su turno, sucedió.

Todavía en lo alto de la cofa tenía la vista más clara de la batalla.

Un relámpago cayó sobre el barco que tenía delante como si los dioses lo hubieran derribado. El calor era tan intenso que hizo un agujero en la parte delantera del barco del tamaño de una casa.

El capitán de la nave ordenó inmediatamente disparar las catapultas, que ya habían sido armadas antes de doblar la península. Llegó a disparar más de veinte antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El agujero en la parte delantera de su barco era tan grande que quedó anegado en cuestión de minutos. Antes incluso de que nuestra nave consiguiera completar el giro, la otra iba camino del mar de abajo. El siguiente disparo alcanzó al barco situado en su retaguardia y esta vez su capitán no intentó devolver el fuego, sino que se centró por completo en mantener su barco a flote. Fue un intento inútil y en cuarenta segundos el segundo barco iba camino del fondo.

Abajo, vi que mi amo había adoptado una posición tan evasiva como cabía esperar ante el ataque de un armamento tan superior.

Rodeó el segundo barco que se hundía.

No pude hacer otra cosa que ver cómo mi amo tomaba la dolorosa decisión de seguir adelante y dejar que la tripulación del segundo barco se ahogara. Para cuando el segundo barco fue destruido, los enemigos habían cogido su arma olvidada de Dios y la habían apuntado al barco de mi amo.

Golpeó a pocos metros detrás de nuestra popa.

El agua, más de seis metros, se convirtió en vapor, pero nuestro barco siguió adelante. Al rodear de nuevo la península, se liberó un segundo rayo de energía.

Esta vez hizo contacto con el mástil más a popa.

Se desintegró al instante, los restos carbonizados de su explorador cayeron sobre la cubierta inferior, y entonces dimos la vuelta a la península y estuvimos a salvo de sus violentos rayos.

Bajé rápidamente del mástil a tiempo para oír a mi amo dar la orden de llevar el barco hacia el este, lejos del violento alcance de un arma tan catastrófica.

He observado a mi amo tras muchas batallas a lo largo de los años, pero ésta parecía diferente. Nunca había habido una igual, en la que se perdieron más de dos mil hombres antes incluso de que comenzara la batalla.

Pero su barco, afortunadamente, había sobrevivido.

—Cazador de Ratas, ¡este ha sido un buen día! —dijo mi amo.

—Sí, así es, Amo —asentí obedientemente, aunque no tenía ni idea de lo que hablaba mi amo, después de ver morir a dos tercios de su flota en el espacio de veinte minutos, antes de que ninguna de las naves estuviera siquiera a tiro para devolver un solo ataque.

—¿Sabes qué hace que hoy sea un día tan especial? —preguntó mi amo.

—No, amo. No lo sé.

—Esa arma que vimos es más poderosa que cualquiera que tenga cualquiera de nuestros enemigos y amigos por igual. De todo el reino en el que vivimos, dudo que encontráramos otra igual si navegáramos durante el resto de nuestras vidas y hasta bien entrada la siguiente.

—Yo también, amo —acepté.

—Y por eso, Cazador de Ratas, ¡vamos a robarlo!

Fortaleza de la Pirámide 10 de junio de 1442

Mi amo había tardado horas en explicarme cómo íbamos a capturar un arma tan poderosa, pero cuando terminó sabía exactamente lo que había que hacer. A pesar del riesgo, me arriesgaría con mi propia vida porque mi amo me lo había pedido.

Seguí a mi amo y a otros cuatro hombres por el antiguo sendero que atravesaba la península. El sendero irregular se adentraba en la montaña rocosa. Mi amo avanzaba rápido por el peligroso saliente.

A la izquierda, donde se divisaba la montaña en lo alto, una pequeña bolsa de densa vegetación parecía antinatural mientras luchaba por mantenerse agarrada a la roca.

Mi amo sonrió al verlo y dijo: —Ah, aquí está.

—¿Qué es, Amo? —le contesté.

—Lo que he estado buscando.

Mi amo sonrió, travieso, como si estuviera jugando, metió la mano detrás del árbol y tiró con fuerza de algo. Se oyó el sonido de ruedas y poleas girando desde algún lugar del interior de la montaña, pero no ocurrió nada más.

Miré a mi amo, pero no dije nada.

Nadie más en nuestro grupo estaba dispuesto a cuestionar a mi amo.

Entonces, la roca que teníamos delante se deslizó hacia un lado.

—Bienvenidos caballeros, a la tierra de mi padre.

Nadie habló, pero la revelación de la herencia de nuestro amo era palpable.

Todos se agacharon lentamente y entraron en el túnel. Era estrecho, y a excepción de mí, tuvieron que permanecer agachados para entrar.

La caverna estaba oscura, lo que dificultaba ver por dónde iba la abertura.

Miré a mi alrededor. No había nada que sugiriera que la caverna había sido construida a propósito, o que alguna vez había sido el hogar de alguien. No había indicios de interacción humana previa ni de ningún animal.

Detrás de mí, oí que la enorme roca empezaba a moverse de nuevo, cerrando la brecha con el mundo exterior.

Uno de los hombres de mi amo trató de moverse rápidamente para detenerlo.

—No, deja que se cierre —ordenó mi amo.

—¡Pero estaremos atrapados!

Mi amo hizo caso omiso de las protestas del hombre y se limitó a sujetarle con su gigantesco brazo izquierdo. La roca terminó de moverse, bloqueando por completo nuestra visión del mundo exterior y dejándonos a todos en la oscuridad total.

Nadie habló.

Sólo yo, entre ellos, me sentía totalmente cómodo con la decisión de mi amo. Con la doctrina religiosa, confiaba en que mi amo tenía un gran propósito en la vida.

Como si me recompensaran por mi fe, oí el sonido de cuerdas y poleas moviéndose. Un momento después, se abrió una puerta secreta al fondo de la caverna y apareció una habitación llena de luz, lo bastante grande como para que incluso mi amo pudiera estar de pie cómodamente.

—Síganme, caballeros —ordenó mi amo mientras abría paso, sólo tuve que agacharme para atravesar la pequeña puerta antes de poder mantenerme erguido.

La sala se abrió y se llenó de luz natural.

—Esto se llama la Bóveda de Viaje del Rey. Hay varias en esta vía, para que el rey pueda refugiarse cuando lo necesite. De este modo, el rey puede viajar ligero, con sólo unos pocos guardias reales que le acompañen.

—¿Y cómo supo sobre la bóveda del rey? —pregunté.

—Porque es mi padre.

—¿Y qué hacemos aquí, amo? —habló otro de los hombres de mi amo.

—Traicionarlo.

*

Esperamos a que llegaran los soldados. Desde arriba, teníamos una vista ininterrumpida del camino de abajo. Fue una emboscada fácil y masacramos a los ocho hombres arrojándoles grandes rocas, antes de que tuvieran la oportunidad de avisar a otra torre de vigilancia.

Robamos su armadura y nos la pusimos rápidamente.

Era básica, pero nos identificaba como parte de la civilización.

Sólo mi amo destacaba entre nosotros, porque llevaba al cuello un colgante de oro macizo con una imagen de jade de uno de los trece dioses creadores en el centro, que le daba un aspecto regio.

En dos días llegamos al lado este de la Gran Torre.

El lugar parecía aún más enorme y siniestro desde nuestro bajo punto de vista.

Allí esperamos hasta que llegó la noche.

Mi amo dispuso que remaran nuestro barco hacia el puerto, frente a la fortaleza piramidal, en cuanto el sol abandonara el horizonte y el arma quedara inutilizada. Debían acercarse y llevar mucha iluminación para mantener la fachada.

Esperamos hasta la segunda guardia de la noche y avanzamos hacia la Gran Torre para robar el arma más valiosa que la civilización había albergado durante más de mil años.

Donde la suerte jugó su papel.

*

Mientras observaba desde la distancia, mi amo caminaba con la confianza de un hombre que sabe que por sus venas corre sangre real al acercarse a la pirámide.

Un guardia real se fijó en él.

—Amo, creía que había comenzado el ataque —el guardia parecía nervioso, como si esperara que algo saliera mal.

—Pronto, pero tenemos un nuevo plan. Mi padre ha decretado que debo trasladar el arma al borde de la montaña, para que podamos abatir a nuestro enemigo cuando esté en retirada y crea que está a salvo tras haber rodeado la cresta de la montaña.

—Un plan inteligente, amo —respondió el guardia con obsequiosidad, evidentemente dispuesto a evitar la confrontación.

Juntos, los hombres de mi amo llevaron el arma escaleras abajo y a lo largo del antiguo camino de piedra que conducía al borde de la ensenada.

Con cada sonido, mi oído punzaba de miedo, como si cada uno pudiera indicar que la treta había fracasado y que la familia de mi amo iba a matarlo.

Pero el sonido nunca llegó.

Al final de la segunda guardia llegamos al bote de remos, dejado en secreto en la orilla por su tripulación.

Al cargar cuidadosamente el arma pesada en el centro del barco, todos sabíamos que cualquier accidente que provocara la pérdida del arma por la borda significaría que nunca más podría recuperarse.

A la quinta remada, pensé que lo habíamos conseguido.

—Bueno Cazador de Ratas, ahí tienes un cuento para contar a tus

nietos, si aún fueras capaz de tenerlos —mi amo se rio al decirlo.

Empecé a responder, pero no me oyó.

A lo lejos, su barco se incendiaba.

*

Remamos más deprisa hasta nuestro barco y descubrimos que el hermano gemelo de mi amo había atacado la nave. Nuestra tripulación se fortaleció con el regreso de su amo y pudo repeler a los asaltantes, pero no sin antes destruir todos los mástiles menos uno.

Todos los hombres a bordo lucharon entonces con arrojo para salvar el barco de las llamas. Por la mañana, ya estábamos lejos de tierra y el fuego estaba apagado.

La escapada por los pelos fue casi mítica.

Mi capitán ordenó a los hombres que siguieran remando más allá de los dos puertos siguientes, con la intención de desembarcar en el tercero para hacer reparaciones.

Al cabo de tres días, llegamos al tercer puerto, pero mientras remábamos hacia él, nuestro enemigo, que nos esperaba, nos arrojó miles de piedras desde la alta ladera de la montaña. Pocas nos alcanzaron, pero las que lo hicieron destruyeron todo a su paso.

Si hubiéramos navegado a vela, no habríamos podido dar la vuelta a tiempo.

Así las cosas, los remeros ya estaban a sus remos y pudieron cambiar inmediatamente la dirección de las brazadas.

Durante casi una semana, cada vez que el barco se acercaba a la costa era atacado. A mi amo le preocupaba cada vez más que su enemigo dispusiera de un medio de comunicación desde cada puesto avanzado mucho mejor de lo que había previsto y que pronto le atacara con sus propios buques de guerra.

Era un riesgo que mi amo no estaba dispuesto a correr.

Al quinto día, ordenó a sus altos mandos que subieran a cubierta y les dijo: —Mi intención es regresar a nuestra patria con el arma. Tenemos un mástil intacto y podremos seguir remando mientras cruzamos. Nuestras provisiones son menos de las que me gustaría, pero temo que cualquier intento de bajar a tierra para reponerlas nos expondrá a un riesgo demasiado alto de perder el arma. Una vez que estemos en alta mar, sus barcos no volverán a encontrarnos.

Nuestro capitán estaba de acuerdo en que serían capaces de cruzar con éxito a remo este vasto océano.

Y así, con el fatalismo de todos los esclavos que sirven a un amo, remamos hacia casa.

*

De nuevo, Sam hojeó el diario hasta llegar a lo que buscaba: el capítulo final del destino del Barco de Caoba.

Tierra del Sur, 8 de agosto de 1442

Observé cómo pasaban los días y mi capitán luchaba por mantener nuestra latitud con los fuertes vientos y corrientes que empujaban continuamente nuestro barco hacia el sur. Con todos menos uno de nuestros mástiles destruidos, luchábamos por mantener una latitud norte mientras nos dirigíamos hacia el este. En lugar de ello, nos vimos forzados a pasar la tierra del sur.

Nuestras provisiones no iban a durar con el mayor esfuerzo causado por el remo constante.

Tras tres meses en el mar y la muerte de un tercio de la tripulación por desnutrición, mi capitán tomó la decisión de que tendríamos que desembarcar en la nueva tierra.

No teníamos tierras identificables desde las que tomar el rumbo, pero la temperatura sugería que nos habíamos desviado mucho más al sur de nuestra patria. A estas alturas ya no importaba. Íbamos a tener que encontrar agua dulce, comida y algún medio de reparar los mástiles diezmados.

La orilla estaba bordeada por un acantilado rocoso, lo que hacía imposible desembarcar.

Lo seguimos durante tres días antes de encontrar un lugar que permitiera anclar un barco. El fondo era rocoso, pero el ancla aguantó en calma. Aunque lo más probable es que no sirviera de nada si aumentaba el oleaje o el viento.

Se dejó caer un bote de remos y mi amo ordenó a varios de sus consejeros que desembarcaran con él.

—Será mejor que vengas a tierra también, Cazador de Ratas, puede que necesite tu consejo.

Me alegré de los elogios de mi amo y ocupé obedientemente mi lugar, como el hombre más pequeño, en la parte delantera del bote de remos.

Los enormes músculos de los hombros de los esclavos se hincharon mientras remaban hacia la tierra alienígena. Cuando llegamos a la orilla, los esclavos arrastraron el bote hasta la playa y yo subí corriendo.

Nuestro cansado grupo siguió a mi amo a través de las grandes dunas

de arena y hacia la tierra que había más allá. Era llano y la flora escasa. No era el lugar adecuado para talar árboles y reconstruir nuestros mástiles. Más adelante se divisaba un gran río que corría hacia el océano. En algún lugar se volvería fresco y potable.

Los hombres se adelantaron para encontrarlo.

Y mi amo marcaba el paso.

Al cabo de horas, mi amo se detuvo y dijo: —Muy bien, señores, ¿qué les parece?

—¿Se refiere a dónde vamos a partir de aquí o a si podemos siquiera aprovisionarnos en este lugar? —preguntó el consejero jefe y la persona de más edad del grupo.

—¿Adónde vamos a partir de aquí? —aclaró mi amo—. Ya hemos pasado casi una semana tratando de encontrar un lugar adecuado para tocar tierra. Nuestros hombres se están debilitando, y no tenemos forma de saber si esta será o no nuestra mejor oportunidad.

—Mi mejor predicción es que estamos casi al sur de la patria. Si pudiéramos cruzar de algún modo esta masa de tierra, estaríamos en una posición perfecta para llegar al norte hacia casa —habló el navegante.

—Entonces deberíamos remar alrededor de esta masa de tierra —dijo el ingeniero líder—. Esta tierra ofrece poco con lo que reparar su nave, amo.

—¿Crees que navegará mucho más lejos, dada su larga lista de averías? —preguntó mi amo.

—No.

—Entonces la decisión está tomada por nuestra parte.

—Dígame, amo, cuál es esa decisión —preguntó el ingeniero jefe.

—Vamos a llevar el barco a través de este cuerpo de tierra —ordenó mi amo.

Era el tipo de solución obstinada que se le ocurriría a mi amo. Algo que él sabía que era tan irrazonable como necesario, su éxito era una certeza en la mente del gigante. Sabía que yo, junto con todos los hombres a bordo, seguiría felizmente a mi amo en su creencia, hacia nuestra muerte segura.

*

Volví a situarme en mi puesto en lo alto del mástil restante.

A sesenta metros de altura, estaba en la mejor posición para asegurarme de que el barco no se dirigiera hacia un gran arrecife o un

lecho rocoso. Los botes de remos habían servido para explorar la zona, pero el nido del águila ofrecía el mejor punto de observación. Desde allí podía ver inmediatamente cualquier cambio en el color del agua y ya estaba acostumbrado a determinar qué significaban esos cambios.

Siguiendo las órdenes de mi amo, los hombres remaron el barco a toda velocidad hacia la playa de arena con la fatalidad de los hombres que sirven a su amo a toda costa. Observé cómo el color pasaba de un azul oscuro a un verde claro, y por fin se veía la arena bajo la quilla.

Se oyó un fuerte crujido cuando el fondo plano de nuestro barco de madera entró en contacto con la arena, seguido de una serie de vibraciones que resonaron por todo el barco, haciendo que el nido de águila se balanceara ligeramente.

Por un momento me preocupó que fuera a partir el casco en dos.

Entonces, la proa de nuestro gigantesco barco alcanzó la playa de arena.

Cabalgando sobre su propia ola, que debía de tener seis metros de altura como mínimo, siguió avanzando por la primera de las dunas de arena poco profundas como si no hubiera nada en nuestro camino. Su impulso la llevó hacia adelante como el monstruo que era.

Pasamos las cuatro dunas de arena como si ni siquiera estuvieran allí.

Finalmente, la nave se detuvo a más de treinta metros de la nueva tierra plana. Había llegado tanta agua con nosotros que nuestra enorme nave parecía estar descansando en un pequeño lago de su propia creación, de varios metros de profundidad y hasta dos kilómetros de ancho.

*

Mi amo parecía animado por los progresos que estábamos haciendo.

Se paró en la colina más alta a lo lejos y examinó su barco. Había pasado una semana y aún descansaba en un pequeño lago. Parecía más grande, si es que eso era posible, fuera del agua.

Los hombres trabajaban en todas direcciones. Se habían fijado tareas y formado equipos para lograr objetivos concretos. Mi amo me confió que ya estaban mucho mejor por sus esfuerzos. Los hombres necesitan tareas. La ociosidad a menudo engendraba mala salud. También lo hacía la falta de nutrientes, pero eso también estaba en proceso de rectificación.

Una gran partida de forrajeros había sido enviada a recorrer kilómetros en todas direcciones para regresar con provisiones. Se habían encontrado y sacrificado extraños animales nuevos. Se había localizado una gran variedad de bayas y se identificaron las ricas en nutrientes, frente a las que eran letales. Los hombres siguieron sus órdenes y probaron los

nuevos alimentos hasta que el capitán médico del barco tuvo una larga lista de plantas y animales comestibles, difíciles y letales.

El ingeniero había utilizado a más de doscientos hombres para realizar cambios en el barco. Grandes partes del aparejo, los remos y el armamento fueron reutilizados para construir un sistema mediante el cual la monstruosa nave pudiera ser transportada por un ejército de hombres leales.

Hoy, el ingeniero jefe había ordenado a un grupo de trescientos hombres que sacaran el agua que quedaba en el lago para poder hacer los últimos ajustes en la base del barco.

Tranquilizó a mi amo ver a los hombres trabajar con tan leal eficacia mientras sacaban el agua con un cubo manual.

Al final del día, el ingeniero jefe se acercó a mi amo.

—Estamos listos amo.

—Excelente. Partimos de inmediato.

*

Habían pasado tres semanas desde que empezamos a transportar el barco dejado de la mano de Dios. La tierra era terriblemente seca e implacable. Empezaba a cuestionarme la sensatez de la decisión de mi amo de cruzar ingenuamente una tierra ajena con la esperanza de que fuera una estrecha masa de tierra con un océano septentrional cerca.

A pesar de todo, seguimos adelante día y noche, con equipos de carga que rotaban constantemente. Éramos mil quinientos hombres y se necesitaban casi mil a la vez para levantar el barco. Los equipos de diez hombres en cada remo de carga rotaban hacia abajo cada media hora hasta que llegaban al final del barco y se les permitía un descanso.

De este modo, cada hombre obtendría un descanso de cuatro horas a lo largo de un periodo de veinticuatro horas.

Al final del tercer día y tras la muerte de diez hombres que literalmente empujaron sus cuerpos hasta la muerte, mi amo se dio cuenta de que llevar el barco durante la noche iba a ser imposible.

Los días continuaron, y cada día viajábamos un poco menos.

Al final de la segunda semana ya no teníamos suficientes hombres sanos para rotar los turnos de carga a lo largo del día. Durante un tiempo, los hombres consiguieron mantener el movimiento del barco con un descanso de veinte minutos al mediodía. Luego, su capacidad de carga fue disminuyendo y ya no pudieron cargar el barco durante todo el día.

A la tercera semana, mi capitán aceptó que, en realidad, el barco sólo

podía moverse cuatro horas al día. El resto del tiempo, los hombres debían recoger provisiones y preparar el terreno que tenían delante, lo que a menudo exigía talar muchos árboles para permitir el movimiento del gran barco.

Al comienzo de la quinta semana, nuestro número de tripulantes había disminuido hasta el punto de que el barco entero sólo podía desplazarse cada dos días, e incluso entonces sólo durante unas horas.

Con la motivación de mi amo, los hombres fueron capaces de mantener este esfuerzo hasta la octava semana, cuando ya no eran capaces de mover el barco más de unos seis metros al día.

—Descansaremos aquí una semana si es necesario —dijo mi amo—. Todos me han honrado con su esfuerzo, pero seguir a este ritmo sería pedir el fracaso. Recobraremos la salud y luego continuaremos. El mar debe de estar cerca. Puedo oler la sal en el aire.

Tengo una nariz inusualmente sensible, y estaba seguro de que mi amo estaba simplemente animando a los hombres.

Los hombres descansaron una semana entera y luego volvieron a empezar.

Pero el tiempo de descanso no había mejorado su estado.

En todo caso, había empeorado las cosas. Antes de la pausa, los hombres habían seguido trabajando con lesiones. Ahora, se había permitido que esas lesiones se enconaran.

En el transcurso de la semana siguiente, murieron más personas y muchas más dejaron de ser capaces de cargar grandes pesos.

Una vez más, mi amo ordenó una reunión con sus consejeros de mayor confianza y, de nuevo, solicitó mi asistencia, aunque no sabía con qué fin. Desde luego, yo no tenía ninguna experiencia en la materia que ofrecer.

Esta vez no nos pidió nuestra opinión sobre cómo resolver el problema, sino que exigió que cada persona identificara los equipos y materiales a bordo del barco que pudieran desecharse.

Después se tardó otra semana en decidir qué provisiones descartar y de qué equipamiento se podía prescindir.

Esta vez nuestros esfuerzos parecían haber merecido la pena, y el barco siguió avanzando en dirección norte durante unas horas cada día. Pero a los pocos días volvimos a retirar más elementos de la dotación del barco.

Fue el octogésimo noveno día de nuestra malograda tripulación cuando, a pesar de los ánimos de mi amo y de sus órdenes, el barco ya no

pudo moverse.

Se hundió en la tierra empapada de barro.

Cada día, parecía descansar más abajo, su nuevo amo ganando un inamovible dominio estrangulador.

Esta vez, el Barco de Caoba había encontrado su lugar de descanso final.

*

Estaba dispuesto a morir para que mi amo triunfara, pero no tenía intención de dejarlo en la ruina.

A lo largo de las tres semanas siguientes se hizo evidente para todos que la nueva tierra, tan rica en belleza como escasa y desolada, no tenía medios para mantener a los hombres que quedaban. Se habían enviado grupos de trabajo en todas direcciones para que se valieran por sí mismos.

A medida que cada líder regresaba, sólo una cosa era segura.

La tripulación del Barco de Caoba debía abandonarlo y dispersarse si alguien quería sobrevivir. Y sobrevivir debíamos, porque habíamos descubierto el arma más poderosa que el mundo había conocido jamás. Si tan sólo pudiéramos llegar a nuestra patria.

—El capitán quiere hablar con usted —dijo el jefe de navegación.

—¿Sólo conmigo? —pregunté.

—Sólo contigo.

—¿Dónde está?

—En su camarote principal. ¿Dónde si no? —el navegante sacudió la cabeza deslealmente—. Se pasa horas cada día ahí dentro, sólo mirándolo, ¿sabes? Creo que se ha vuelto loco. El poder hace eso, ya sabes, y todos hemos sido testigos de cuánto poder produce esa cosa.

Normalmente habría reprendido incluso a alguien tan superior como el jefe de navegación por atacar a mi amo. Pero veía lo que estaba ocurriendo y sabía que no era el momento de exagerar la autoridad de mi amo. Podía sentir que habría un motín antes de que todas las personas sucumbieran al hambre.

—Iré a verlo inmediatamente.

Subí los escalones y entré en el camarote principal, situado en la popa del gran barco. Era más grande que una casa normal y digno de un rey. En este caso, albergaba a mi amo, un aspirante a rey y portador del arma más poderosa jamás construida por la humanidad.

—Cazador de ratas, ¿has venido solo? —preguntó inmediatamente mi

amo.

—Sí, amo.

—Bien. Muy bien —en el centro de la sala se alzaba la magnífica arma, sus brillantes gemas resplandecían a la tenue luz de una vela. Mi amo habló, pero en ningún momento apartó la mirada del arma maligna que nos había conducido a nuestro estado actual—. Hace cinco semanas, creo que todos y cada uno de los hombres a bordo de esta nave habrían dado felizmente sus vidas si yo se lo hubiera pedido. Pero como saben, muchas cosas han cambiado en ese tiempo. Los hombres hambrientos harán cosas que nunca hubieran soñado antes si están lo suficientemente hambrientos.

—Amo...

—Espera... No he terminado. No puedo mantener el mando del Barco de Caoba por mucho más tiempo, y no puedo arriesgarme a perder la gran arma de mi amo. Así que te diré lo que debe hacerse.

—¡Siempre será mi amo! —protesté.

—Por supuesto que sí. Siempre fuiste un necio, y sólo un necio muere sirviendo a un amo que no puede proporcionarle el sustento básico —la mano de mi amo casi tocó la piedra preciosa, pero luego la retiró como si fuera veneno.

—¿Qué quiere que haga, amo?

—Necesito disolver mi tripulación. Incluso los tontos deben entender que esta nueva tierra, escasamente habitada, es incapaz de mantener a los hombres en tan poca distancia. He dividido mi tripulación en ocho grupos, cada uno bajo el mando de un líder diferente. Los enviaré en todas direcciones en busca de comida y ayuda. Yo me quedaré aquí para custodiar el arma: no quiero ni imaginar las consecuencias de que su poder caiga en manos de los enemigos de nuestro amo.

—¿Y para mí?

—Tengo un plan diferente.

Homeward Bound, 1 de septiembre de 1442.

A primera hora de la mañana siguiente, mucho antes de que saliera el sol, partí con otros siete de los hombres de mayor confianza de mi amo. Íbamos de regreso a la tierra meridional a la que habíamos llegado hacía tanto tiempo.

Nos desplazamos rápidamente, con el único obstáculo de las escasas provisiones y ningún objeto personal, a excepción de un pergamino en el que iba a continuar este diario con la esperanza de volver algún día sobre nuestros pasos.

Al final del primer día, me detuve e hice algunas anotaciones en este mismo libro. Es el que me dio mi amo para que pudiera registrar nuestro viaje y así volver algún día a recuperar el arma para la patria.

Le había suplicado a mi amo que me dejara quedarme a su lado, pero al final me lo ordenó. Y ahora obedezco sus deseos.

—¿Deberíamos intentar traer el arma con nosotros? —había preguntado.

—No, no podrás protegerla —había respondido mi amo—. El bote de remos puede hundirse, y si lo hace el arma se perderá para siempre. Peor aún, puedes ser capturado por cualquiera de los enemigos de mi amo. Si eso ocurriera y el arma se perdiera, yo sería el responsable del colapso del reinado de mi amo.

—Entonces, ¿debemos llevarlo más cerca de la orilla donde desembarcamos por primera vez?

—No, entonces alguien más podría toparse con ella. Deja el arma aquí, y yo la guardaré mientras viva—. Mi amo me entregó entonces el pergamino y me dijo: —Toma. He hecho la primera anotación en él: nuestra posición en relación con esas montañas del norte, el río del sur y el desierto del oeste.

Había cogido el libro y lo sostenía como si fuera la posesión más valiosa que jamás hubiera tenido.

—Mantén tus entradas claras, y hazlas a menudo para que tú solo puedas volver un día con suficientes hombres para buscar el arma. No me falles, Cazador de Ratas.

Mi amo tenía lágrimas en los ojos mientras hablaba. Como yo, ahora que escribo en este diario.

Pasaron los días y seguimos avanzando rápidamente. Hice anotaciones en mi diario a menudo, hasta que llegamos a la orilla donde nuestro bote de remos de madera había quedado desierto.

Durante ese tiempo, el tiempo había cambiado considerablemente volviéndose más frío.

—Las estaciones están cambiando: debemos encontrar un camino hacia el norte antes de que nos congelemos aquí —dije a mis hombres, de los que ahora era el amo.

—Por supuesto, Amo. El bote de remos estará listo en una hora.

—Bien, debemos completar nuestro viaje para poder volver a tiempo de salvar a nuestro amo.

A continuación, los ocho embarcamos en el bote de remos y emprendimos nuestro largo viaje de vuelta a casa.

El mar estaba embravecido y exigía toda la fuerza e intelecto que pudiéramos reunir para no zozobrar. Después de tres días de remo continuo llegamos al extremo sur de la tierra. Una serie de extrañas corrientes corrían en ambas direcciones y tardamos otros tres días en rodear finalmente la punta y dirigirnos hacia el norte.

En la primera playa que apareció accesible di la orden de desembarcar para poder encontrar agua dulce y reabastecernos.

Nuestro grupo descubrió que podíamos remar en dirección norte casi continuamente durante meses. Varábamos el bote con regularidad durante uno o dos días, el tiempo justo para encontrar agua fresca y buscar comida.

Nunca nos quedamos mucho tiempo en ninguna de las playas, el miedo nos decía que los lugareños de color oscuro podían ser violentos. La mayoría de las veces, los nativos parecían más asustados que otra cosa y mantenían las distancias. Aun así, no tenía intención de quedarme el tiempo suficiente para un enfrentamiento físico. Los ocho formaríamos un pobre ejército y seríamos vulnerables en tierra.

Al cabo de tres meses, alcanzamos la cima de la enorme masa de tierra y pudimos dirigirnos de nuevo hacia el oeste, donde seguramente debía de estar nuestra patria.

Nos guiamos por las estrellas lo mejor que pudimos, pero ninguno de nosotros podía reconocer gran parte de lo que veíamos. Sólo yo sabía que debíamos viajar más al norte, pero no tenía forma de saber cuánto faltaba. Remamos con fuerza, impulsados por el deseo fanático de no traicionar la confianza de nuestro amo.

Casi tres años después, yo y los otros siete hombres a bordo entramos en el gran puerto que una vez habíamos llamado hogar, hace ya tanto tiempo.

Longjiang, enero de 1446

Bajé del bote de remos en el ajetreado puerto que una vez llamé hogar.

No sentí miedo.

Mi barco era sólo uno de los más de cien que había en el puerto, y nadie que nos mirara podía imaginar de dónde veníamos.

Excepto que la parte delantera del barco seguía ordenada con el nombre del barco de mi amo.

Barloc Wikea.

—Oiga, usted, ¿quién está a cargo? —era uno de los guardias del puerto.

—Yo —respondí.

—¿Y tú quién eres?

—No sé cómo me llamó mi padre, pero mi amo siempre me ha llamado Cazador de Ratas.

—Entonces, ¿quién es tu amo y dónde está ahora? —el hombre estaba siendo intencionadamente grosero.

—Mi amo es Barloc...

El hombre no me dejó terminar.

—¿Y dónde ha ido Barloc? Se fue con tres de nuestras mejores naves. Hay orden de ejecutarlo a su regreso por traición.

—¡Traición! —me quejé—. Era el sirviente más leal del emperador.

—Entonces, ¿dónde está?

—Su barco fue dañado en una tierra lejana y él se ha quedado para custodiar su tesoro más impresionante, que ha capturado en nombre del emperador.

El hombre se echó a reír.

—¡Y esperas que me lo crea!

Estaba a punto de echar a correr, pero alguien ya me había agarrado de las muñecas y me las había atado con una cuerda.

Nos llevaron a los ocho a una prisión hasta que se decidiera nuestro destino.

Tres días después, un hombre entró en la prisión y nos comunicó que todos seríamos ejecutados a la mañana siguiente por traición.

—Pero somos leales servidores del emperador. Por favor, venimos con noticias de los grandes logros de Barloc y a guiar un barco para recuperar el mayor de los tesoros —supliqué.

—Has estado fuera mucho tiempo, ¿verdad?

Incapaz de decidir qué se esperaba, permanecí en silencio.

—Perdíamos tantos hombres en batallas en costas lejanas que ya no podíamos evitar que nuestros enemigos atacaran nuestras ciudades. El emperador decretó que su armada ya no podía salir del puerto.

—No. Dentro del tesoro que mi amo ha reclamado para el emperador, yace un arma tan poderosa que dará una fuerza imparable a su dueño. La he visto con mis propios ojos destruir una nave entera en segundos.

—Eso no me concierne. Estoy aquí para informarle de que mañana por la mañana será ejecutado.

El hombre era obstinado.

Esa noche llamé a un guardia. El hombre parecía joven, quizá menos de dieciséis años, y de todos los centinelas que había visto, éste era el que parecía más incómodo con los prisioneros.

Le conté al joven la historia de nuestra aventura. Dónde habíamos estado y qué habíamos visto, y cómo mi amo se había quedado en el barco siniestrado para proteger el tesoro y que el emperador pudiera gobernar eternamente.

El chico hizo todo lo posible por explicarnos que no podía ayudarnos a escapar, aunque hubiera querido.

Ahora se ha ido, pero cuando vuelva dentro de unas horas, le pondré estos escritos en la mano y le haré prometer que hará lo que yo no pude hacer, y que volverá por mi amo.

Sólo espero que estas palabras te lleven algún día a encontrar a mi amo y devolver el arma al emperador.

Atentamente, Cazador de Ratas.

Capítulo XIX

El grande y engorroso Chinook había sido sustituido por el mucho más pequeño y ágil Bell UH-1Y Venom, alias Super Huey. Con Tom a los mandos, Sam se sentó cómodamente mientras la nave sobrevolaba la ciudad victoriana de Castlemaine en dirección a Echuca, donde les esperaban Aliana y su padre. Iban a seguir el mapa original de Cazador de Ratas, desde el Océano Antártico hasta el lugar donde el Barco de Caoba había sido finalmente destruido.

Sam los encontró sentados junto a un viejo y destartalado Holden Utility, aparcado a las afueras de la ciudad.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó su padre.

Sam ignoró la pregunta y se acercó a Aliana. —Siento dejarte con mi padre, pero no podía arriesgarme a que Rodríguez descubriera que me había escapado.

Por un momento, pensó que le daría una bofetada, e incluso se preparó para el dolor.

Y entonces le rodeó el cuello con sus largos y delgados brazos y lo besó. —Si vuelves a hacerme eso, no esperes verme aquí cuando vuelvas.

—No lo haré, lo prometo.

James cargó el equipo en el helicóptero y el equipo de cuatro personas se dirigió al Parque Nacional de Barmah, en la frontera con Victoria.

Desde el aire, Sam recordó la historia que le contó Jie Qiang de que los hombres de Barloc habían intentado llevar el enorme barco desde la costa sur, en un intento de cruzar la enorme masa de tierra y ganar latitud. Intentó imaginarse el monstruoso barco siendo arrastrado sobre la cresta de las colinas, y por un momento, imaginó riachuelos y hondonadas en las montañas como si posiblemente hubieran sido causados por el movimiento del barco.

—Echemos un vistazo a este mapa —dijo su padre—. Pasaste casi seis meses en Longjiang, tratando de encontrar una pista sobre este mapa, y ahora, ¿me dices que uno de nuestros enemigos lo encontró primero?

—Sí, lo sé. Jie Qiang me dijo que te había oído hablar con alguien de su pueblo. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo valioso que era este mapa.

—Bien, espero que no le hayas pagado demasiado por él. Después de todo, es prácticamente inútil, sin este mapa también —dijo James

mientras sacaba el mapa de su bisabuela Rose.

—Esperemos que ambos tengan razón.

Tom sonrió mientras sus ojos recorrían el mapa. —No puedo creer que no haya un supermercado, o un centro comercial, construido encima.

Sobrevolaron varios ríos, entre ellos el gran Murray-Darling, que Sam imaginaba que había movido sus orillas muchas veces en los siglos que habían pasado desde que el Barco de Caoba pasó por esta zona.

Siguió el mapa hasta que ya no quedaron marcas.

Y allí, debajo de ellos, descansaban las marcas deprimidas de lo que una vez sólo pudo haber sido el barco más extraordinariamente grande de la antigüedad. No quedaba madera, y la hierba y los árboles habían crecido en el lugar donde una vez descansó el barco, pero desde el aire, todavía no había ninguna duda de que este era el lugar de descanso final del Barco de Caoba.

*

Michael Rodriguez miró el dibujo que sus antepasados habían hecho del Arca de la Luz, hace tantos milenios. Le trajo recuerdos de la primera vez que su padre le habló de su verdadero propósito en la vida.

Que su familia había sido elegida, miles de años atrás, para custodiar un artefacto sagrado que contenía la llave para abrir todos los poderes inimaginables de la humanidad. Aún recordaba la vergüenza que sintió cuando su padre le explicó que su familia, que había jurado proteger el cetro, lo había perdido hacía casi seis años. Le siguió el orgullo de saber que algún día volvería a descubrirlo.

Pero, por supuesto, no tenía intención de protegerlo. Un dispositivo que ofrecía tal poder sería sin duda un desperdicio mantenerlo enterrado. No, pronto sería suyo, y con él introduciría un nuevo sistema de poder en la Tierra.

Sam había hecho justo lo que quería, y pronto, su padre le llevaría directamente a él.

*

—Vale, papá, ¿me puedes leer en voz alta ese mapa? —preguntó Sam, contemplando la desolada tierra que les rodeaba y preguntándose cómo un artefacto histórico tan monumental podía desaparecer en las arenas del tiempo, en un lugar como aquel.

—No hace falta, lo he leído lo suficiente como para conocerlo de memoria.

—Muy bien entonces, vamos a escucharlo.

—Necesitamos volar exactamente 35 kilómetros al norte de la punta norte de la proa del Barco de Caoba —dijo James—. Y, antes de que preguntes, vamos a necesitar que esto sea exacto, así que vamos a calcular dónde están las diferentes puntas del barco.

—Vale, creo que ahí —dijo Sam, señalando el suelo a la derecha de ellos.

Aliana se inclinó hacia él, besándole en la mejilla, y le dijo: —Buena suposición, cariño, pero creo que te equivocas. Los barcos del tesoro de Zheng He tenían una proa de dos niveles, lo que significa que las profundas huellas que podemos ver ahora son la quilla principal, mientras que la punta sur final estaría otros quince metros más atrás.

—Tiene razón, hijo. ¿No estudiaste arqueología o algo así en algún momento?

—Egiptología, para ser exactos, nunca la antigua China.

Tom se inclinó hacia la izquierda para hacer un gran círculo antes de iniciar el viaje desde exactamente quince metros atrás de donde Sam había sugerido que había estado la punta norte del barco.

—¿Todos contentos? —dijo Tom.

Hubo un murmullo general de acuerdo, antes de continuar con la búsqueda del tesoro.

Aliana recogió y luego miró el viejo mapa. —Oye James, ¿qué te hace pensar que alguno de estos marcadores del mapa todavía está allí?

—Porque el viejo Jack Robertson puede haber sido un bastardo asesino, pero como salteador de caminos corrupto había estado acostumbrado a enterrar tesoros durante años. Si alguien sabía cómo hacer un mapa que no pudiera ser contaminado por el tiempo, era el viejo Jack. Sólo mira esto: todo lo que tenemos que hacer es encontrar la punta del punto más alto dentro de estos tres puntos y luego caminar hacia el norte 45 metros. Fácil.

Tras el vuelo de 35 kilómetros, Tom dijo: —¿Y ahora a dónde?

El padre de Sam sacó entonces el mapa que dijo haber memorizado y miró el paisaje. —Quédate ahí un minuto, ¿quieres?

—Tú mandas, James.

Casi inmediatamente, dejó el mapa y dijo: —Vale, llévanos abajo,

por ahí.

Aterrizando en la cima de la montaña, Sam utilizó el radar del helicóptero para determinar si había otra montaña en un radio de ochenta kilómetros más alta que aquella en la que estaban, y no la había. —Bueno papá, supongo que tienes un poco más de suerte esta vez.

Juntos, los cuatro miembros del equipo contaron 45 metros y luego se detuvieron.

La tierra estaba seca, con unos pocos arbustos autóctonos endurecidos, las únicas plantas que se veían.

James miró a su alrededor y dijo alegremente: —Aquí es. Aquí está el lugar.

—Genial. ¿Dónde está el Arca de la Luz? —preguntó Aliana.

—Debajo de nosotros... bueno, en realidad, está en algún lugar de un río que está debajo de nosotros.

Sam dio un par de saltos y dijo: —El suelo me parece bastante resistente. ¿Tenías algún plan para llegar al río de abajo?

—Sí. Tom, ¿te importaría volver al helicóptero y coger la caja que traje, mientras cavo un agujero?

Tom asintió con la cabeza y luego corrió de vuelta al helicóptero, regresando unos minutos más tarde con la caja.

—¿Qué has traído, papá?

—Dinamita—. No estoy seguro de su antigüedad. La encontré en la vieja granja en la que me alojaba y pensé que podría ser útil.

—Mierda, podrías habernos matado. ¿Tienes idea de lo inestable que es eso, en particular después de varios años, pudriéndose?

James se rio: —Estoy bromeando. Es sólo ANFO, nitrato de amonio/aceite combustible, el explosivo más contemporáneo, y más barato, que se utiliza habitualmente en la minería de base y es un poco más estable.

Sam, a estas alturas, había cavado casi un metro de profundidad en el suelo blando, pero cada vez que intentaba cavar más, más arena circundante parecía llenar el agujero.

—¿Quieres seguir cavando hasta llegar al río, o uso el ANFO y acelero un poco el proceso?

—Adelante —dijo Sam, alejándose del agujero.

Sam observó cómo su padre colocaba el ANFO y ponía el cable de carga con sorprendente destreza, lo que le hizo preguntarse cuántas

veces lo había hecho antes.

—Muy bien, todos atrás… y quiero decir muy atrás.

Cinco minutos más tarde, James accionó el interruptor de detonación, y el suelo en la distancia desapareció. Lentamente, el pequeño grupo de cuatro personas se acercó al lugar donde había estado el agujero. Lo que quedaba era una caverna de piedra caliza lo suficientemente grande como para conducir un camión a través de ella. Y en el fondo, un pequeño arroyo fluía suavemente, hacia lo desconocido.

*

Rodríguez conducía su vehículo de seis ruedas a un ritmo que habría enorgullecido a los ingenieros alemanes de Mercedes. Sabía a dónde se dirigían, pero aún no había tenido en cuenta que utilizarían un maldito helicóptero, lo que les haría mucho más rápidos.

Detrás de él, Frank y Byron luchaban por mantener el ritmo en sus propios vehículos de seis ruedas, cada uno armado con un AK 47, cargado y listo para salir.

Más adelante, y a la izquierda de ellos, una gigantesca columna de humo negro alcanzó el cielo, seguida de un fuerte estampido, cuatro o cinco segundos después.

—¡Mierda, ya lo han alcanzado! —dijo Rodríguez en voz alta, mientras giraba el volante y se dirigía hacia el humo. Con el pie en el suelo, desafió cada centímetro de la etiqueta de precio de ingeniería del Mercedes de un millón de dólares.

*

Sam cogió el cuarto tanque de buceo de la parte trasera del helicóptero, listo para seguir la corriente hacia abajo como un equipo de cuatro.

Aliana le puso la mano encima, impidiéndole retirar el depósito. —De ninguna manera. No voy a seguirte a ti ni a ninguno de esos locos a través de otro de esos estúpidos ríos subterráneos. He estado allí, ya sé cómo es. Otra vez no.

—¿De verdad? Creía que te habías divertido —Sam sonrió— ¡Está bien, pero creo que estás subestimando la importancia del Arca de la Luz!

—Lo dudo. He oído poco más de tu padre desde que te fuiste. Dice que tiene la capacidad de proporcionarle un poder ilimitado… Pensaba que eso ya lo tenía.

Los dos empezaron a caminar hacia la abertura por donde fluía el río subterráneo. Sam se rio. —Sí, así es mi padre, pero éste podría ser el mayor artefacto histórico jamás encontrado. Podría traer la paz al mundo, y en las manos equivocadas, destruirlo.

—Odio ser pesimista, pero en manos de la humanidad, me temo que es más probable que haga lo segundo. Y, ¿qué es exactamente lo que se supone que debe hacer?

Cuando se acercaron a la cueva, Sam vio que su padre, ya dentro de ella, había empezado a tender un largo cable, y sonrió a Aliana, como si ella, como una niña ingenua, nunca comprendiera la importancia del oro y el poder.

—Este cetro —continuó Sam—, cuando se coloque en la cima de la Pirámide de Guiza al mediodía del solsticio de invierno del año 2020, señalará la bóveda final del artefacto definitivo: la Reliquia de Dios, un antiguo réquiem de todo el conocimiento humano, desde el primer ciclo.

—¿Qué quieres decir con primer ciclo? —preguntó Aliana.

James sonrió al oír la conversación. Sam la reconoció como su sonrisa del tipo «estoy a punto de contarte algo que te dejará boquiabierta» y respondió: —La generación de humanos anterior a la civilización actual.

Aliana giró ligeramente la cabeza mientras pensaba en lo que había dicho. —¿No fuimos los primeros?

—Me temo que ni siquiera los segundos. La raza humana sólo parece evolucionar hasta cierto punto, antes de que inevitablemente nos aniquilemos a nosotros mismos. Algunas civilizaciones llegan más lejos que otras, pero parece que siempre lo estropeamos todo. Está en nuestra naturaleza —dijo James.

—¿Y dónde encajamos nosotros en esto? ¿Somos los más avanzados en la corriente de la evolución?

James se pensó la pregunta un momento y luego respondió: —No. Y es poco probable que superemos a algunas de las civilizaciones más exitosas.

Aliana le miró fijamente. Su expresión les decía que estaba considerando si realmente podía haber algo de verdad en todo aquello.

—Cuenta la leyenda que este cetro contiene la llave de una cámara acorazada que encierra todo el conocimiento humano, que abarca todos los ciclos de las civilizaciones pasadas —dijo Sam.

—¿Cómo llega la información?

—Nadie lo sabe. Algunas personas han planteado la hipótesis de que la Tierra tiene un cuidador… como Dios, que vigila las cosas, y almacena toda la información que el hombre acumula hasta que un ciclo finalmente se vuelve tan inteligente como para romper el código.

—¿Qué código? —preguntó.

—La capacidad de no autodestruirse. Algo que, hasta ahora, ninguna de las civilizaciones anteriores a nosotros ha conseguido.

—Eso es ridículo. Está al nivel de decirle a un niño que Santa Claus reparte regalos a los niños de todo el mundo en una sola noche.

Sonriendo con picardía, Sam dijo: —Por otra parte, puede que sólo haya sido una fábula antigua, como el Barco de Caoba, que no significa nada…

Estaba claro que Aliana no creía ni una palabra de lo que había dicho su padre. Ella respondió: —Bueno, suena muy emocionante, pero si no te importa, creo que esperaré aquí hasta que lo recuperes.

—Muy bien —dijo James, y luego echándose el equipo de buceo sobre los hombros, dijo impaciente: —Nos vemos pronto.

Sam la besó y le dijo: —No tardaré.

Tom la miró y le dijo: —En realidad, voy a dejarles esto a ti y a tu padre. Voy a volver a por el camión que has robado antes. Basándome en las predicciones de peso que me ha dado James, no hay forma de que consiga hacer despegar el Super Huey con esa cosa a bordo.

—¿No quieres sumergirte ahora, y volver por ello después?

—No, tardaremos un par de horas en volver, y no quiero estar volando cuando oscurezca. No olvidemos que Rodríguez y sus hombres también siguen buscándolo.

—Buen punto —dijo Sam, despreocupado—. Ya que estás ahí, tal vez quieras cargar también la caja de madera del Chinook.

—De acuerdo, lo haré.

Sam recogió su bolsa de red y se deslizó hasta el agua. Nadó hasta el final del túnel y desapareció bajo la superficie.

Delante de él, Sam encontró a su padre arrastrando el cable sobre el hombro.

Se puso rápidamente a su altura y encendió su sonar de alta potencia y penetración en las rocas para poder ver las imágenes de cualquier metal pesado que hubiera debajo.

Los dos siguieron nadando.

Al igual que sus hermanos en la superficie, el río subterráneo

serpenteaba de un lado a otro mientras buscaba el medio más fácil de viajar hacia el océano, a cientos de kilómetros de distancia.

En la tercera curva, no se veía nada a simple vista, pero el monitor del sonar mostraba algo.

Era la silueta de un bastón, de unos dos metros de largo. Y junto a él, una hoja de metal, no más grande que un trozo de papel de escribir.

—Creo que lo encontramos, papá.

James miró el monitor.

—O eso, o encontramos a su gemelo.

Los dos nadaron otros seis metros bajo el agua, donde el Arca de la Luz yacía enterrada por completo desde hacía dos siglos en limo del río.

Capítulo XX

Sam sacó cuatro bolsas inflables de su bolsa de lona y las sujetó con cuidado al Arca de Luz, aún enterrada en su mayor parte.

Su padre, impaciente como siempre, intentó en vano levantar el cetro con la mano para poder examinarlo mejor. Pero en el blando lecho del río, sus pies eran incapaces de obtener suficiente percha para levantarlo.

Sam llenó lentamente cada bolsa con el aire de su regulador de buceo. —Hemos esperado toda una vida para ver esto, papá. Seguramente no te matará esperar hasta que lo llevemos de vuelta a la cueva para examinarlo.

—Supongo que tienes razón —dijo James; su mano estabilizó el Arca de Luz, ahora boyante, y ató el cable a su extremo.

Sam estudió el monitor de su sonar de nuevo para asegurarse de que no se había perdido nada. —¿Y esto?

Su padre miró por encima del hombro y dijo: —A mí me parece un trozo de papel muy viejo. ¿Qué será, las instrucciones para el arma?

—Lo dudo. Pero si Jack Robertson pensó que era tan importante como para tomarse la molestia de llevárselo, debe haber algo de cierto.

—Tienes razón, ve a ver si lo encuentras debajo de todo ese cieno, y yo empezaré a sacar esto a la superficie.

Sam hurgó con las manos en el limo blando hasta que encontró lo que buscaba. Era de latón y, a pesar de la suciedad de haber estado sumergido durante tantos años, Sam podía ver claramente las inscripciones cuidadosamente cinceladas en él.

Y estaban escritas en el antiguo texto de los Maestros Constructores.

No pudo entender todas las palabras. Necesitaría la ayuda de Billie para eso, pero podía entender lo suficiente como para comprender el propósito del mensaje.

El Arca de la Luz debe ser devuelta al lugar que le corresponde, en la cima de la gran pirámide de Giza, para el Mediodía de... Invierno...S.... del año 2020, antes del final de este ciclo. Para ser activada, debe estar unida a sus otros hermanos, o no funcionará.

A continuación, enumeraba cuatro lugares.

Los tres primeros no los entendía bien, pero del último sí que

había oído hablar.

La Atlántida.

Sam guardó la tableta de latón en su bolsa de lona y nadó rápidamente para alcanzar a su padre.

Cuando llegó a la cueva, su padre ya estaba intentando arrastrar la pesada Arca de la Luz hasta la playa de la cueva.

Sam le ayudó a subirla a la playa y luego explicó a su padre lo que decía la nota que había dejado Barloc.

—Bueno, genial, ¿no? —James se levantó, dispuesto a salir de la cueva—. He tardado sesenta y ocho años en localizar este artefacto, sólo para descubrir que necesita armarse con otras cuatro reliquias antes de que me muestre el camino… y la única de la que hemos oído hablar ha sido considerada nada más que una leyenda por los mejores arqueólogos del mundo.

—Muy bien papá, subamos esta cosa y veamos que está haciendo Aliana. Entonces podremos decidir cuál será nuestro próximo paso.

Necesitaron todas sus fuerzas para arrastrarla hasta la cima de la cueva y sacarla al exterior.

Al borde de la arboleda, Aliana apareció quieta como una roca.

—Aliana —gritó Sam— ¡Lo hicimos!

Fue entonces cuando ella se volvió y le dijo algo. No pudo ver lo que intentaba decirle hasta que fue demasiado tarde, pero vio la expresión de asco en su rostro.

—¡Oh, mierda! —dijo James, dándose cuenta más rápido, y lanzándose sobre Sam.

Un instante después, el potente staccato de las UZI rastrilló el suelo que pisaban.

Los dos cayeron, de cabeza, por la cueva.

Sam, rodó al aterrizar y rápidamente miró alrededor de la habitación para buscar algún arma. Le sorprendió la rapidez con la que su padre había reaccionado.

—¿Estás bien, hijo?

—¡Sí, pero tienen a Aliana!

—La recuperaremos —le tranquilizó James.

Oyeron el sonido de la ametralladora rastrillando la entrada de la cueva, y los dos se sumergieron rápidamente en el agua.

Más arriba, oyeron el ruido de alguien que entraba en la cueva y

disparaba por encima del agua. Las balas, frenadas por el arrastre del agua, caían inofensivamente por encima de ellos.

Al cabo de un par de minutos, Sam oyó un fuerte estallido, pues una granada destruyó el techo de la cueva, dejándolos en completa oscuridad.

*

Aliana contempló horrorizada cómo el hombre al que amaba era enterrado vivo por segunda vez en una semana. Y se preguntó si tendría la suerte de sobrevivir dos veces. Si es que la explosión no lo había matado ya. Entonces pensó en el hombre que le había traicionado, Michael Rodríguez. Su ira aumentó al pensar en el hombre siniestro y hambriento de poder que se escondía tras la fachada amistosa.

—Aliana, qué alegría volver a verte —reconoció la voz al instante.

—Rodríguez—. Me sorprendes. Pensé que un hombre de tu calibre no se rebajaría a ensuciarse las manos... Cuando vi a tus lacayos, supuse que estaban bajo tus órdenes, pero no esperaba verte aquí también.

Michael se mojó el sombrero y dijo: —Tus palabras me halagan mucho. Siempre me he enorgullecido de estar dispuesto a involucrarme en todos los aspectos de mi trabajo, incluso cuando eso implica ensuciarse, como usted dice. Además, como magnate minero, es mi deber devolver una zona destruida a su aspecto normal después de haber sido explotada. Mis hombres acaban de quitar esa fea monstruosidad del suelo, donde antes había un agujero.

—Puedes llamarlo como quieras: acabas de asesinar a Sam Reilly y a su padre. Aunque puede que no lo hayas considerado, estoy seguro de que ese tipo de cosas tiene repercusiones serias.

—Está, como dices, mal visto en la sociedad civilizada matar a un multimillonario y a su hijo malcriado, pero oye, aquí afuera no son más que un par de tipos en medio del bosque, ¿me equivoco? —Rodríguez se rio, como si estuviera manteniendo una conversación casual con un vecino—. Si quieres saberlo. Nunca tuve intención de asesinar a Sam. Es un hombre inteligente. De buena gana le habría dejado seguir creyendo que había descubierto el Barco de Caoba, mientras su viejo y yo nos ocupábamos de nuestros asuntos. Pero el chico no pudo dejarlo ir, ¿verdad? Era demasiado listo y tenía que descubrirlo todo. Carajo, todavía no sé cómo escapó la última vez.

Aliana miró a Rodríguez, hablaba consigo mismo más que con

ella, y se preguntó si podría matarlo antes de que alguno de sus dos matones con AK 47 se diera cuenta.

¿Pero cómo?

—¿Te has despedido de tu querido Sam Reilly?

—No, su padre me enseñó que Sam no es un hombre fácil de eliminar. Creo que descubrirás que ambos son mucho más resistentes de lo que crees.

—Confianza. Me gusta ver eso en una mujer —dijo Rodríguez—. Bien por ti. Me pregunto cuánto durará, después de que veas de primera mano el poder revelado por el Arca de la Luz. Al fin y al cabo, pronto traeré un nuevo orden mundial. Te guste o no, será mejor que empieces a obedecerme ahora.

A Aliana le tocó reírse. —Nuevo orden mundial. Creía que eras un vulgar ladrón y asesino, pero veo que sólo estás loco.

—Ríete ahora, pero es mejor que aceptes que tu novio está muerto, y yo estoy a punto de cambiar el curso de la historia —Rodríguez, viendo que su historia no entretenía a nadie más que a sí mismo, se volvió hacia sus hombres y les dijo—: Quédense aquí, cúbranla bien, asegúrense de que nadie la vaya a confundir con la entrada a algo. Quiero que la entierren bien. Y luego los esperaré con el avión en Sydney.

—Entendido, jefe.

Rodríguez sacó una pistola grande y apuntó a Aliana. Si ella hubiera sabido algo de armas, habría sabido que se trataba de una Smith and Wesson .500 Magnum, la pistola de producción más potente que existe. Recientemente se anunciaba como el arma preferida: «Una pistola de caza para cualquier animal», debido a su capacidad para abatir un elefante a una distancia razonable.

Pero Aliana no necesitaba saberlo. Vio la cara alegre de Rodríguez y supo que hablaba en serio. —Ahora, podemos hacer esto por las buenas, o por las malas. Francamente, no me importan las mujeres difíciles. Todas entran en razón pronto, incluso las ricas, con suficiente incentivo.

Aliana no quería darle ninguna oportunidad de demostrar físicamente su poder sobre ella. Subió al Mercedes 6x6. Rodríguez la siguió y, sacando un par de bridas, le ató las muñecas.

—No es nada personal, querida, pero no puedo permitir que me causes problemas mientras conduzco. Entiéndelo, no es seguro.

Ella no dijo nada y Rodríguez volvió por donde había venido.

Aliana echó un último vistazo al derrumbe que tenía a sus espaldas, donde había desaparecido el hombre al que amaba.

Capítulo XXI

Tom condujo por el camino de tierra, seco y ondulado, hacia el Parque Nacional de Barmah. Le había llevado algo más de tiempo de lo que esperaba, pero al menos no sería un objetivo obvio desde que dejó el Super Huey en Echuca. Conduciendo a lo largo de la orilla del río Murray-Darling, Tom se desvió del camino trillado y se adentró en la maleza áspera, hacia donde había dejado a sus amigos. En el horizonte, dos grandes nubes de polvo alcanzaban el cielo. Seguramente eran todoterrenos que se dirigían a cazar en el crepúsculo lleno de canguros.

Siguió su GPS hasta que le aseguró que estaba en el lugar correcto.

No había nada alrededor. Es cierto que había muy poco cuando se marchó, pero ahora no podía ver ningún resto del agujero que James había creado al volar una entrada al río.

Aparcó el viejo Holden Utility a unos seis metros de donde estaba seguro que había estado el agujero cuando se marchó, y salió del coche. Se acercaba el anochecer, y el color hosco del cielo jugaba malas pasadas a la gente.

Tom volvió a comprobar su GPS portátil y confirmó que estaba en el lugar correcto. Entonces pisó el suelo y observó que la arena estaba blanda, como si hubiera sido removida recientemente.

Más adelante, se fijó en las profundas huellas de un todoterreno en la arena.

Entonces recordó las nubes de polvo en el horizonte mientras conducía: *¡los hombres de Rodríguez!*

No había mucho tiempo.

Tom cogió una pala y empezó a cavar.

No había cavado más de medio metro cuando chocó contra algo sólido, con un fuerte ruido metálico. Acero: alguien había colocado una estructura de acero sobre los restos del agujero y luego lo había rellenado con arena para que pareciera que no había pasado nada.

Si se habían tomado la molestia de hacerlo, Tom tenía una idea de por qué.

Volvió corriendo al Utility, y pasó una cadena de seis metros desde su barra de remolque hasta la cubierta de acero, pasando un ancla por un punto de enganche.

Luego corrió hacia su vehículo y arrancó su viejo y potente motor

V8.

Sus neumáticos resbalaron en el suelo blando, y luego se engancharon, y toda la placa de acero, junto con la arena de encima, se desprendió.

Tom se detuvo y corrió hacia atrás, donde Sam y James estaban arañando su camino de regreso al agujero en el suelo.

James sonrió a través de la suciedad de su mugrienta cara y dijo: —¿Por qué has tardado tanto, Tom? Tenemos trabajo que hacer.

*

Sam saltó al lado del conductor del coche. Sin esperar a poner a Tom al corriente de lo ocurrido, dijo: —Nos llevan veinte minutos de ventaja y tienen a Aliana.

—Hazte a un lado, hijo, yo conduciré —dijo James, abriéndose paso delante del volante, obligando a Sam a deslizarse más hacia el otro asiento.

—Como sea... vámonos —respondió Sam, con urgencia.

James pisó a fondo el acelerador para probar la velocidad del viejo muscle car. En un terreno tan abierto y desolado, la mala manejabilidad y el mal paso por curva no importaban. El potente V8 estaba en su mejor momento, y el coche aceleró rápidamente hasta los 65 kilómetros por hora y de ahí a los 80.

Seguían las únicas huellas que quedaban en un terreno que, por lo demás, era estéril.

Cuando oscureció, pudieron ver las luces traseras de un coche. El coche parecía ir a una velocidad normal, probablemente con la tranquilidad de saber que ya habían ganado la batalla.

—Dime, Sam, ¿tienes algún plan de lo que vamos a hacer cuando alcancemos a estos tipos, o sólo quieres improvisar?

—Estoy a favor de improvisar. Papá, si te acercas y empiezas a adelantar al coche, y luego te desvías hacia su eje trasero izquierdo, podríamos hacer que el camión cayera sobre su techo. Entonces, los tres saltamos y matamos a quienquiera que esté conduciendo, mientras él todavía está confundido sobre lo que pasó y salvamos a la muchacha —Sam miró a su padre que no dijo nada, pero parecía que había criado a un idiota— ¿Qué, tienes una idea mejor? No trajimos armas, y no tenemos tiempo de volver a buscarlas.

—De hecho sí, hijo —James miró entonces a Tom y le preguntó: —¿Dejaste esa caja de madera en la parte de atrás de la bandeja de

carga?

—Sí, ¿por qué?

—Vean si los dos pueden subir y abrirla.

—¿Qué contiene? —preguntó Sam.

—Ábrela, seguro que sabrás qué hacer.

Sam empezó a seguir a Tom, que había salido por la ventanilla del copiloto, por encima del techo y hacia la bandeja de carga que había detrás. Cuando estaba a medio camino, el neumático delantero izquierdo golpeó algo con fuerza, haciendo que el coche se desviara violentamente hacia la izquierda, donde dio una vuelta de campana de unos treinta metros y luego siguió avanzando.

Con la mano aferrada al techo como un tornillo de banco, aguantó lo suficiente para que la fuerza centrífuga se detuviera, y luego fue arrojado de nuevo al interior cuando James recuperó el control.

—La próxima vez, una pequeña advertencia estaría bien.

—Veré lo que puedo hacer, pero no prometo nada, hijo.

Sam subió rápidamente a la parte trasera del Utility, donde encontró a Tom sonriendo como un niño que acaba de descubrir los petardos de su padre.

—¿Qué pasa, Tom?

—Bueno, en un país con severas restricciones sobre las armas de fuego, tu padre se las arregló para traer esto, por si acaso —dijo Tom, abriendo la caja de madera.

—¡Joder!

Dentro había dos bazucas M9, una ametralladora M60 y una escopeta recortada grande.

—¿Qué quiere mi papá que hagamos, que volemos por los aires a Aliana? —entonces Sam dio un golpecito en la ventanilla trasera y dijo —: Oye, ¿has traído algo aquí que podamos usar de verdad?

—Eh, creía que eran un par de viejos boyscouts: yo traigo la ferretería, ustedes deciden qué hacer con ella.

—Está bien, está bien... sólo acércanos un poco más, y luego mantennos firmes.

Sam cogió entonces la M9.

—¿Me estás tomando el pelo? Esa cosa tiene una cabeza perforante, diseñada para derribar un tanque. ¿Pensé que te gustaba

esta chica?

—No te preocupes, no tengo intención de golpear su vehículo. Ahora cárgame.

Detrás de él, Tom introdujo el cohete de 2.36 pulgadas en su espalda y cargó el arma. —Eres bueno.

Sam miró por la mira telescópica de la bazuca, apuntó y apretó el gatillo.

Un gran penacho de llamas anaranjadas brotó de la parte trasera del cohete, que salió disparado hacia el Mercedes.

El cohete no alcanzó el vehículo por un metro, pero encontró su objetivo: una gran roca situada delante y a la izquierda del camión.

La cabeza del misil penetró en la roca y explotó un instante después.

El conductor del Mercedes dio un volantazo, pero fue demasiado tarde, y la onda expansiva de la explosión lanzó el coche de lado, donde rodó varias veces y luego se detuvo sobre el techo.

El padre de Sam frenó en seco y se detuvo justo al lado del Mercedes destrozado.

Tom miró los restos. —No sé Sam; creo que Aliana todavía va a estar bastante molesta contigo.

Sam agarró la pesada M60 como si fuera un juguete y dijo: —Vamos, antes de que se den cuenta de lo que ha pasado —y saltó de la parte trasera de la bandeja de carga del Utility.

Abrió la puerta delantera y un instante después tenía el arma apuntando a la cabeza del conductor. Sam reconoció al hombre como el ingeniero llamado Byron. Parecía confundido, y había más de un hilo de sangre que salía de las orejas del hombre cuando levantó la vista. Un rápido vistazo al interior del vehículo mostró que el hombre estaba solo.

Sam le arrastró fuera, y lejos del coche en llamas. —¿Dónde está? ¿Dónde tienen a Aliana? —el hombre no dijo una palabra.

Sam le dio un puñetazo en el abdomen, con cuidado de no matarlo accidentalmente de rabia antes de conseguir lo que quería. Byron vomitó sangre, pero no dijo nada. O estaba demasiado herido para hablar o se negaba. En cualquier caso, el hombre era inútil para él.

Sam no tenía tiempo para ocuparse de él, necesitaba respuestas.

—El Mercedes está vacío y no hay rastro del otro —dijo Tom.

—Muy bien, deben haber tomado varios coches. Sigamos las huellas y... —Sam dejó de hablar, al ver un Mercedes que se le acercaba a toda velocidad.

Tom y él sacaron sus ametralladoras M9 y empezaron a disparar al conductor. Las balas parecían desaparecer en el armazón exterior del camión sin causar daños.

Rodríguez obviamente había pagado mucho dinero por una armadura de grado militar.

Sam reconoció al conductor como Frank, el minero enano que le había ayudado a localizar el falso Barco de Caoba. El hombre parecía enloquecido mientras conducía hacia ellos, irradiando una sensación de invencibilidad cuando las balas de fuego rápido rastrillaban su parabrisas.

La intención de Frank estaba clara: iba a atropellarlos a ambos.

Sam miró a su alrededor, sólo para darse cuenta de que lo habían dejado demasiado tarde, y no tenían dónde ponerse a cubierto.

El camión se precipitó hacia ellos.

Soltaron las armas y empezaron a correr hacia el Holden. Detrás de ellos, oyeron el crujido del camión que atravesó a Byron, quien estaba demasiado confuso para saber lo que le iba a pasar.

Sam esperaba que sus propios huesos crujieran en una fracción de segundo.

Entonces vio el destello y se giró.

El cohete M9 perforador de tanques se había abierto paso hasta el interior del bloque motor del Mercedes. Una fracción de segundo después, todo estalló en una bola de fuego.

Detrás de él, James bajó la bazuca y dijo: —¡Bum, mira cómo explota!

*

Sam no perdió tiempo en planear su siguiente paso. Con los restos de los dos vehículos de seis ruedas aún ardiendo, los tres hombres volvieron al Holden y continuaron siguiendo el rastro.

Sam cogió el teléfono y llamó a Elise.

—Hola, Sam —la voz sonaba más joven de lo que había imaginado. Más como una chica de unos veinte años que como una mujer. Nunca había hablado con ella. De hecho, a menudo se había preguntado si Elise era simplemente un alias. En los años que había utilizado sus servicios, siempre lo había hecho a través de una

conexión segura a Internet bajo su dirección—. Debes estar en problemas —dijo ella.

Había mantenido intencionadamente su relación ilocalizable, pero le había dado el número al que llamar si alguna vez se encontraba desesperado.

Era uno de esos momentos.

—Tenías razón. Rodríguez es un imbécil y se ha llevado a Aliana. Necesito que lo encuentres antes de que salga del país.

—De acuerdo. ¿Dónde se le vio por última vez? —preguntó. Sam podía oírla teclear febrilmente, probablemente accediendo a una serie de satélites aéreos.

—Conducía un Mercedes gris de seis ruedas, en algún lugar cerca de nuestra ubicación actual, hace una media hora. Te leeré las coordenadas de mi GPS.

—No te molestes, ya los he adquirido de tu teléfono.

Sam se agarró al borde del coche para estabilizarse, mientras su padre doblaba otra esquina.

—Ay, Sam, ¿qué has estado haciendo? —dijo Elise, como si estuviera regañando a un niño—. Has dejado dos camiones ardiendo, y al menos un muerto… habrá una investigación, ya sabes.

—Podemos ocuparnos de eso más tarde. Ahora mismo, necesito saber dónde ha ido Rodríguez, ¿no puedes rastrear el teléfono de Aliana o algo?

—No, su señal desapareció a unos 30 kilómetros al norte, posiblemente donde fue capturada, ¿quizás? Espera, estoy intentando otra cosa… vale, lo tengo.

—¿Dónde?

—Alguien ha empezado a calentar los motores de su jet en el aeropuerto de Bendigo…

—¿Pero está Aliana?

—No, pero si sus motores están girando, deben estar esperándolo. Haré una búsqueda en un radio de ochenta kilómetros.

James giró hacia el asfalto y se dirigió hacia Bendigo. El velocímetro, se dio cuenta Sam, subía sigilosamente y llegaba a los cien kilómetros por hora.

—Bien, lo encontré. Está a cincuenta kilómetros de Bendigo.

Sam sacó el GPS de su teléfono. —Estamos a 130 kilómetros. No hay forma de que lleguemos a tiempo. ¿Puedes detener el despegue

del avión?

Elise se rio: —Te agradezco el voto de confianza, Sam, pero no puedo hacer nada para convencer a un A380 privado de no despegar.

—¿Y la policía? ¿Puedes enviarles una falsa amenaza terrorista o algo así?

—Eso podría arreglarse, aunque no serviría de mucho. El aeropuerto está vacío y la policía más cercana está a 120 kilómetros.

El Holden empezó a temblar con vibraciones al llegar a la marca de los 160 km/h.

—De acuerdo, haremos lo que podamos. ¿Puedes averiguar si han presentado un plan de vuelo, tal vez podamos cortarle el paso en su destino?

—Lo siento, nada registrado aún.

—Vale, gracias Elise, llámame en cuanto sepas algo.

—Lo haré.

Cuarenta y cinco minutos después, llegaron a la pista trasera del aeropuerto de Bendigo.

En el otro extremo del aeropuerto, el gigantesco A380 especializado parecía poco natural en su entorno. De hecho, si hubiera sido el modelo comercial estándar, el avión no habría tenido ni de lejos suficiente pista para despegar, pero Rodríguez, obviamente, lo había hecho construir específicamente para reducir su distancia de despegue.

—¡Allí! —Sam lo señaló antes de que hubieran entrado en el recinto del aeropuerto.

James giró el coche y atravesó la valla de alambre diseñada para mantener la fauna fuera de la pista. —Los veo.

Detrás del aerobús se formaban espirales gigantes de polvo de quince metros de altura.

—¡Se están preparando para despegar! —James dijo.

Y entonces empezó a moverse hacia ellos.

Sam cogió su ametralladora y apuntó hacia la parte delantera del avión.

El avión empezó a coger velocidad.

Su dedo empezó a apretar el gatillo.

Tom tiró de él hacia abajo, y varias balas rociaron el suelo por delante. —Ha comenzado el despegue. ¡Cualquier cosa que haga ahora

sólo conseguirá que la maten!

James, sacó el coche a un lado de la pista, mientras la punta del avión se salía de la pista.

Sam maldijo y golpeó el salpicadero. —¡La hemos perdido!

Sintió la mano de Tom en su hombro. —No pasa nada, averiguaremos adónde se dirigen y alguien les estará esperando cuando aterricen.

*

Dos horas más tarde, Sam recibió una llamada de Elise.

—¿Tienes su destino? —preguntó, inmediatamente.

—No, y hay algo más que no te va a gustar.

—¿Qué?

—Seguí al avión de Rodríguez mientras hacía una ruta directa hacia el este hasta que estuvo a 240 kilómetros de la costa... —se detuvo entonces.

—¿Y luego qué?

—Y luego desapareció.

Sam resopló con fuerza. —¿Qué quieres decir con que desapareció?

—Es decir, pirateé las torres de radar australianas y seguí su avance por tierra a través de su transpondedor. También mantuve visual de su movimiento vía satélite —dijo Elise.

—¿Y después?

—Una vez fuera del alcance del radar, se dirigió hacia una densa capa de nubes. El piloto apagó el transpondedor y cambió de dirección. Estoy tratando de captar su señal de nuevo, pero parece haber desaparecido por completo.

—¿Lo has perdido? El avión comercial más grande del mundo, ¿y no puedes encontrarlo con todos los datos a tu alcance? —dijo Sam.

—Es un gran océano. Seguiré intentándolo, pero el que pilota esa cosa es un profesional.

—Vale, sigue intentándolo. No puedes mover un A380 sin que alguien lo note.

James le miró, y por primera vez en la vida de Sam, su padre parecía inseguro sobre su próximo movimiento.

—Es tu aventura, hijo. ¿Dónde quieres ir?

—¡Ay, Dios mío! —Sam dijo—. Acabo de descubrir a dónde se dirige.

Tanto Tom como James dijeron simultáneamente: —¿A dónde?

Sam ignoró su pregunta y volvió a poner a Elise al teléfono. —Necesito que encuentres el jet más cercano y rápido.

—¿Militar o privado?

—No me importa, lo que esté más cerca. Rodríguez ya tiene dos horas de ventaja.

Un momento después, Elise dijo: —Hay un Citation X. No es mucho más rápido que el A380, pero está equipado con depósitos de combustible de largo alcance, así que al menos no tendrás que aterrizar y repostar.

—Genial. ¿Dónde?

—Uno está actualmente en un hangar privado en el aeropuerto de Elmore, a unos veinte minutos en coche de donde estás.

—Con eso basta. Sam envió a Elise un mensaje de texto con los detalles de su vuelo, utilizando el teléfono inteligente de Tom—. Te he enviado los detalles de adónde quiero ir y lo que voy a traer al país; necesito que lo aclares todo con los funcionarios gubernamentales necesarios.

Hubo una pausa momentánea, mientras Elise hojeaba el texto. —Haré lo que pueda, Sam, pero a su gobierno no le va a gustar que lleves ametralladoras.

—Lo sé. Sólo tienes que pagar sus sobornos y encargarte.

Capítulo XXII

Billie miró la pared de la base del sarcófago por milésima vez desde que descubrió el espejo. Podía identificar algo más de la mitad de las pictografías y todos los lugares que se veían a través de él, excepto tres.

En algún lugar, en esa pared, estaban las respuestas a todas sus preguntas. Las preguntas que su abuelo le había inculcado cuando sólo tenía seis años. En lo más profundo de la psique de su mente, Billie sabía que estaba cerca.

Entonces lo vio.

De pie sobre el sarcófago, se dio cuenta de que los pictogramas no eran sólo mapas para dirigir la lente del espejo: eran mapas reales de cada uno de los lugares.

Desde donde estaban en el centro, las imágenes de arriba se encontraban en el hemisferio norte, mientras que las de abajo, estaban situadas en el sur.

Aún no podía entender cómo sabían de ellas, e incluso registró algunas que aún no estaban construidas en el momento de la creación de esta pirámide.

Haciendo un par de cálculos, trató de precisar la distancia entre dos lugares que conocía, empezando por la pirámide sumergida, donde se encontraba, y la pirámide de Giza. Una vez calculada, halló la relación entre la distancia real y la del mapa.

A continuación, midió la distancia entre su posición y el pictograma de Stonehenge y aplicó la misma proporción. Luego, calculó la distancia conocida entre Stonehenge y el lugar donde se encontraba.

Coincidían exactamente, más o menos un kilómetro.

Joder, ¡eso significa que puedo averiguar exactamente dónde está la Atlántida!

Billie empezó a medir, para poder calcular la distancia primitiva.

Y entonces sonó la alarma.

—¡Billie, entra!

Se bajó de un salto y cogió la radio.

—¿Qué pasa, Veyron?

—Dos torpedos, acercándose rápidamente, aproximadamente a cincuenta kilómetros.

¡Mierda, me encontraron más rápido de lo que pensaba!

¿Se estaban volviendo más listos, o ella se estaba volviendo más lenta?

—Recibido…

—¡Todavía puedes estar a tiempo de salir!

—Lo dudo —dijo Billie y metió la mano en su bolsa de lona, recuperando un cortador láser.

Se le iba a romper el corazón, pero tuvo que cortar la parte superior de la lente redonda del espejo. Era la única pista que le quedaba, si es que sobrevivía a los dos minutos siguientes.

Colocó el armazón mecánico en el espejo y encendió el láser. Tardaría unos minutos en cortarlo.

Mientras se calentaba, Billie se bajó de un salto y cogió su portátil.

No había tiempo, para nada…

Todo su trabajo estaba allí.

Todo habría sido en vano si no lo hubiera conseguido.

Extrajo el disco duro y lo deslizó en su bolsillo estanco. Luego volvió a subir al sarcófago, sujetó el cortador láser y retiró la lente del espejo. Podría haber sido un hermoso diamante azul, pero para ella era mucho más valioso.

Un sonido como el de un trueno golpeando cien veces a la vez, resonó por toda la pirámide.

Por un segundo, pensó que iba a recibir una paliza cuando toda la estructura se estremeció como un terremoto… y entonces algo se resquebrajó.

El agua empezó a entrar por el tejado.

Lento al principio, y luego más rápido, y entonces el agua se vertió con la presión de un chorro de alta potencia, antes de que empezaran a caer rocas.

Tenía que salir de allí si quería tener alguna posibilidad de sobrevivir, pero estaba atrapada. Con la espalda apoyada en la pared, vio horrorizada cómo el techo se partía en dos. El agua, junto con gigantescas rocas, diezmaban ahora la Cámara del Rey.

Billie cogió su máscara de buceo y saltó por el túnel. Ahora que el techo de la pirámide se había derrumbado, el agua llenaba las cámaras de abajo, subiendo con la fuerza de casi 150 metros de agua por encima.

Su mano alcanzó la escalera de cuerda, deteniéndola antes de que llegara a la segunda cámara, balanceándola hacia el centro.

Más bloques y agua cayeron, inundando toda la pirámide de escombros.

Hasta que no quedó nada.

*

Aliana miró al hombre que la apuntaba con la pistola. Donde hace una semana había visto a un hombre inteligente, seguro de sí mismo y poderoso, ahora veía a un niño que nunca había tenido verdaderos amigos y que siempre intentaba superar el éxito de su padre.

Y vio a un hombre que deliraba de deseo.

Los hombres, en plena locura, sabía ella, eran los más peligrosos de todos. Señaló hacia la base de la pirámide. —Empieza a subir —dijo.

—¿Quieres que suba a la Gran Pirámide de Giza?

Apuntó el arma hacia ella y disparó un solo tiro. Golpeó la pared detrás de ella, rompiendo la cara de la piedra caliza. —No te lo volveré a pedir.

Se volvió y miró a la pirámide de arriba, e intentó recordar la altura de la única maravilla que quedaba de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo.

Era irrelevante. Con su experiencia en alpinismo, el viaje probablemente mataría a Rodríguez primero.

Aliana empezó entonces a subir.

Seguida por varios hombres del lugar a los que Rodríguez había sobornado para que le permitieran acceder y transportar el Arca de la Luz.

*

A las once de la mañana, el sol ganaba terreno en el horizonte y la temperatura subía. Sin llegar a los 118 grados Fahrenheit de ayer, ya superaba con creces los 100. Sam tragó un bocado de agua, haciendo una pausa entre bloques de piedra caliza, y luego continuó subiendo.

—¿Estás seguro de que está apuntando a la cima? —preguntó Tom.

—Bastante seguro.

—¿Quizás podríamos esperarle abajo?

Sam ignoró la pregunta y sacó más tiza de escalada de su bolsa para secarse las manos. Luego, estudiando el difícil asidero de arriba, estiró las piernas hacia el siguiente bloque de piedra caliza.

—No sé de qué te quejas, Tom. Prácticamente puedes caminar por esta maldita pirámide.

Más de cincuenta manzanas por encima de ellos, Sam divisó el reflejo de la luz.

¿Eran ellos o me lo había imaginado?

La luz que se reflejaba en el Arca de Luz brillaba entonces como una estrella. —Vamos Tom. Son ellos, y nos llevan una gran ventaja.

*

Aliana observó cómo Rodríguez levantaba el Arca de Luz. Se acercaba el mediodía y pronto el sol estaría justo encima.

—Bájala, Rodríguez. Se acabó —oyó la voz de Sam, desde abajo.

—¡Sam! —gritó, aliviada.

Rodríguez efectuó varios disparos con su enorme revólver, haciendo saltar por los aires grandes trozos del bloque de la pirámide.

—Tengo que reconocértelo, Sam, pareces un hombre difícil de matar. Pero, debes saber, que llegas demasiado tarde. Es casi mediodía, y estoy a punto de recibir todo el conocimiento y el poder del hombre. No hay nada más que puedas hacer —se puso de pie y levantó el Arca de Luz para que su poderoso diamante mirara hacia el sol, que se acercaba rápidamente por encima de su cabeza.

—¡No, no puedes! —Sam gritó.

Aliana dio un paso atrás y saltó desde el nivel superior de la pirámide hasta los bloques situados varios metros más abajo.

—Vuelve aquí, mujer —gritó Rodríguez—. ¿No entiendes que una vez que reciba este poder, no habrá nada que tú o Reilly puedan hacer para detenerme?

Con los brazos aún atados, saltó por el siguiente.

—¡Aliana! —oyó la voz de Sam en la distancia—. ¡Agáchate!

—Adiós mortales —dijo Rodríguez, mientras el sol se ponía en línea directa sobre él.

Se agachó y se puso a cubierto lo más cerca posible del bloque de la pirámide, protegiéndose con los brazos por encima de la cabeza.

El mundo de arriba se abrió a la luz más magnífica que jamás había visto y, por un instante, pensó que todo había sido real. Que Rodríguez había ganado; que, en ese instante, estaba obteniendo todo el poder y el conocimiento de la raza humana, a través del tiempo.

Entonces un sonido como de trueno golpeó la cima de la pirámide.

La impresionante luz se convirtió en un calor tan extremo que toda la piedra de coronamiento de la pirámide explotó.

Y entonces todo pasó.

El sol siguió su camino, y arriba sólo había silencio.

Sam subió el último bloque por debajo de ella y la cogió en brazos. —Estás viva.

—Claro que sí. Te dije que me esperaras cuando me lancé por él, pero esta vez eres tú el que ha desaparecido.

Ella lo besó, y se sintió bien.

Apoyando la cabeza en su pecho, con sus brazos rodeándola, estaba en casa, con el hombre al que amaba.

Aliana susurró entonces: —¿Qué le ha pasado?

—Está muerto.

—¿Por qué? Creía que el Arca de la Luz debía aportar a su dueño poderes omnipotentes.

—Sí, pero sólo a aquellos que sean dignos, que puedan leer los textos antiguos y entender exactamente cuándo usarlos.

—¿Y los que no son dignos? —preguntó.

—Esos son los caídos.

Capítulo XXIII

En la base de la pirámide les esperaba James, una lujosa limusina lista para llevarlos de vuelta al aeropuerto.

James preguntó: —¿Y cuánto te costó al final?

—¿Qué?

—El mapa. ¿Qué quería Jie Qiang por él?

—Dijo que quería que Rodríguez consiguiera todo lo que siempre había querido y que, en ese momento, se lo arrebataran.

—Yo diría que Jie Qiang estaría feliz con el resultado, ¿no?

*

Tom llevaba menos de un día en California y ya tenía ganas de volver al Maria Helena. Sam y James le habían dicho que se tomara un tiempo libre y disfrutara. Habían pasado por muchas cosas en el último mes.

Sólo eran las ocho de la mañana y el sol ya calentaba. Podía ir a la playa, hacer surf y disfrutar del día, pero no conseguía relajarse del todo. Nunca se le había dado bien.

Matthew había llamado desde el Maria Helena para decirle que la limpieza del cianuro de hidrógeno iba por buen camino y que la vida marina tardaría unos años en volver a la normalidad en el Golfo de México, pero que gracias a él y a Sam el lugar sobreviviría.

Tom volvió a preguntar si habían tenido noticias del cuerpo de Billie, y le informaron de que era poco probable que la encontraran. Después de todo, toda la pirámide implosionó bajo el enorme peso del océano, tras perder su estructura.

La muerte había sido bastante común en su vida, pero había aprendido a lidiar con ella refugiándose profundamente en el trabajo, abatido y sin vacaciones.

Era hora de salir y hacer algo diferente, decidió.

Cogió la cartera, las gafas y las llaves de su Ducati: el equivalente en moto a un Lamborghini, y abrió la puerta principal.

Y allí se quedó.

—Eres tú —Tom no sabía qué más decir.

—Y tú —respondió ella, estúpidamente—. ¿A quién demonios esperabas?

—¡Estás viva! —dijo abrazándola.

Dio un paso adelante, un poco más cerca de su cara, y dijo: —Por supuesto. No es la primera vez que intentaban matarme desde que Sam y yo empezamos con esto.

Dio un paso atrás, hasta que ella le siguió al interior.

Luego, cerrando la puerta tras de sí, Billie se levantó sobre las puntas de los pies, rodeó su fuerte cuello con los brazos y, unos centímetros antes de llegar a sus labios, preguntó: —¿Me has echado de menos?

—Sí —fue todo lo que respondió, antes de que sus labios se rozaran.

Tom la besó tanto como había deseado desde su primera noche dentro de la pirámide maya.

Y pronto los besos se convirtieron en quitarse la ropa.

Tom se apartó un momento, con los brazos todavía alrededor de su pequeña cintura, mientras la admiraba en ropa interior. Era blanca y de algodón, nada que sugiriera que habían sido diseñados para ser sexys, pero sobre su cuerpo alto y ágil y su piel aceitunada, bien podrían haber sido diseñados para una modelo de lencería. Su cuerpo, totalmente proporcionado, era atlético y tenía unos pechos firmes y pequeños.

Estaba tan guapa en ropa interior como él había imaginado miles de veces.

Billie le devolvió la mirada, con una sonrisa tímida y coqueta bajo el brillo burlón de sus ojos almendrados, en respuesta a la descarada adoración de Tom por su figura. Se quitó la ropa interior y dijo: —¿Sólo querías mirarme o vas a follarme?

*

Tom se dio la vuelta del susto.

¿Cuánto tiempo llevaban en la cama?

Fuera estaba oscuro. Consultó su reloj de cabecera y vio que ya era más de medianoche.

—¿Qué pasa? —susurró, rodando sobre su costado y exponiendo sus perfectos y pequeños pechos—. ¿Está todo bien?

—Sí, por supuesto. Está mejor que bien —respondió, sonriendo mientras la miraba fijamente de nuevo—. Es sólo que no sé cómo voy a decirle esto a Sam, eso es todo.

—¿Por qué?

—Ya sabes... —insinuó.

—No, no lo sé...

—Ustedes dos. Su historia juntos.

—¿Pensaste que Sam y yo éramos amantes?

—Sí, ¿no?

—¡Dios, no!

—¿Pero dijiste que Sam y tú tenían un pasado increíble?

—Así es, y si tú y yo seguimos vivos a finales de año, te contaré toda la historia.

*

Sam embarcó en el Gulfstream de su padre en el aeropuerto de Los Ángeles.

Sabía lo que se le venía encima y decidió dirigirse a Washington para hacerles frente antes de que vinieran por él. Detenido al final de la pista, el piloto aumentó la potencia del motor para preparar el despegue y luego lo apagó por completo.

Sam se levantó para averiguar qué pasaba, pero tuvo un terrible presentimiento de que ya lo sabía.

—Su invitado, Sr. Reilly.

—Entonces será mejor que la hagas pasar —dijo Sam, sin esperar a preguntar quién lo había detenido.

Permaneció sentado, mientras la mujer caminaba por el elegante interior del avión. Su figura esbelta pero dominante le dejó sin aliento.

A pesar de su total desconfianza hacia la mujer que tenía delante, no pudo evitar admitir que, para ser una de las mujeres más poderosas de la Tierra, era con diferencia la pelirroja más sexy que había conocido nunca, lo cual no hacía que sus encuentros fueran más agradables. Después de todo, ella había expresado en muchas ocasiones que ese sentimiento era mutuo.

Su mente consideró rápidamente los acontecimientos del último mes, y se preguntó qué era lo que buscaba ella.

Detrás de su fuerte mandíbula, sus ojos azules estrellados, su pelo oscuro y corto y su rostro genuinamente atractivo, Sam pensaba que su sonrisa perfecta siempre parecía estar a medio camino entre la belleza y el ceño fruncido. A veces se preguntaba si no sería también

una máscara inherente al cargo.

—Buenos días, señora Secretaria —dijo poniéndose en pie.

—Siéntese, Sr. Reilly —le ordenó—. Dígame, ¿qué encontró en el Golfo de México?

Entonces, ¿de eso se trata?

Se alegró de que su padre hubiera escondido el Arca de la Luz antes de que nadie supiera que había sido descubierta.

—Muy poco. Como sabe, señora Secretaria, ustedes lo destruyeron todo.

—¿Nosotros? —ella negó con la cabeza—. No, Sr. Reilly, le aseguro que si quisiéramos destruir sus secretos, esa estúpida novia suya, la Dra. Swan, no habría sobrevivido.

—¿Ustedes no? —Sam estaba realmente sorprendido—. ¿Entonces quién?

—Alguien más que se ha acercado a nuestra cacería de los Maestros Constructores. Y será mejor que reces para que no se les adelanten.

—Si fueran tan poderosos como empiezo a creer, más nos vale a todos rezar para que nuestros enemigos no los descubran antes —Sam se rio—. ¿Así que Billie sigue viva?

La Secretaria de Defensa hizo caso omiso de su pregunta, como tantas veces.

—Ah, y la Dra. Swan no es mi novia.

La Secretaria de Defensa de Estados Unidos sonrió con sus dientes blancos y perfectos, resplandecientes, y contestó: —Sí, señor Reilly, conocemos toda su historia con esa chica. ¿Cree que enviándola allí mientras usted iba en busca del Barco de Caoba, evitaría que descubriéramos la verdad?

Arrastró los pies, incómodo en el asiento y luego respondió: —Eso esperaba.

—Entonces, ¿tienes otra pista?

—Todavía no, pero espero que, si Billie está viva, se ponga en contacto pronto —dijo—. ¿Tal vez cuando regrese de Washington?

—No irás a Washington. Allí no hay nadie que quiera hablar contigo. Te sugiero que des la vuelta al avión de juguete de tu padre y te vayas a casa.

—Como usted diga, Señora Secretaria.

*

A las dos de la madrugada Billie se presentó en su casa. A pesar de que la Secretaria de Defensa de Estados Unidos le había sugerido que seguía viva, él no se lo había creído del todo.

—Dios, Billie —dijo, abrazándola—. ¡Estaba empezando a pensar que estabas muerta de verdad!

—Sí, bueno, eso es lo que les hubiera gustado, ¿no? —respondió ella, retirando rápidamente los brazos de su torso. Estudió su cara y luego dijo—: Maldita sea, sabías que vendrían, ¿no?

Se volvió para evitar su mirada.

—Cuando Rodríguez me pidió que le ayudara a encontrar el Barco de Caoba yo tenía razones personales para ir a buscarlo. Concretamente, era el primer naufragio que mi padre y yo cazábamos juntos. Mis sentimientos estaban atados porque realmente quería saber más sobre la pirámide maya hundida.

—¡Pero sabías que los Maestros Constructores estaban involucrados!

—No. Bueno, al principio no. Acepté a regañadientes ir con Rodríguez en su expedición. Sólo cuando volví a escuchar la grabación que había hecho del sarcófago del rey vi la imagen del Barco de Caoba en la pared.

—¡Y entonces te diste cuenta de que el Barco de Caoba fue construido por los Maestros Constructores!

—Así es. Y sabía que tenía que distanciarme del descubrimiento lo más rápido posible. Esperaba que asumieran que, si había descubierto algo de valor, seguramente no habría dejado el proyecto a otra persona. Dándole tiempo suficiente para encontrar algunas respuestas. En lugar de eso, ahora todo lo que tenemos son más preguntas.

—Puede que tenga una respuesta...

—¿Sobre qué?

—El dispositivo de comunicación... estaba hecho de una piedra, no muy diferente a un diamante en su composición química.

—¿Cómo es posible que hayas hecho eso? Todo estaba destruido.

—Sí, pero antes de que eso ocurriera, rompí un poco.

Examinó la piedra, que cabía cómodamente en la palma de su mano. Parecía un enorme diamante azul. Incluso con las tecnologías actuales, no se podía fabricar sintéticamente nada que se pareciera a

su brillo.

Brillaba en su mano bajo la escasa luz de la lámpara nocturna.

—¿Es un diamante?

—No. Lo he llevado a tres expertos en geología. Ninguno de ellos puede decirme lo que es, sólo lo que no es.

—¿Y qué no es?

—No está hecho sintéticamente, y nunca se ha visto antes.

Sam la miró de nuevo, preguntándose en el fondo de su mente si de alguna manera había visto una piedra similar, en algún otro lugar. —¿Te dijeron algo sobre el tipo de piedra a la que se parece, aparte de un diamante muy brillante?

—Cada uno de ellos identificó que tiene algunas propiedades inusuales.

—¿Como cuál?

—La piedra transmite la luz y el sonido más de mil veces más rápido que el agua. Y es la primera sustancia natural más dura que el diamante.

—Interesante. Supongo que eso explica cómo se utilizó para ver otras partes de la pirámide maya —dijo.

Billie se rio: —Tú y yo sabemos que eso no es verdad, ¿no?

Ignorando su afirmación, dijo: —¿Así que hemos perdido la mayor pista de Maestros Constructores que hemos tenido nunca?

—Sí.

—¿Y todo fue en vano, a excepción del descubrimiento del mejor diamante falso que el mundo haya visto jamás?

—No —Billie sonrió, sosteniendo su disco duro—. Porque creo que acabo de encontrar un mapa de la Atlántida.

FIN

Table of Contents